BIBLIOTECA DEL MAESTRO

SÉCULO XIX
LA
DISCIPLINA ESCOLAR
COMO MEDIO INDIRECTO
DE
EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA
POR
D. MARIANO CARDENAL

BARCELONA
LIBRERÍA DE JUAN Y ANTONIO BASTINOS, EDITORES
Imprenta, 41 Las Armas, 2. Local de los Armas, 25.
1880
INTRODUCCIÓN.

En el período de transición que atraviesamos, en que todo se remueve y agita con frenésí para trazar nuevos horizontes á la vida, es indudable que se han hecho extraordinarios y maravillosos progresos. La ciencia con sus múltiples aplicaciones abre cada día nuevos horizontes á la actividad humana, despertando á la vez aspiraciones que ni siquiera habían podido imaginarse, y poniendo al alcance de todos, beneficios y comodidades de que antes carecía el mayor número. Pero en medio de positivos adelantos y mejoras, no se puede exhibir como novedad lo ya olvidado por viejo y en frío, y así lo presenta, lo que está á la vista, disfrutándolo con regocijo de última moda, que á veces lo convierte en grotesca caricatura, y es común, pagando tributo á la enfermedad retrante, dar á todo grandes proporciones, divulgando en un mar de palabras las ideas más elementales y sencillas.

Reconociendo el campo de la instrucción ó educación primaria es donde aparece más de bulto la manía de las innovaciones y reformas, logrando á lo sumo variar el tono y el nombre de verdades y procedimientos de todas conocidos. Después de siglos de importantes trabajos debidos á filósofos y

...
pedagogos eminentes, sin llegar a un resuelto práctica, hasta un momento de inspiración a un hombre modesto, escéptico, sin estudios previos, pero animado de ardiente amor al género humano, para fundar la escuela popular, arrojando los procedimientos de la escuela con los encomiados a la cultura general del hombre, transformando la escuela de leer y escribir en Instituto de educación, es lo que consistió la gran obra de Pestalozzi.

Los océanos posteriores se reducen en lo esencial a formular los principios fundados en la ley del desarrollo del hombre, seguidos por el célebre pedagogo suizo por instinto natural, según se deduce de su método, acaso sin darse cuenta, y a perfeccionar los procedimientos de ejecución, que por falta de tiempo o de habilidad bastante dejó incompletos. Hombres de mayor ilustración han cuidado de ordenar y sistematizar tales principios a su manera, pero hasta las obras más científicas y meritorias de nuestros días se inspiran en las ideas de Pestalozzi, sin que la ciencia ulterior aún a explicitar procedimientos empleados instintivamente y con fruto por los prácticos de menos capacidad. A partir de esos verdaderos adelantos, desde que la opinión pública fija la atención en las escuelas, se faltan supuestos inventos y singulares fantasías presentadas con tanto encanto como vaguedad. Se hay temprana práctica de otros países, sin sus proyectos en estudio, buenos o malos, de qué dan cuenta los libros o los periódicos, que no se recomienda su adopción, prefiriendo la diversidad de costumbres, de necesidades y de recursos, empleando en predicaciones estúpidos el tiempo que hace falta para mejorar útiles y beneficios. Mientras especialmente sociedade espera en dar carácter científicos a las cosas más trivias, extendiéndose en razonamientos abstractos, que
año conducen á observar ideas que, expuestas con escuéticas, bastaría el sentido común para comprenderlas. De aquí que no adelantemos un paso, y hecho infortunio la demuestra, cuando más se necesita la importancia de la educación del pueblo.

Todo se convierte hoy en pedagogía, la misma los mismos auxiliares que las cosas más extremas y necesarias, y todo es nuevo, como en realidad lo será para los que lo afirmen por no estar en antecedentes, aunque sea lo sea para los entendidos en la materia.

Desde la creación de la Escuela Normal Central, hace más de medio siglo, no hay día que no se regite en todos los tomos que la escuela es un instituto de colonización, y de pensar de eso, tampoco pasa día sin que en conferencias o en diversas publicaciones, no pretendan algún ser el primero en expresar esta vieja verdad. Lo que no hay es quien tenga fuerzas bastantes, ya que no faltan buenos propósitos para colocar las escuelas en condiciones de que puedan llenar cumplidamente tan imprescindible deber.

La enseñanza obligatoria, de antigua fecha decreta por los gobiernos más absolutos y autoritarios, fueron hoy parte del programa liberal, mental a las tendencias socialistas del Estado. La ley de instrucción pública de 1837 la prescribe de una manera previsora con la sanción correspondiente, y al cabo de treinta y tres años, el precepto legal se hizo incumplido, sin que sus más calientes partidarios fueran capaces de inspirar debate, aún ocupando las más altas posiciones del gobierno y de la administración.

La enseñanza gratuita, que como la obligatoria es más bien cuestión administrativa que pedagógica, una vez abiertas de par en par las puertas de la
escuela, como la están, para los pobres, es una cuestión de presupuesto.

La enseñanza libre es la más refinada hipocrisia, a su vez sirve de sostén a la libertad de conciencia. La relíquia con sinceridad, sin escatimar sus dientes, los católicos en los países protestantes y los protestantes en los países católicos, en la lucha de sus creencias. Los que no consiguen en religión alguna posición la quieren en todas partes. Invocando el nombre de libertad para imponer despóticamente sus creencias positivas o negativas.

La enseñanza integral, de que algunos hablan sin saber en qué consiste, en la misma bipolaridad con distintos fines.

Los parámetros de la ampliación de las escuelas y de la introducción de prácticas y nuevas, realmente útiles si fueran posibles, desconocen por completo el estado de las escuelas, falta de material y falta necesario, con nuestros a quienes se encuentra un trabajo superior a sus fuerzas, con alumnos que apenas asisten a las clases el tiempo más indispensable para adquirir los principios fundamentales del actual programa. Ampliándoles con todos los elementos que pueden influir en la educación, abando-narán los niños la escuela sin saber leer ni escribir, pues en otros países terminan la primera enseñanza en la edad que en el nuestro terminan la vida de doctor.

De igual manera se tratan las cuestiones relativas a la educación del Magisterio. Los profesores se reman de los trabajos de génesis, olvidar la teoría como una quimera, no dan valor más que a lo que se aprende con el trabajo de los niños, y marcando a ciencias, como en la rutina. Los teóricos, por el contrario, suelen emplear fórmulas ambiciosas y obsoletas, con una fraseología que caíllan de filosóficas.
con lo que deben de cubrir sus conceptos, jus-
tificando en cierto modo á los subidos.

Para desarrollar y dirigir las aptitudes y disposi-
ciones del niño, lo primero de todo es conocerlas, y á este conocimiento condujo el estudio de diversos ramos del saber, especial mente la psicología que, según Herbart, es la madre de la pedagogia. Pero, si no es razonable entrar con prontitud, ni aún con judicación en el estudio, tampoco lo es la gestión de elevarlo hasta las especulaciones de los filósofos.

Penetran en hora buena, decía yo con otro motivo, en el entendido hábito de los sistemas psicológi-
oc los sabios que se hallan provistos del hilo que ha de conducirlos en la investigación de la verdad; pero se introducen en semejante hábito á los que necesariamente han de perderse en él por falta de luz que los ilumine. Instrúyase á los profanos en las leyes elementales del alma generalmente admi-
tridas como verdades, que es lo que necesitan para dirigir con acierto la educación y enseñanza, y se tendrá maestros de conocimientos sólidos en lo que concierne á su profesión, en lugar de sabios en ex-
trinseca como al paroxo se pronunció. El maestro no necesita ser doctor en medicina y cirugía para posecer el conocimiento que le hace falta de la orga-
nización física del niño, ni profundizar, como los filósofos, en los misterios del alma para cumplir los deberes que impone la cultura intelectual y moral de sus discípulos. Los principios fijos y las reglas genéricos deducidos de las ciencias que tratan de la naturaleza y desarrollo del la facultades hu-
manas, de la persistente observación de los hechos, y de repetidos ensayos y experiencias, constituyen una teoría de la educación al alcance del maestro, á quien puede servir de guía segura en todas circunsta-
tancias, y especialmente en las dificultades que con
rean en el ejercicio de su profesión. Lo que sabe del horizonte intelectual del que aprende no condiciona más que a producir la perturbación y la duda en el espíritu y el deseo en las aplicaciones; distrae la atención de lo verdaderamente útil, para perder el tiempo en teorías ininteligibles, fomentando como necesaria conocimiento la pedantería.

Si es un deber de la escuela la cultura general, lo es también en igual grado la transmisión de conocimientos necesarios en la vida, ilustrar al hombre sobre sus deberes y derechos, y sobre su futuro y superior destino, por lo que a la educación formal debe ir íntimamente enlazada la educación real. Y al preparar a los jóvenes para el Magisterio, no basta dirigir a la intelectualidad, es menester llegar hasta el corazón, inspirar amor a la niñez y amor a la escuela, cualidad esencial, una de las primeras, cuando no la primera de que debe estar adornado el maestro. Y esto no se logra con prosaicas instrucciones científicas, áridas, secas, incoloras, más propias para disgustar de las minuciosas tareas de la escuela, obra de infatigable celo y paciencia sin límites, que para disponer y enseñar a dirigirlos con acertado

Las publicaciones sobre la materia hechas en los últimos años, en los cuales se generalizó afortunadamente la aportación a los estudios pedagógicos, pueden dividirse en dos clases. Observarse en vez que los autores buscan principalmente sus inspiraciones en la misma escuela, mismas que en otras predomini-

Las consideraciones teóricas, olvidando un tanto lo esencial. Las primeras, exponiéndolo los principios pedagógicos generalmente admitidos, explican la manera de acomodar los procedimientos y ejerci-

cios escolares a esos principios. Las otras algunos caminos más fácil y al percibir más brillante, sin que
por eso conducen a resultados más satisfactorios. Dándose armazón a sus obras de aficiones particulares, se engolfan y extienden en el estudio de ramas importantes, sin duda alguna, que sirven de fundamento, pero que no son la pedagogía. Y que este camino es fácil, lo demuestra el abundante número de trabajos sobre estos ramos auxiliares, á gusto de todo el mundo, los cuales pueden seguirse sin trabajo y aun ser copiados literalmente, ocultando el origen de que no salgan ejemplos. No puede negarse que tales estudiados son de grande importancia, y ojalá que un día, dotados los maestros como los catecúmenos, pudiera prolongarse la carrera del Magisterio, obligando á los que á ella se dedican á seguir cursos completos de las indicadas materias en las escuelas normales ó en establecimientos superiores, practicando el propio tiempo los ejercicios conducentes á despertar y oscurecer la vocación á la enseñanza de la niñez. Mientras tanto, ni el Maestro puede aprender más que rudimentos, ni en realidad necesita más para dirigir la educación y enseñanza de la niñez. Además, examinando imparcialmente esos libros de prestaciones científicas, se observa que no guardan una sola idea en lo esencial, ni aun en los detalles, á lo expuesto por escritores sin pretensiones, á quienes se mira con lástima y compasión por su ignorancia. Ecos libros, en efecto, declaran cuando menos el setenta y cinco de sus páginas á los ramos auxiliares, que es lo fácil, y tratan á la figura lo que debe constituir el fundamento de su obra, por lo que no pueden denominarse con propiedad tratados de pedagogía. No quiero decir al expresarme en estos términos que tales obras carezcan de interés; antes por el contrario, cuanto tienda á perfeccionar la instrucción del Magisterio es para mí digno de aprecio y de sincero aplauso. Mi propósito es hacer notar que, pre-
tendiendo profundizar demasiado en el estudio del individuo, se pierde de vista la escuela y se obtiene la colectividad; que es imperativo una instrucción sólida, aunque elemental, a las ideas vagas y confusas que se adquieren discutiendo sobre lo que no se comprende; que la práctica de la educación y la enseñanza es lo que menos se estudia e de lo que menos se escribe, sin duda porque los teóricos, los que no conocen bastante la escuela en acción y en vivencia, se embarrancan y confunden necesariamente al descender al terreno de la práctica.

La práctica, en efecto, es el fin de todas las estudios y meditaciones sobre pedagogía, y en esta perspectiva intento explicar la manera de hacer practicables los principios y máximas pedagógicas en la organización y marcha de las escuelas, iniciando un trabajo que de seguro perfeccionará otros escritores más entendidos y experimentados.

Tal es el objeto de la Experiencia escolar. Los tratados de pedagogía, aparte de indicaciones generales y aisladas, el hablar de disciplina se refieren a los premios y castigos y a los formularios de registros. La escuela es un granísimo error, pues que sólo debe recurrirse a los medios de expresión en último extremo, cuando son insuficientes los demás de que dispone el Maestro. La disciplina regula todos los actos y todas las actividades de la escuela para establecer y conservar el orden, hacer prevalecer el estudio, prevenir las faltas y evitar los castigos, y facilitar la acción del Maestro, cuanto importa más el modesto trabajo titido a ilustrar.

No han servido de guías las obras de eminentes pedagogos teóricos y prácticos, y mi propia experiencia, consignada en gran parte en anteriores escritos que, a pesar de carecer de pretensiones científicas, han obtenido los primeros premios en Exposiciones...
universales cohendidas en España, y en el extranjero. Con los datos tomados de las expresadas obras y con los recogidos en mis visitas a las mejores escuelas de diversos países, de las más adelantadas en el ruso, examinamos y coordinándolos, ho procurando formar un todo armónico que en breves páginas dé idea clara de la materia. Consideraciones generales sobre la disciplina y sus fundamentos, particularmente en la sociedad de la escuela; principios y medidas de disciplina, condamnando a robustecer la autoridad del profesor, de que depende la obediencia y la ordenada actividad de los discípulos; aplicación de las consideraciones y principios expuestos a la organización y movimiento de la escuela; todos son los puntos que abarca.

Al deducir el estudio de la disciplina en general los principios que han de servir de base y los medios para realizarla en las escuelas, se repiten necesariamente los ideas fundamentales, ampliándolas y excurriendo para mejor inteligencia. Por lo que hace al último punto, sería preciso dar grandes proporciones a este trabajo descorriendo a todas las particularidades, lo que en realidad no es necesario. Por eso, refiriéndose a los libros de pedagogía en cuanto en ellos se trata con extensión y claridad, puedo ocuparme con destreza en lo más importante y en lo que ofrece novedad y verdaderos adelantamientos, presentando modelos y ejemplos de otros países, modelos que si no cabe copiarlos a la letra, enseñan instrucciones útiles y pueden servir de inspiración para reformas y mejoras practicables, dada la situación de nuestras escuelas.
DE LA DISCIPLINA EN GENERAL.

I.

Concepto de la disciplina.

La palabra disciplina, como ordinariamente se entiende, envuelve una idea que tiene algo de repugnante, la de obligar al cumplimiento del deber por medios coercitivos y de fuerza. En plural expresa el utensilio ó instrumento empleado en otros tiempos para el castigo, particularmente en las escuelas. En su acepción más lata, equivale á gobierno, que dirige con amor y firmeza, al propio tiempo que correge con bondad, no con el ánimo de mofiticar sino de corregir, que emplea el lenguaje del afecto en lugar de palabras duras, que sólo apela á los medios de presión en casos extremos, cuando han sido ineficaces los medios de influencias morales.

Este gobierno supone una ley y una autoridad en cada de la observar, á fin de establecer el orden y la regularidad en los actos exteriores de la vida, de concierto y en armonía con los del interior, con los impulsos del corazón y la luz de la inteligencia. Sometiendo el hombre una y otra vez de este modo al yugo de la conciencia y del deber, esta su-
misión viene a ser para él una necesidad, porque se convierte gradualmente en hábito, que concluye a la formación moral, y es un medio indirecto, pero eficaz, de educación.

En el seno del debate, la disciplina se refiere al orden moral. Según Buffon, la disciplina veía por el cumplimiento de los deberes religiosos y de determinar el lugar, el tiempo, la duración, la exactitud y el orden. Conserva y hace florecer las buenas costumbres, porque el alma que goesa de la serenidad de una constancia pura, conserva toda su belleza, toda su sensibilidad, toda su frescura, y manifesta en toda idea más clara, más elevada y sentimientos más nobles, entusiasmándose de la tiranía de los seridos y de la exaltación de las penas.

Contribuye poderosamente al progreso de las letras, porque la pericia de buen hombre es el cuerpo vigor y fuerza admirables, que lo hacen el propósito para sobrellevar el peso de un trabajo medio, y el espíritu es más vivo, el juicio más activo y recto, la memoria es más fija, la imaginación más rica.

Aprecia el valor del tiempo, previo, arregla y presta constantemente el uso que de él se hace; reprime la ligereza que le afano, el capricho que abusa, la pena que le conduce, la trivialidad que lo juba.

Conserve el buen carácter, impone imperatrices el respeto, arranca la voluntad y todos se adornan a este con placer, la apacibilidad y la aman, porque la naturaleza que no se ha dejado tiene un gusto sano y aprecia la verdadera belleza, que en las cosas inteligentes es la verdad, y en las normas el orden y la virtud. Es el mérito del reglamento, porque las mejores leyes están en deudo cuando no se sienten con una aplicación constante e ininterrumpida. Por fin, en caso necesario es la vengadora de las infracciones, no dejando pasar faltas alguna sin imponer la co-
rección conveniente, no por capricho ni como un
arrempe de severidad, sino en defensa del orden y
la regla.

Termina Dupaulon este ensayo, tratando con bas-
tar sus extremos, en los siguientes términos:
«Efuer con gusto el reminiscencie de las vestigios de la
disciplina con una imagen sencilla, cuya esencial
escurrir el que nos son familiar.

La disciplina es a la educación lo que la corteza al árbol; la corteza contiene la savia, la defiende, la
dirige, la obliga a llegar al corazón del árbol, a ex-
tenderse por las flores y por las ramas para nutrirlo
con los jugos más puros de la tierra.

De la savia así contenida y dirigida, se forma un
tróno sólido y fuerte, cuyas ramas dan en tiempo
oportuno hojas, flores y frutos; quitada la corteza a
una de estas ramas y esa rama se acogerá muy pronto;
quitada la corteza del mismo tronco y el árbol pere-
cerá.

La corteza no parece otra cosa que una envoltura
gruesa; pero conserva al árbol y a todas sus partes
su fuerza y vigor; de la propia manera, la disciplina
parece á veces respecto á la educación, una corteza,
aunque desgasta y roda, pero es la que conserva, al-
va y lo fortalece todo.»

Después de la altura en que el obispo obispo de
Orleans ha tratado de la importancia de la disci-
plina, es de notar el hecho, bien conocido, de que
todas las instituciones, todas los organismos, desde
los más elevados á los más humildes, desde la Na-
ciún á el Estado hasta la última escuela de niños,
todos están sujetos al imperio de la disciplina, como
condición indispensable de una cohesión, de espiritual
y de vida, y todas admiten un mismo funda-
mento, la ley y la autoridad, y los mismos medios,
la persuasión y la coerción, la dulzura y la severi-
La disciplina del Estado, la disciplina militar, la disciplina escolar, la disciplina catequética, la disciplina monástica, la académica, la escolar, etc., todas obedecen a unos mismos principios generales y a igual número de medios y, acaso, a las circunstancias especiales de cada organismo o colectividad.

En el estrecho sentido de la familia, la autoridad la encierran el padre y la madre, y los órdenes e instrucciones de éstos, son la ley a que deben someterse los subordinados, o sean los hijos y los dependientes. En la escuela la ley es el reglamento, y la autoridad el maestro. La disciplina de ambas instituciones necesita tratar aparte; pero sin más explicaciones puede decirse que una persona de regular ilustración, al ponerse en el lugar doméstico o en una escuela, descubrirá a primera vista los efectos de la disciplina allí establecida.

Cien individuos con el mismo uniforme, que marchan con paso igual y acompasado, en filas perfectamente reguladas, que manejan con desembarazo las armas obedeciendo las voces de un comandante, a pesar del peligro de su vida, demuestran de una manera viva y sorprendente el resultado de la disciplina militar. La ley de este derecho y subordinación, la autoridad de los jefes del ejército, los ensayos, las instrucciones y el ejercicio, la voz de mando, los premios y castigos, y más que todo el irresistible influjo del ejemplo.

Las lecciones están como mismo sujetas a la disciplina bajo los mismos principios fundamentales y análogos medios de acción. Los poderes, sea cual fuere la forma de gobierno adoptada, dirigen o deben dirigir sus esfuerzos a la prosperidad de los subordinados o del pueblo que gobiernan, procurando lo mejor, el bienestar, la civilización y el orden moral, Dons-
tienen un plan disciplinario con las leyes criminales y gran parte de las civiles, las instituciones nacionales, como las de beneficencia, las literarias, las de enseñanza, las religiosas y morales, etc. La instrucción y el ejemplo con los premios y castigos, son los medios conducentes a reprimir los males hábitos, reflexionándonos con los que sirven de fundamento al bienestar de la sociedad y de los individuos que la componen. Hasta los pobres menos cultos están sometidos a una disciplina acostumbrada a su especial situación.

Deseo que la disciplina esté arraigada y bien dirigida, relaje la paz y la tranquilidad. Se fomenta el trabajo, y como consecuencia necesaria la riqueza, se protege la propiedad y se respete la libertad individual. Desde falta la disciplina se hace mal organizadas, dominan las turbulencias y desórdenes, y una perturbación general que impide, o por lo menos retarda, la marcha que siguen los pueblos en el camino de la civilización.

Como las sociedades están sujetas a una disciplina que dependa su provecho y hasta su vida, el individuo sufre la influencia de una disciplina particular que regula sus acciones y condúcente al orden físico y moral, como niña, lo mismo que como adulto, de que depende también su perfección.

La madre y la consciencia moral inspiran la regla y constituyen la autoridad de esta disciplina. Por la madre y las inspiraciones de la conciencia, desde que estas precoces facultades manifiestan su poder, cuidamos del desarrollo y salud del cuerpo, y cultivamos las facuetades del espíritu, lo mismo en la infancia y la juventud, que en la edad media y la vejez, pasando por diferentes períodos de la vida, preparación cada uno de ellos del que inmediatamente le sigue.
La cultura y desarrolloamiento de las potencias del alma, o sea la educación, con los medios de realizar, constituyen la disciplina moral del individuo, sin entrar en el examen de los efectos del gobierno de otros individuos, hasta lo expuesto para comprender en qué consiste esencialmente la disciplina.

Falta ahora fijar la atención en el valor del poder de la autoridad, que varía según que se ejerce por derecho natural o por delegación, y que de todos modos se debilita de día en día por efecto del movimiento incesante de transformación de las relaciones sociales en todas las esferas.

Es un hecho que el antiguo orden social se transforma, y que el prestigio de la autoridad decrece. Se un bien o un mal, que no es ocasión de discutir, el hecho es real y positivo, indiscutible. El estudio y la calidad del que antes ejercía autoridad por derecho o por fuerza imponía respeto, sumisión, obediencia. Hoy, la idea de emancipación general y de mutua independencia se abre paso en las contrariedades y se introduce en las leyes, exigiendo el obrar total de poderes y restricciones a la autoridad y al empleo de los medios de restricción. Entre gobernantes y gobernados, ni aun entre padres e hijos, se conservan las antiguas relaciones, ni la autoridad es un principio soberano, bastante por sí solo para regularlas.

Transcindiendo tan radical no deja de ofrecer graves dificultades en el nuevo régimen. Lo que pierde de fuerza la autoridad, debe suplirlo la persuasión y el prestigio personal del que mandó, debido al afecto, respeto y buenos elogios que ha sabido conquistar por su saber y conducta, y por el acierto uso de la autoridad y la indulgencia.

No debe desestimarse la transformación de las relaciones sociales, sino atenerse a ella en los
Disciplina doméstica.

Comprendese fácilmente el poder de la institución doméstica, dice Corne, en la vida patriarcal, con aquella sencillez de costumbres primitivas que tanto nos impresionan en la Biblia y en Homero. La sociedad apenas se distingue entonces de la familia. El padre es el jefe de la tribu, el depósito de las tradiciones; es el hombre de Dios, el representante de la salubridad humana; bendito y maldito, y el cielo ratifica todas las palabras que salen de su boca. Le es debido la sumisión como padre y el respeto como anciano, a la vez que soberano, es el maestro de los hombres de su raza. ¿Podía ser de otro modo? No está todavía la ciencia en sus labios, sino en la
memoria de los hombres. ¡Ah! quiera mejor, después de Dios, hablador del origen de todas las cosas, de las grandes acciones de los antepasados! ¡Qué en encontrará mejor los males de otros tiempos, las reglas de prudencia y las falas que deben preventirse, que el que ha vivido largo tiempo, y siendo joven ha aprendido muchas cosas de boca de los ancianos! 

Con el transcursito de los tiempos, sin embargo, con las complicaciones de la vida, consecuencia natural de la civilización, la familia ha perdido gran parte de su poder, é indudablemente se ha debilitado la autoridad que la gobierna; pero conserva organismado bajo los mismos principios, y es la base de la sociedad.

En las sucesivas transformaciones que ha experimentado el régimen de la familia, á la fría y severa autoridad del padre, que no ha mucho tiempo se imponía irresistiblemente, ha sustituido por último una autoridad más dulce y blanda, que inspira confianza sin perjuicio del respeto; que funda su poder en el amor, la ternura y la experiencia; pero esto ya no existe en la actualidad. Las ideas de conciliación é independencia han penetrado en el seno de la familia, la cual no podía sustentarse al movimientó general, como que se opusiera y se debate con éxito. Suponemos unos que es indignable inspirar á los niños grande y elevada idea de la superioridad de los padres, porque eso falso y aparente igualdad que se intenta establecer entre padres y hijos, menoscaba el respeto, fomenta la desobediencia, y obliga á los padres á largos razonamientos y repetidos castigos para hacerse respetar, sin concluir de otros ni de todas clases, por debilitarse la influencia moral. Suponen otros que el consejo es más eficaz que el mandato. El ilustrado publicista Toque-
ville, en un libro muy conocido (1), después de examinar cómo la democracia modifica las relaciones entre los ciudadanos, apreció la democracia en la sociedad doméstica. A su entender, por esto medio disminuye la distancia que en otros tiempos mediaba entre los padres y los hijos, en cuanto que si no se anula, se modifica el manto: la autoridad paternal.

Considere toda, dice, no sé que la sociedad pierda, pero estoy dispuesto a creer que el individuo gana. Creo que está medida que las autoridades y las leyes sean más democráticas, los relacionamientos entre padres y hijos sean más íntimas y más dulces. El mundo y la autoridad se ejercerán menos; la confianza y el afecto serán mayores y más íntimas, y parece que el vínculo natural ha de ser más tenaz a medida que se relaja el vínculo social. El mismo Toqueville, sin embargo, hace notar que la ley americana conserva uno de los principales elementos de la autoridad paterna, cual es la libertad limitada de asistir.

De todos modos, en esta cuestión, en extremo delicada y difícil de resolver, los más ardientes partidarios de la emancipación modifícan la autoridad, la apoyan en distintos fundamentos, pero no precisan de ella; la consideran, necesaria siempre y en determinados casos con toda su energía.

Sea como quiera, en el actual estado la familia tiene un jefe natural, indiscutible, cuyos derechos, así como los de los hijos hasta su mayor edad, es indispensable garantizar. El padre, que es el jefe, comparte con la madre, y aun delega en ella, sin poca de su poder, de modo que ambos constituyen y ejercen la autoridad. Al hombre compete la vigilancia y la
dignidad general; a la mujer toca el arreglo, la marcha y la vigilancia de la casa. El hombre manda, la madre transmite y da forma a las órdenes, a la vez que se hace eco de los gobernados.

Esta disciplina general observada en el gobierno de la casa, es asimismo lo que rige en la educación doméstica.

Como el padre tiene el deber de alimentar a sus hijos, tiene también el derecho y el deber de educarlos, para que sean honrados y útiles a sí mismos y a la sociedad en que van a vivir. Todos los padres, sea cual fuere su posición, comprenden estos deberes porque aman a sus hijos con amor profundo. Se interesan por el bienestar presente y futuro de los mismos, los animan y dirigen con su voz y su mirada en los trabajos o en los estudios en que se ocupan, y es raro que se frustren deseos suyos, aunque de la muerte que los espera. Para esto no hacen falta ni metafísicas, ni sistemas filosóficos; basta el común, que lo abarca todo con su ternura.

Pero aún la intervención de la mujer la obra sería imperfecta, por lo que parece que la Providencia ha querido que se fomente el niño bajo la dirección combinada de los que le han dado el ser, uniéndolo al efecto en sistema consistente la fuerza y la dulzura. El padre trata a la obra la energía, la autoridad y la razón; para hacer cumplir sus prescripciones; la madre, el afecto y la ternura para hacer agradables los mandatos. El uno pretendiendo atraer por el respeto, un voluntad que se resista, y el otro infundir o determinar en el niño una voluntad conforme a la suya. El uno necesita templar la severidad de la razón, y la segunda tener especial cuidado de que la ternura, de tan grande influencia, no desgene en debilidad traspasando los límites convenientes, porque perdería todo su imperio.
En la primera edad del niño el padre sólo interviene con sus consejos y con disposiciones generales en la educación. Dejando á la madre los detalles, que en este punto es lo esencial, de modo que la autoridad materna viene á ser la soberana. La mujer, por su fina y vasta, por su delicadeza, por su abnegación y su sufrimiento, actúa sin disimular á satisfacer las verdaderas necesidades, y ejerce así tan poderoso influjo, que el educador se abandonará con gusto y con éxito á la dirección que, á costa de ansias desveladas, se le comunica. Sin esto, la necessidad obligaría á la madre á desempeñar tan importante misión, porque ocupa el padre en los trabajos con que atiende á la subsistencia y bienestar de la familia, carece de tiempo y de estío para cumplirla.

La madre, con autoridad absoluta en la educación, como en el gobierno interior de la casa, dependiendo todo de su voluntad, principia por establecer una disciplina templada y firme á la vez, para desempeñar con provecho y con medios pensado trabajo su encargo y delicado encargo. Arregla y ordena todos los casos, de modo que cada uno cruce su lugar y tenga su hora señalada para que todo marche con regularidad. Tras el plan de cada día, distribuyendo las horas con precisión, variando los trabajos, haciéndose alternar las funciones con los recreos para que no lleguen á fatigarlos ni á disgustarse los niños. Así se aligerá el trabajo, se economizará grandemente el tiempo, los cuales es de sumas valor en educación como en todos los casos, y se adquirirán hábitos de orden, una de las bases esenciales, á la vez que resultado de la disciplina, y con el orden material viene el orden en las ideas y en los sentimientos y se des-
arrolla el gusto, la gracia y la elegancia. Sin la dis-i

ciplina previamente establecida y con puntualidad
observable, todo sería dificultado y se perdiera el día
en movimientos fatigosos sin regla ni conscierto y en
una agitación tan prevenida como estéril.

Véase cómo en la sociedad doméstica, como en to-
das las sociedades, la autoridad y la regla con el mé-
todo es manera de ejercerlo con los fundamentos de
la disciplina.

La madre, comprendiendo que para la eficacia de
su autoridad ha de inspirarse esta principalmente en
el amor, no trata de imponer, sino de hacer amar,
que es el medio de hacerse obedecer sin repugnanza.
Sólo se apela al castigo cuando el niño se resiste a ac-
tegerse a la regla, sin que sirvan para hacer desistir
a esto de su fuerza ni la persuasión ni los medios
de castigo, y aun en este caso se aplica al correccio-
re con severidad y templanza, porque sabe también
que el abuso se convierte en fajilla, y la tiranía pro-
voca la rebeldía. Tratado el niño con amor conserva
aquella ingenuidad y franqueza propias de sus pocos
años, cualidades que no están reducidas con el respeto
y facilita grandemente la educación. Tratado con
severidad y dureza, se hace hipócrita, oculta sus ins-
titutos e inclinaciones de tal modo, que son difíciles
de descubrir, y por tanto de espiritualizarse o fosco-
turizar.

La madre que culpa de que su amor no degane en
debilidad ni que domine la cóler en las conseq-
ciones, puede estar segura de conquistar el respeto,
una afirmación en el corazón, y de que este res-
peto se hará extensivo a la familia y más adelante a
las leyes, a la sociedad, a la autoridad bajo todas
sus formas, a todo lo que se hace, a todo lo que es
bello. Cuando la madre ejerce una autoridad verita-
deramente maternal, cuando ha logrado obtener el
respeto, la obediencia está asegurada. El niño que
principio obedeciendo por amor, obedecerá como por
debel. Verdad es que los niños son exiguos, arro-
batados a instintos, más por los medios indicados,
una paciencia y perseverancia se confiesa de la
instintos y se les obliga a la obediencia, no sólo
pasiva y formal, sino voluntaria, que es la verdade-
ra obediencia, que nada tiene de común con la
servidumbre, que llevada sin una debilidad, es una
gran
sufrir, porque la obediencia voluntaria es libre y un
acto de libertad.
Obtenida la obediencia voluntaria del niño quedan
venidas todas las dificultades de la disciplina.

III.

Disciplina de la escuela.

Estas la vida de la escuela y la vida de la familia
hay grandes analogías en diferentes puntos, sobre
todo en lo concerniente a la educación, obra común
de ambas instituciones. El padre, por ley natural,
tiene el derecho y el deber de educar a sus hijos, y
cuando por incapacidad, por ocupaciones o por otras
causas no puede cumplir con el deber, delega su de-
recho en persona capaz de suplir su falta. En tal au-
spicio el profesor es un delegado, un mandatario del
padre, y debe ajustarse, en cuanto no se oponga a la
ley, a las tendencias y aspiraciones de la familia.
A este propósito dice un escritor moderno (3): «No
es siempre indispensable la autoridad en las relacio-

(3) Raúl, La escuela de la educación.
nos entre maestro y discípulo. Eso que va voluntaria-
mente a recibir la enseñanza de un maestro, no se
somete á su autoridad; no hay en esto más que un
pacto voluntario que cada uno de los partes puede
romper cuando le acuerde; un profesor no ejerce
realmente autoridad sobre los que siguen su curso de estu-
dios, que la que ejerce el predicador sobre su auditó-
rio, ó un actor sobre los espectadores. En estas re-
uniones hay el grado de tolerancia mutua que exige
el bien general y no otra cosa; si alguna perturbador
faltase á esa tolerancia, la asamblea misma ó la po-
lítica haría justicia. Si el profesor, ó el predicador,
ó el actor están investidos de autoridad bastante
para impedir los desórdenes de su auditorio.

La autoridad se manifiesta primordialmente en la
familia, la cual la transmite con ciertas modificacio-
nes á la escuela. La comparación entre estas dos ins-
tituciones es en alto grado instructiva. El padre pro-
vee á todas las necesidades de sus hijos, á la vez que
ejerce sobre ellos una autoridad casi ilimitada. Esta
autoridad se troncha por el efecto, que depende de
un cambio de relaciones benévolas y supone por
otra parte un número reducido de niños. El maes-
tro no tiene que sobrevivir á las necesidades de sus
discípulos, y se le restituyen sus cuidados; su úni-
ca finidad consiste en fines determinados instruc-
ciales. Carece por tanto de autoridad de los elemen-
tos necesarios al efecto, porque no se encuentra consi-
derable el número de aquellos sobre los que se ejerci-
ta y la comunidad de intereses muy limitada; á
pesar de esto, el efecto no se hace completamente
efectivo en las relaciones del maestro con sus disci-
plinos, y en ciertos casos muy marcados puede ejer-
cer grande influjo."

Otro distinguido pedagogo, más conocedor de
las costumbres, Mr. Villa, considerando la disciplina
como el gobierno de la escuela, trata de la autoridad, y de la regla de la misma en los siguientes términos:

"Y este gobierno es susceptible de muchas formas, como el de los pueblos, y como éste ha sufrido diversas revoluciones. En sus orígenes la autoridad de los maestros era disputada y precaria, faltando entre la mansedumbre y la violencia. A la anarquía sucedió la tiranía, el despótico, el poder absoluto. No se gobernaban las escuelas con un ojo de hierro, pero sí con un ojo de madera dura y flexible: el latigazo fue erigido en principio soberano de disciplina y de educación. Los hijos de los Reyes no estaban exentos de este ignominioso castigo. La filosofía reclamó en el siglo XVII contra este poder absoluto y tiránico que se asentaban los pedagogos. Rousseau y Basile fueron los grandes agitadores de las escuelas. Hizo irrupción en ella la democracia, y por los tiempos de la revolución francesa, algunos escritores alemanes demandaron el ajustesamiento para los discípulos de las escuelas populares. Se les aplicó el dogma de la soberanía del pueblo y estuvo a punto de introducirse formalmente en ellas el poder constitutivo y legislativo, y el juicio de los discípulos por sus pares. No duraron, sin embargo, estas extravagancias, y la escuela se convirtió en una monarquía teocrática. El poder superior les impone leyes y reglamentos a que el maestro debe conformarse, con el derecho, no obstante, de adoptar las medidas que en interés de la disciplina considera útiles, a condición de no transgredir los límites de los reglamentos que venían a ser como la constitución de la escuela.

Esta constitución, fundamento de la disciplina, obliga al maestro, el cual no puede separarse de ella. El estatuto reglamentario puede modificarse
con aproximación de la autoridad superior. Pero sobre todos los reglamentos están los principios supremos de la educación, en que debe inspirarse con- tâmplamente el maestro, sin perjuicio de observar los estatutos. Además de estos principios y de los reglamentos, hay medios disciplinarios muy variados que amparan el conocimiento del océano humano y que sugieren la necesidad.

"Todos los medios de disciplina pueden reducirse a dos clases: una cuyo objeto es la conservación del orden, que requiere el silencio, la obediencia, el respeto, el buen porte, la urbanidad, la objisición, la buena conducta en general; otros que habilitan a los discípulos a la aplicación, que requiere atención, puntualidad en la existencia a la escuela y solo en el cumplimiento de las deberes."

El gobierno de la escuela, en efecto, como el de los pueblos, puede ser severo y hasta tiránico, así como templado o indulgente; pero en todo caso requiere una autoridad, aunque delegada, con poder bastante para establecer y conservar la disciplina. En último resultado todo coincide en este punto, a pesar de teorías y distingos, como habrán de convencerse en la necesidad de una regla.

En las reuniones de hombres, pueblos, naciones, sociedades de todas clases, hasta las más democráticas, se regularán las relaciones mutuas entre los individuos que las componen, se conciboen derechos y se impusieron obligaciones, en interés del conjunto y como condición necesaria de existencia, por efecto de la debilidad de las naturales humanas. La escuela, siendo un colorido, sociedad compuesta de niños, no podía ser una excepción de la ley general a que están sujetas las sociedades de los hombres, esto debe medirse cuando los individuos de la escuela, por su ignorancia, por los defectos propios..."
de la minoría, por la incapacidad de dirigirse a sí misma, necesita más que otra sociedad, una regla po- sitiva que determine la conducta de cada uno de ellos, en armonía con la del conjunto, subordinan- dose a la de la colectividad, y que comprenda los medios de estimulo y de corrección. Disposiciones le- gislativas con las medidas de la administración, para hacerlas observar y cumplir, determinan los puntos capitales de la disciplina, en lo que toca a lo exterior. En cuanto a lo interior, los preceptos son más y no pueden menos de serlo necesariamente en lo tocante a la pedagogía y a la manera de ver y de sentir del que ha de ejecutarse, y por consiguiente, es quien compete establecer las reglas sin contra- riar las prescripciones por la autoridad. Ni la psicología, ni la antropología, ni la moral, ni todas las especulaciones, ni todos los sistemas filosóficos, ni los más nobles y ardentísimos deseos en favor de la libertad, han logrado ni lograrán variar la escuela de las cosas.

Sigue cuanto se quiere, el maestro, sin falta, a las prescripciones legislativas y administrativas, como jefe inmediato de la escuela, os el legislador, el administrador, y el juez en sus reducidos dominios, y como consecuencia necesaria, responsable del uso que haga de sus facultades.

La autoridad del jefe de la escuela y las reglas por él establecidas para el gobierno de los discípulos con la manera de hacerlas observar, deciden de la disciplina, porque procediendo con habilidad y tec- to, adquiere el maestro tal superioridad é influjo que todos se someterán voluntariamente al régimen general. La autoridad y acción del maestro con la obediencia de sus subordinados, son los fac- tores indispensables de la disciplina, a la vez que medios eficaces para facilitar los progresos de la ciu- dadanía y la educación.
Compendio de la disciplina, los principios, reglas, instrucciones y preceptos conducentes a establecer el orden material, la regularidad en los ejercicios y movimientos, el silencio, la aplicación, en pautas y fantasías, a la marcha ordenada de la escuela y al cumplimiento de los deberes escolares. A este fin deben tender las reglas que se imponga el maestro a sí mismo y a sus discípulos.

La disciplina establece de una manera clara y precisa relaciones benéficas entre los discípulos, evitando que los débitos sean objeto de burla y de mortificaciones de parte de las fuentes, y que los gobernantes sean tratados con indiferencia y menos con desprecio, y evitando de que los mayores y más adelantados don ejemplos y sirvan de auxiliares a los menores, y de menos adelantados. Establece, asimismo, las relaciones de los discípulos con el maestro, inspiradas en el amor a la persona de éste y en el respeto debido a la autoridad que representa.

Determina las ocupaciones de los alumnos en proporción a la capacidad y necesidades de los mismos, de manera que no estén un instante ociosos, ni se les impusieran trabajos superiores a sus fuerzas. Por esto se clasifican en grados o escuelas según la edad y instrucción. se gradúan los ejercicios, introduciendo conveniente variedad, para no prolongarlos demasiado, haciendo alternar unas con otras, y de espíritu con los del cuerpo, por medio de movimientos acompañados al cambiar de locación, y se interrumpen oportunamente el trabajo para dejar algunos momentos de solas y recreos a todos, y en especial a los de más corta edad. En este arreglo entra en cuenta el tiempo destinado a cada ejerc. icio, a fin de que el maestro por sí solo o con los auxiliares, pueda atender a todos y huir a todas las divisiones, con tranquilidad, sin aparece-
miento, único medio de que las lecciones sean pro-
vechosas.

En una escuela organizing, el docente en natur-
al consecuencia, tanto bajo el punto de vista mate-
rial como del moral. Cada estudiante y objeto destinado
a la enseñanza ocupa su lugar en cada niño ocupa
su puesto, lo mismo durante las lecciones que en
los movimientos y evoluciones de la clase, que en
las horas de descanso o de ocio. Cuando se neces-
iene un objeto se encuentra al instante, cuando los
niños ejecutan los movimientos previamente espe-
dados, lo verifican sin torpeza ni confusión, sin
taponar unos con otros, sin estar en pie en los
bancos ni en los semicirculos. El maestro vigila la
ejecución con una mirada, la dirige sin esfuerzos, y
libre de las cuidados con que otros insinúan el
tiempo y agotan la paciencia y por fin atiende a la
educación y la enseñanza sin extraordinaria fatiga
y con aprovechamiento de los discípulos.

Una de estos escuelas en ejercicio no puede mu-
nos de admirar al los niños, el bienestar y hasta
la alegría que revelan en el semblante, el orden
que en todo se advierte; aquel matriarcado siendo que
sin ofender a los oídos, sin confundir las diferentes
tonalidades que se dan y reciben a un mismo tiempo,
y la actitud tranquila y en cierto modo desenbarza-
da del maestro, forman notable contraste con lo
que era de esperar, dada la natural y el parecer in-
corretable movilidad e inquietud de los individuos
que constituyen aquella sociedad infantil. Esto es
más sorprendente, el cabo, en las escuelas de ense-
nanza mutua, en que por sus ingeniosas organiza-
ciones se obtiene con facilidad el orden y el silencio
entre desiertos y hasta quintos niños, durante
las horas de clase, bajo la vigilancia constante del.
muestro y de los niños que se sirven de auxiliares. Lo que del maestro, lo mismo cuando transmite las definiciones sobre los ejercicios, que para imponer la
practica, parece un acto mágico. No se comete una
falta si el ejercicio correctivo, ni se pretende me-
dios de castigo para afeccionar al trabajo y al estu-
tario. Sin embargo, la pedagogía prescribe, y con
razón, las emociones vivas, porque ese orden pauta-
ciado mortal no puede ser un mecanismo poco
propicio para la educación.
Se resuelve con el título el establecer en orden, la
vez que una necesidad como medio para realizar
los fines superiores de la escuela, la educación en
todos sus aspectos, pero no debe contarse el maes-
25 tro con la aceptación en la escuela solo en su
forma exterior. No es más que el primer paso, la
condición indispensable para la disciplina interior.
Las actitudes y movimientos alternativos de las
elast, consiguen si la educación física, el orden y el atte-
cio permite que influyan a la aplicación y al estado,
lo que facilita los progresos de la escuela; pero
no se trata solo de transcribir conocimientos y de
ejercicios superficialmente la inteligencia, sino de
fortalecer la rechazo del pensamiento y la segurida-
dad del juicio por medio de ejercicios variados si-
guiendo métodos razonables, cuya elección se adapta
tanto a la esencia como a la disciplina. No hasta
acuñar los hábitos de orden, necesidad a eso y de
mándos que son consecuencia de la disciplina material:
es pacífico forjar esos hábitos, de modo que se
conserven durante el resto de la vida, y sobre todo
e necesario despertar y fortalecer los medios senti-
mentos del orden, ilustrar la conveniencia y formar
el carácter moral y religioso de los niños, a que con-
tribuye grandemente la disciplina, y en que consiste
su importancia en el sentido más elevado.
Para que la disciplina ascienda tiene su objeto, ha de satisfacer por completo a las exigencias del orden exterior y del interior.

IV.

Fundamentos de la disciplina.

Entre los móviles a que obstruyan las determinaciones de la voluntad, los que incitan y conducen libremente a cumplir los deberes son los verdaderos fundamentos, los que deciden de la disciplina. Esos son, por tanto, los móviles que el maestro debe promover y fomentar, fijándose principalmente, no en el de mayor influjo en los hombres, sino en los más a propósito para obrar a los disciplina a someter al orden y al silencio y a la actividad mental de las fuerzas y facultades.

Es sentimiento del deber, nivel superior, el más noble y elevado de la conducta del hombre, debe excitarse y fortalecerse con solicitud en el corazón del niño, porque ha de ser riego de riego de sus acciones en el resto de la vida objeto que se propone la educación moral. Pero ese sentimiento se descubrirá con lentitud, y el no debe desconsolarse un actuar su educador, como sin embargo se haría si el niño en el crecimiento de su juventud no se hace en la disciplina en la edad de la infancia.

No tiene más valor en la disciplina el estimulo del interés que el sentimiento del deber. El niño no necesita bastarse el provecho que ha de ser de su estudio y de sus ocupaciones, sino alcanzar a distinguir la utilidad de las cosas que se le enseñan, por no estar
bastante desarrollada su inteligencia en los prime-
ros años; sobre todo cuando los libros empleados
son útiles a Inteligibles, y no se explican con
claridad. El niño, por otra parte, es ligero, sobres-
drando, se deja corromper por lo presente, sin pensa-
ner en lo futuro, ni por consiguiente en las ventajas
materiales, intelectuales y morales que puede repetir-
tar del trabajo y la aplicación.

A falta de los medios del deber y del interés, poco
postergosos en la infancia, suele apelar a los placeres
y castigos, medios negativos y que carecen de efica-
cia cuando los discípulos pueden susteansla a la vi-
gilancia del profesor. Otros son, por tanto, los me-
vidos de constante éxito a que debe recurrirse. El
primo es el asco, a que se agrega necesariamente
el temor, por causa de la debilidad de la naturaleza
humana y de las cualidades propias de la infancia.

El temor, necesario desgraciadamente para diri-
gir a los niños y sostener el orden, sólo producira
efectos salutables cuando se emplee con tacto y
parimónia. De otro modo, puede centellear los im-
pulsores naturales al bien, y en lugar de enmascarar
y purificar obrarán, puede degradarlo y corromperlo,
y contribuir a debilitar el carácter y a la higidez.
Crecen además de valor, como ya se ha indicado, por
la facilidad con que pasan inadvertidos los falsos,
para lo que habrían los niños recurrir a la frecuencia
a medios muy ingeniosos, y con el afán puro de
proteger su eficacia, porque como se entablen el cuerpo
con los dolores y sufrenencias, se habilita el es-
pirto a la humillación. Por fin, si busca para regri-
sar las faltas y para corregir el orden material, se
imprimirá sentimiento del deber, si comunica el im-
pulso de gestiones recompensas, objeto primordial
dela educación.

Por el contrario, el temor inspirado en el respeto
a la autoridad, la cual se concede con moderación, no duda, con afecto en el empleo de este medio disciplinario, es un sentimiento agradable que influye notablemente en el niño, al propio tiempo que lo hace más insensible a los demás castigos. Se admite, pues, a los pequeños más impuestos y arrestartos, que no se sientan desatendidos ni desatendidos, a los cuales se debe dar una enseñanza regular y ordenada de la escuela. En la familia la generosidad del padre no excluye la ternura y el amor, por es que tienen los hijos designaciones. El "Tesor de Dios" es el principio de la educación, nos dice la Historia Sagrada, y esto se explica fácilmente, porque á la idea del amor va unida la de la justicia divina y la idea de la inmutable bondad de Dios, que engendra el amor.

Cuando el niño no tiene tanto el castigo como el disgustar y causar pena al maestro, este ternura es uno de los fundamentos de la disciplina.

Pero el medio poderoso, el verdadero fundamento de la disciplina, es el afecto, y el amor mutuo entre maestro y discípulos. Como el médico inspira confianza y aversión, el maestro inspira todos clara de activismo, infusión de alegría, esperanza, alegría y a la escuela. Por este medio, el maestro se asienta la vida interior de la escuela a la vida de la familia, todo marcha bien, el maestro está satisfecho, los discípulos progresan en sus estudios y reciben saludable educación, porque reina en todo, el orden moral.

La niña no hace discípulos por diferentes cualidades: la vivacidad, la alegría, el abandono, la espontaneidad, la ingeniosidad y la franqueza, la generosidad, el desinterés, etc., son cualidades que se hacen notar por sí mismas. Hasta los niños debenlo que califican a veces duramente, olvidando las peculiaridades propias de la edad, tienen disciplina a imitación
— 39 —

El maestro debe mantener el orden de las niñas a su albedrío, y en caso de llegar a la escuela, que los niños y niñas no estén en los lugares correctos, que los niños no se muestren en el aula, que se mantengan en los pasillos, y que no se permitan ruidos molestos. Cuando un niño no sabe escuchar, es un desastre para el maestro, y debe ser corregido de inmediato. El maestro debe mantener un ambiente serio en el aula, evitando cualquier distracción que pueda interrumpir el aprendizaje. El maestro debe ser un modelo de comportamiento para los niños, enseñandoles la importancia del respeto y la cooperación. Cuando los niños no cooperan, el maestro debe ser firme y establecer reglas claras y consistentes. El maestro debe ser un apoyo para los niños, ayudándolos a superar sus retos y a superar sus problemas. Cuando los niños tienen problemas, el maestro debe ser alguien a quien puedan confiar, alguien que pueda ayudarles a resolver sus problemas de manera eficaz y eficiente. El maestro debe ser un líder, alguien que inspire a la clase, alguien que fomente el aprendizaje y la creación. El maestro debe ser un maestro, alguien que enseña, alguien que guía, alguien que inspira.
A partir de su movilidad y de sus ocupaciones, se genera un gusto al orden, al arreglo, a la conciencia regular de la clase, porque los niños no son tan entusiastas del orden como se supone, pues que ellos mismos no establecen las estaciones en sus juegos. Los reglamentos y las ordenanzas son más cuando se impone sin autoridad para con ellas, no cuando están permutadas de que se establecen en provecho suyo y por su bien. Cuando el estudiante se desenvuelve el conjunto de los alumnos en el aula, al profesor, es decir, cuando esto tiene de su parte la opinión general, hasta los más escasos y inadmisibles de los alumnos se considera, a la opinión pública, y está vestida la mayor dificultad que se ofrece en el régimen de las escuelas, en el la de establecer y conseguir el orden entre múltiples de disputas de diferentes edades y diferentes caracteres.

Otra tanto sucede respecto a la actividad y aplicación. Se juzga mal a los niños al decir que son entusiastas de la instrucción, que se respetan al estudio y se divierten en las tareas, sin ver ni las causas y los causas del estudio, porque no es un trabajo y el trabajo siempre es penoso, pero hacen aprendizaje, cuando todo, como lo prueba una natural curiosidad, como lo demuestran sus estaciones y variadas preguntas, hasta de las cosas más insignificantes, de modo que llegan al punto de hacerse importantes. Deben aprender, lo que no los gusta es estudiar, y no es sólo por el trabajo y la fatiga que lleva consigo el estudio, pues cuando los aprendices se divierten en la escuela y pasan sostenida atención. Lo que les disgusta son los estudios que se les impone, de ser utilidad no se hallan en disposición de comprender, y sobre todo, la forma y manera de impartidos, dis gusto y repugnancia que desaparece cuando al maestro le inspira tanto confianza para persuadir de que
V.

Dificultades y efectos de la disciplina.

Comparamos las actuales escuelas con las de otros tiempos, no podrá negarse que se han realizado notables progresos en la disciplina. El estudio de los diferentes sistemas por los que se organiza y rige las escuelas, el de los métodos y procedimientos y, el de otros medios auxiliares, han contribuido a este resultado. No olvidemos, sin embargo, la disciplina lo perfección a que debe aspirarse, porque no se atiene como por su importancia y dificultades requiere ser atendida.

Se pretende mucho de educación, aunque más bien bajo el punto de vista de la teoría que el de la práctica.
tico, se exponen también consideraciones generales sobre disciplina, pero sin descender a particularidad es y detalles, porque para esto se necesita conocer á fondo las escuelas.

El ejercicio de la autoridad, por otra parte, requiere condiciones muy comunes. El acto de gobierno (1) es difícil, y tanto, que muy pocas personas ejercen el mundo á satisfacción de la mayoría de los gobernados. El hombre de estado, el presidente de una corporación y hasta el padre de familia en su reducido círculo, hallan á cada paso embates y dificultades, y raras veces que cifren más ó menos fundadas. La severidad es abultada de duras por las que son objeto de ellas. La bondad para con unos se considera por otros como frivola y excesiva indulgencia. El odio y persegución se toman por interés personal, atribuyéndolos á otros poco nobles. Y esto no es extraño, porque para el ejercicio de un poder cualquiera se requieren cualidades diversas, algunas de ellas al parecer encontradas, y en un ejercicio que no admite enseñanzas sino en cuanto á ciertos principios, siendo en lo demás efecto de la observación y experiencia propias.

Sujeta á la misma ley la autoridad del profesor es muy difícil de establecer y de conservar. No cuenta el maestro con la posición y fuerza de los que ejercen otros poderes delegados, ni medían entre él y los disciplina los atroces y suscitados que entrelas padre y los hijos. El asimiento que ejerce depende principalmente de las dotes personas les de que está informado. Pero cuanto más dificil es obtener esta autoridad, y por eso tanto mejor la disciplina en igual proporción que los

(1) Cfr. del Mensaje, por D. Mañaner cortina.
métodos, tanto mayor debe ser la diligencia del maestro y con tanto más empeño debe emplear sus facultades para obtenerla.

La autoridad se funda en la muda y en los buenos sentimientos, y para establecerla es preciso acarrearse a lo que esto prescibimos, y dirigirse a la inteligencia, y sobre todo al corazón de los niños, a decir, debe ilustrarse a estos respecto de los deberes, y ganarse la confianza de los mismos, conduciéndolos en todo con gran indulgencia y respeto.

La autoridad que da el destino de nuestro ser bans para tener el corazón acarreado sobre las niñas. La falsedad que media, declarando en otro pue- to, entre el que caída y el que obedeció, llegó a los subordinados del que ejerció la autoridad, y las pre- visiones contra el cuando esta autoridad se impone por la fuerza y no por las circunstancias de que se había adornada. La confianza supone la estimación y el afecto, sentimentos que tienen en el corazón esta ino- cencia, y con la fuerza y la violencia. Puede obligarse al niño por medios diversos al silencio, a lo exactitud, al estudio; esto hay uno que lo obliga a tener constancia, y éta es la generación. De ciem maneras se logrará a lo sumo algunas manifestacio- nes exteriores y fingidas, pero un no se consigue sino acercar el mali, ahuyentando el distancio a la indigencia de la aversión. A modo, un inalzamiento de mandar con el serígero que todo, cuando se quiere excluir este sentimiento hacia alguna persona, se platan con agrada- bles y semejantes, si las circunstancias de que está adornada, y eligiendo su conduc- tua, en una palabra, se trata de persuadir... 

Mas para ejercer verdadera autoridad (el maestro), el mismo tiempo que trata de abrirse poco hasta el corazón del niño, es preciso continuar a decir a su al- to distancias, hasta que el maestro procure hacerlo...
aprendizaje por el educador, por lo cual, en cumplir los deberes del magistrado, por el poder en la escuela y fuera de ella, y por su conducta tanto pública como privada, se también condición precisa de que facilitadores sean los niños. Si se interesa por los alumnos, se trabaja por facilitadores el estudio, si no se le esparza cuando juegan y se divierten, y una si se entretienen con ellos, es menester que los espíritu que se efectúa de la disciplina que los procura, sin que esto las estima de la obediencia debida a su autoridad y el respeto a su persona.

Por lo tenido y firmeza de carácter se establece la autoridad del maestro y se obtienen los fundamentos de la disciplina de la escuela.

Pero si el ejercicio de la autoridad es siempre difícil porque requiere mucha habilidad y extraordinario tacto, la dificultad se debe principalmente al gobierno de una escuela, en que se precisa atender al orden como medio indispensable para la educación y la escuela en, el maestro debe someter a un régimen común a multitud de niños de diversas edades, disposiciones, temperamentos y carácter, de modo que dominadas estas circunstancias, modere cada una sus facilitaciones y trastornos, recordando siempre que cuanto menos en provecho de todos de la coherencia, sin privado por esa de la iniciativa individual, sin contrarrestar en absoluto las necesidades propias de los niños, aunque sea favorecidos en lo posible, porque la satisfacción de ellos es indispensable a la salud y al desenvolvimiento intelectual y moral. Al propio tiempo debe despertar y sostener la atención, el amor al orden, al estudio, a la escuela y al maestro, y ejercitar todas las potencias y facultades del conjunto y de cada uno de los discípulos, en lo que consiste la disciplina exterior e interior.

Apto todo es preciso establecer el orden, el silencio...
ció, la atención, y principalmente la puntual obediencia a la regla y a las prescripciones del profesor. Cuando esto falta, no hay medio de dirigir la escuela con provecho. Parte de los discípulos no oyen las explicaciones por el ruido que producen sus vecinos, otros buscan á medias, y el mayor número, que están distraídos, no las comprenden por falta de atención. El maestro se halla imposibilitado de evitar el abandono de los unos y las travesuras de los otros, y no se cumple el programa del día con la precisión necesaria, circunstancia indispensable para la regularidad y el orden.

Faltando el orden exterior es imposible de todo punto el orden moral y la dirección de la actividad y conducta de los niños para cumplir los fines superiores de la educación y enseñanza, sin que una parte á remediarlo las correcciones y castigos.

Sin entrar en más consideraciones, comprenden las dificultades inherentes al gobierno de una escuela, pero al menos uno de los que proceden de los niños, es el no entendido y censura, o sea encontrar medios de superarlas. No es tan expedito vencer los obstáculos que tienen otro origen.

Establecidas por lo común las escuelas en maños edificios casas municipales faltando de instrucción, privadas de los objetos necesarios para la enseñanza, como son libros, cahillos, pizarras, etc., que se considera el aspecto en suplir estas faltas. Los niños no pueden asistir con gusto á una escuela donde en el bolsillo experimentan los rigores del frío y en el verano sofocan del calor, donde en todo tiempo les falta oxígeno, aire para respirar y á veces hasta la luz, ni es posible que en tales condiciones presten la atención debida al estudio, ni dejen de agitarlo de continuo por efecto de dar mancha. Los pueblos no tanto por sus enemigos de la instrucción como se
supone, cuanto por descubrir los medios indispensables para comunicar, y por razón dé mel enterada economía, procuran excluir los gastos de las escuelas y los hubo de los profesores en cuanto pueden limitar las disposiciones de la ley y las órdenes de la superioridad, poniéndoles la que en justicia le corresponde y deshaciéndose las intensiones de la enseñanza.

De aquí nuevas dificultades y contradicciones. Reconoce el maestro, y aun haciéndolo con la más explicita prudencia, la ignorancia, la rutina, las preocupaciones, todo se opone con frivolidos pretextos a las más desatascadas pretensiones. Propone una mejora y se resiste que no tiene más objeto que alterar su trabajo, ó darle importancia a cuenta del presupuesto, y se le contesta que su atencion no puede en tal mejora y todo los bien, y los niños no dejan por ello de aprender. De esta modo principian las desavenencias y disgustos y las desavenencias contra los maestros, y por tanto la imposibilidad de que estos acudan con calma y tranquilo sobre su mismo el cumplimiento de sus deberes.

Los padres, que debían auxiliar al maestro en sus pruebas lapesas, además, sustituirle también obreros. Apenas se cuidan de la educación doméstica y de preparar a sus hijos para la escuela, y quieren que el maestro, en las horas que dinamoístamente los tiene a su cuidado, cuando asisten con puntualidad, que no sea lo ordinario, por espacio de un corto número de años, les dé una instrucción extensa y sólida y formen su carácter. Y no es eso lo peor, sino que no es eso lo que contrarían las preocupaciones de la escuela, pretendiendo entender de métodos, y lo que es aún más grave, que traten con dureza al maestro, considerándolo como un mercader a quien se paga demasiado para lo que hace, un mercader al que...
de persuadir ante sus propios hijos, hijos que son
nuestros como hombres. Después de esto, el
mostró la autoridad y asiduidad, y sin
embargo, se le hizo responsable de las virtudes
de la escuela.
Tan es la educación que con el buen gobierno de su escuela, pero si se
interesara a su propiedad encima, y cuando de desac
meros y menores de obligaciones, debía fijar en ella la
atención, estudiar las leyes de los buenos
que proceden y la manera de desempeñar, detallado
por el ejemplo de los mismos que son su intelli-
gencia, y esfuerzos ha logrado conseguido.
Hoy, en efecto, concierne bien disciplinadas como
hay personas que obtienen la confianza y la con-
sideración de las familias y del vecindario de los
pueblos, lo que demuestra que por grandes que sean las
 chores del Mecénas del Magisterio no son insípidas. Con
estudio, resolución, tacto y perseverancia, el escuela
muestra a los niños en extrañamente excelente y
se abstrae paso en todas partes fuera de la escuela.
También debe de que apreciando más su situación
son acostumbrados a las circunstancias, que varían
este punto, para acometer su influencia y res-
ciente.
Los efectos de la disciplina se aprecian en menor
vistas al comparar con otros escuelas.
En las veintidós disciplinas llamada la atención el sa-
pgante de ellos de los departamentos está constituido
en que se reúnen muchos individuos. La sociedad, el
trabajo y el buen gozo de los discípulos, y el mal humor
la obliga del mismo. Ciertos los niños de que se
han de examinar sus trabajos, en lugar de estu-
diar, hablan y disputan entre sí, obligando al profes
para interrumpirlo y otras en la labor que ex-
plía para volver por un momento a los receloso,
hasta que cesado de manosear se llega a las corrientes corporales para desahogar su mal humor. Claro es que en tal escena no hay que esperar progresos ni en la educación ni en la civilización. Para los discípulos es un tormento, y para el maestro una taza de continuos y monótonos que agota el sufrimiento y la paciencia.

En otras ocasiones se advierte el escaso y sumiso por todas partes. Los rueles, encausas y objetos de enseñanza orientados y en el lugar que corresponde, los niños ocupados, tranquilos y en silencio, en sus respectivas estancias y ejercicios, y el maestro, calificado y vigilante, se halla siempre donde hace falta, y a la vez que enseña corrige a los que faltan al deber o a sus deberes, sin alboroto y sin recurrir a las cesáreas ni a los castigos corporales. En el suelo, en medio de la tranquilidad que reinaba en el aula, sin motivo de distinciones, se dedicaba el maestro a estudiar, y el maestro vigilía sin faltar la marcha general y la conducta de todos y cada uno, y lo que es mejor para atender a la enseñanza y a la educación; como consecuencia de todo esto se advierte la dignidad y el bienestar del maestro y de los niños.

Cuando se logra a este resultado se porque el maestro ha sabido adquirir tal ascendiente sobre sus discípulos que domina por completo la escuela. El trabajo y esfuerzo que lo han costado el conservatorio tienen completa compensación en la marcha ordenada y expedita de las lecciones y ejercicios, sin resistencia, ni contradicciones, sin disgustos, sin aparatos violentos y desgraciados de respuestas, como si no hiciera falta la autoridad en el aprecio y consideración de las familias y del público en general, y en la satisfacción que debe experimentar en su interior.
La disciplina, por tanto, no es menos verdadera, al menos que á la enseñanza y á la educación y á la moralidad de los pueblos.

VI.

Estudio de la disciplina.

Las dificultades que ofrece la dirección de una escuela, aunque no insumables, demandan gravedad. Dado que queda demostrado, obligan al maestro á estudiar detenidamente el asunto y á trazar reglas de acciones, fundadas en la naturaleza de la cosa ó en la composición de la sociedad que está llamado á gobernar, á instruir y á acorralar.

La legislación de primeras causas, leyes, reglas, reglamentos, disposiciones de los centros superiores administrativos y facultativos, determinan los derechos y obligaciones del maestro, y establecen la guía á que debe atenerse en el cumplimiento de sus deberes. No pueden disociarse de aplicar la escuela á todas las escuelas de una misma clase y grado, circunscrito el campo de operaciones de cada una, y basada de una manera general el camino y tendencias que ha de recorrer. La aplicación de la ley general según disposiciones capitales, que mayor ó menor acierto depende de la capacidad, celo, prudencia y tacto del maestro, y por las que se distinguen las buenas y malas escuelas.

Estas disposiciones especiales, sin faltar á la ley superior, se sometían á las circunstancias de cada escuela. Deseñamos el ensayo, cuanto se refiere á la marcha general deben ó no ser escritas, formando una
puesto de pauta ó reglamento que tengan siempre \&c. la carta los discípulos para su más exacto cumplimiento. Opinan unos que un reglamento escrito ó impreso, comunitario y notificado por el maestro, es de grande utilidad, porque los niños, adelantándose comprenden la letra y el espíritu y la explican y sirven de censura a los demás. Otros extremas las objeciones afirmando que los discípulos no leen los reglamentos, que los olvidan aun cuando los hayan leído, que es opuesto á la moral emplear medios coercitivos, y sobre todo, que en muchas ocasiones se veert el maestro obligado a olvidar á lo prescrito. En verdad no es de todo punto indispensable tal reglamento, pero tampoco ofrece los inconvenientes que se pres- 
udean limitado á reglas generales y en certa número. Un reglamento no puede ser extenso y detallado con la pretensión de prevenir cuanto pueda ocurrir en la escuela. Las reglas deben ser breves, claras, precisas, y sólo las relativas á los dichos comunes que deben cumplirse ordinariamente en la escuela, y en forma de mandato ó precepto. No debe contener muchas prohibiciones ni prescribir nada respecto á la mayor ó menor gravedad de las faltas, ni á los castigos que por ellas deben imponerse. De otro mo- 
doe se embarazaría la acción libre y discrecional del maestro para proceder con firmeza ó con savidumbre, con más precipitación ó con más pausa y determinismo, según lo creyere conveniente. En último resultado el maestro es y debe ser la ley viva de la escuela, la que imponer el respeto y la actividad, así como la ha- 
severancia y la cortesía mútuas.

En lo que no cabe disparidad de opiniones, es en la necesidad de un plan de disciplina con reglas que determinen la conducta del maestro en general, con aplicación á todos los servicios y á casos particular-

Aunque unas y otras para conocimiento y uso ex-
clusivo de nuestro, quien podra modificarse, y 
ansatteas por otros quando ası convenga. 
Las reglas deben tenden á habituarse a los álamos á 
la obedience y al respecto, á la aplicacion y al cam- 
plimiento de los deberes, á la benevolencia mutua, y á 
sacer los voluntades individuo; y los ceme- 
nes independientes al orden común. Vencedes las 
primers dificultades, que es lo más costoso. la dis- 
ciplina se impono gradualmente hasta dominar por 
completo.

Esquilease para ello esto, inteligencia y continua 
vigilancia, úcico medio de poder reprimir las infrac- 
ciones que se cometen, y de que comprendan los 
alumnos que no pueden faltar a sus deberes impa- 
nemente. Pero si es posible prevenir y reprimir las 
faltas, no debe confundirse la firmeza con la severi- 
dad. Sólo cuando no basten las demostraciones de 
afecto y las medidas inspiradas en la bondad de co-
razón debe apelarse al rigor, porque la obedience 
que se impone por el afecto es más espontánea y 
duradera que la que se obtiene por el temor ó por la 
fuera. Con la bondad y la persuasión se excita inte-
res, se inspira gusto, se hace apreciar las ventajas 
de la instrucción y de la buena conducta, y parece 
que el orden y la actividad se establezcan por si mis-
mas. La disciplina severa y rigurosa obliga á los 
ñifos el orden exterior, á cierta armadura y tranquil-
idad aparente, todo esto á fuera de una vigilancia 
penosa y desagradable; pero las pasiones estallan 
cón más empuje cuando no sienten la mano que las 
compriente. Pero así no se cubren los fines de la 
educación, pues no basta contenerse a aplazar el mal, 
aindo que es preciso corregirlo á destruirlo para ca-
robecer el corazón y mejorar los caracteres á la vez 
que se cultiva la inteligencia.
Entre las reglas de disciplina conducentes todas á
un fin, unas tienen carácter de generalidad, porque se aplican constantemente en todos los momentos y en todos los servicios, y otras son de aplicación en determinados casos, sin que por eso dejen de influir en el conjunto. La primera, la principal, la más importante, la que en cierto modo las sustenta todas, depende de la personalidad del maestro, de las cualidades de que éste se haya adornado, de la habilidad para obtener la obediencia de los discípulos y para hacer agradable y provechoso la escuela. Las demás se refieren a la organización y distribución del trabajo, a los métodos de enseñanza y a los medios de estimulo y corrección, que si deben excusarse lo más posible, no puede prescindirse de ellos en absoluto.

Árbitro el maestro en establecer las reglas, conserva libertad completa para atender su conducta a las circunstancias, mostrándose más o menos condensado ó severo, según convenga, para sostener su influencia moral, pues la disciplina no depende tanto de la regla como de la manera de aplicarla. Pero con la libertad del maestro debe conciliarse la del discípulo en cuanto sea posible, porque la formación del carácter supone iniciativa, reflexión y libre voluntad, en cuanto no se oponga al orden, á la exactitud y al respeto.

Para evitar el descuido y confusión en la marcha de la escuela, se deben establecer reglas precisas, no es indispensable obligar á los niños á una preciación militar en los ejercicios, ni á moverse como automatas, ni al silencio absoluto, pues todo lo que es violento mortífero, lo que contraria en un todo las disposiciones naturales se opone únicamente cuando no hay medio de librarse de ello, y sólo por breves momentos, y de todos modos contribuye á que la escuela presente un aspecto triste y desagradable, cuando debiera distinguirse por la ani-
mación y bienestar de todos. Los métodos razónables son los que acomodan la enseñanza a la inteligencia de los niños y conducen a desarrollar las facultades intelectuales y morales a la vez que se transmiten conocimientos positivos. Los medios de enseñanza, las de corrección, deben emplearse con gran discernimiento y requieren estudio especial.

Por más que sean variadas y en gran número las reglas de disciplina, todas se inscriben en las disposiciones oficiales sobre la enseñanza, en el carácter y condiciones locales de cada escuela, en las leyes y que establecen la sociedad infantil y que ha de gober­narse, en las tendencias dominantes de los discíp­los, y en los fines de la educación y enseñanza. Cuand­do el maestro ha recibido la preparación necesaria para el ejercicio de su cargo, cuando está con­forme con el deber de la maestría, comprende desde luego adivinar los medios de que ha de valerse para cumplir con fruto sus deberes, forma su plan de conducta encara­mando en sí mismo, por decirlo así, todas las reglas, en cuyo caso le serán familiares y sabrá aplicarlas con oportunidad y acierto. La experiencia le hará ver la eficacia ó ineficacia de las adoptadas, así como las que pierden su fuerza y puede decirse que se gastan con el uso y el tiempo, y por tanto las que debe modificarse o sustituir por otras. Arbitró en este punto, cuando le falta un recurso, puede suplirlo con otros para conseguir que la escuela apenas como un organismo vivo que se mueve por sí solo, porque no se descubre exteriormente la fuerza que lo impulsa y de que depende su vida.

Como se ve, todo depende del maestro, pues como quien que se examinan las cosas, en último término es el todo, la principal regla de disciplina, es la que se refuende las demás.

Aparte de los elementos de disciplina que tienen
su origen ó raíz en la misma escuela, el maestro necesita estudiar las influencias que vienen de fuera, las cuales, como ya se ha indicado, contribuyen grandemente á fortalecer ó debilitar su autoridad y el respeto y la subordinación á que están obligados sus discípulos. Dependiendo estas influencias, favorables ó adversas, del concepto en que se le tenga en el pueblo, lo que dependa no sólo de los progresos de la enseñanza, sino también de sus relaciones con las autoridades locales y con las familias, y de su conducta pública y privada. Esta estudia es de mayor interés y importancia de lo que ordinariamente se cree, porque la manera de conducirse el maestro fuera de la escuela, no sólo facilita ó dificulta el gobierno de la misma, sino que es causa de quejas y reprobaciones que producen disgustos sin cuenta, desavenencias y luchas continuadas que hacen intranquila y penosa la vida del maestro.
PRINCIPIOS Y MEDIDAS DE DISCIPLINA.

I.

El maestro.

La escuela con sus variados ejercicios desenvuelve y fortalece todas las facultades de los niños, lo mismo en lo tocante al cuerpo, que a la inteligencia, al curso y a la voluntad. El maestro, autoridad que manda y goberna, comunica el impulso y la dirección, armoniza los movimientos, la actividad individual con la del conjunto, y es la regla absoluta e indispensable a que todo obedezca y se subordine. Es el modelo, es el libro, es el método, es el alma de la escuela. No hay leyes, ni reglamentos, ni instrucciones, ni programas, ni nada que sea provechoso y de resultados satisfactorios, si no se lo asimila para ponerlo en práctica; como es el factor esencial de la educación, lo es asimismo de la disciplina.

En tal concepto los Tratados de pedagogía dedican largos y a veces acusados y eclécticos párrafos para exponer las virtudes que requiere el magisterio, los deberes que impone y las recompensas que ofrece, con objeto de que los aspirantes a una noble y elevada profesión, como los que ya la ejercen, formen clara y exacta idea de la misma, para desempeñarla dig-
namente. Recurriendo como a cualidades indispensables, constitución sana y robusta para soportar el constante y pesado trabajo físico y moral que exige; vocación decidida y amor a la niñez para sacar las impertinencias y dificultades de la primera edad; conocimiento de las facciones y disposiciones de los niños, de todo punto indispensable para dirigir la educación y la instrucción; instrucción salida y variada, con los medios de transmisión; paciencia ilimitada para repetir una lección ciento y más veces, para soportar frecuentes contratiempos en la escuela y fuera de ella, promovidas por los niños, por los padres y por las autoridades; imparcialidad, conducta moral y religiosa, y otras escasas cualidades que facilitan y hacen fructuoso su trabajo.

Sin entrar en el examen de las indicadas cualidades para repetir lo expuesto en los libros que cons tituyen ordinariamente los manuales, importa insistir en el aspecto y descender luego a particularidades, respecto a las que tienen más íntima relación con las reglas de disciplina.

La primera de las cualidades del maestro es la vocación que, como una de las misiones, llenadas el alma e inspira en todos los momentos los medios más conducentes a la educación, y produce un amor siempre vivo a la niñez, a la que es corresponente, contribuyendo así a la prosperidad de la obra que se está emprendiendo. Es una virtud poco común, pero que se adquiere y con el ejercicio se fortalece.

El maestro no se da a veces cuenta de las cualida des de que se había adquirido y que ciertamente no dependen de su voluntad. Debe, sin embargo, procurar apreciarlas y hacer cuanto de ello dependa para adquirirlas las que no ha recibido de la naturalez. Cuento haga con este objeto tendrá suficiente com pensación, pues de ello depende su autoridad y su...
condiente, el respeto, la consideración y la confianza que necesita obtener de todos.

No es menos importante preservar bien de la importancia y transcendencia de sus funciones. Tiene el encargo de despertar las adormecidas facultades del niño por medio del ejemplo, de fortalecer la raza y dirigir la voluntad para hacer del ser útil, que se le encomienda un deber. Estos servicios prestados a una generación tras otra, contribuyen al bienestar de las familias, de los pueblos y del Estado. Pensándose bien de esta idea, comprendiendo con claridad lo horrible y temible del fracaso, pensando en el bien que produce, tendrá poder bastante para luchar sin desanimarse en el combate, a pesar de todas las contrariedades.

Necesita asimismo formar clara idea de su posición y de sus relaciones profesionales. Entre las personas con quienes está en contacto y necesita contenerse, unas se interesan por la instrucción, otras no aprecian sus trabajos y servicios; pero todos le observan y se crean con derecho a juzgarlo. Sin faltar a los principios fundamentales que deben servirle de norma, no puede desatender las necesidades, las pretensiones y las esperanzas de los pueblos, acostumbrándose a las circunstancias especiales de cada uno. Por más que se pretenda uniformar la instrucción en todas partes, es un pensamiento que pase de ser una quimera. Las necesidades de una aldea no son las mismas que las de una ciudad poblada, ni las ideas, ni el desarrollo intelectual de los niños del campo, donde la generosidad de los habitantes se dedican a los trabajos agrícolas, son idénticas a las de los grandes centros de población. Tendiendo siempre a la cultura intelectual y moral puede dar más o menos desarrollo a la enseñanza en determinadas materias, según las circunstancias de la locali-
dad, al determinar el plan de lecciones, que por esta razón puede variarse sin inconveniente. Cuando desde un principio se observa que los niños se ocupan en adquirir los conocimientos necesarios en todas las asignaciones de la vida, que reciben la instrucción que prepara para el ejercicio de las profesiones más comunes en la localidad, y se satisfagan las necesidades y pretensiones de los padres, el que dirige la escuela pasa por modelo de maestros.

Recomienda es decir que el encargado de la educación debe distinguirse por la pureza de costumbres, por su conducta, no sólo en la escuela, sino también en la sociedad, teniendo entendido que su más preciado título es el de horas honradas, requisito indispensable para alcanzar consideración y respeto. Otras cualidades y disposiciones morales del maestro, aunque no más importantes ni de mayor influencia, requieren, sin embargo, especial menoscado tratándose de la disciplina.

La primera de todas es la paciencia y la perseverancia. «La Paciencia (1), virtud modesta y sublime a un mismo tiempo, es una de las más esenciales del maestro. Toda su carrera ha de ser un continuo ejercicio de esta preciosa virtud; paciencia en el trabajo, a que se llaman perseverancia; paciencia del corazón, que en lo mismo que conformidad en las adversidades y disgustos de la vida; pero paciencia ilustrada, que no consiste en la insensibilidad y negligencia, sino en atar la ira con un hilo de hilo para sufrir y para destruirlos. 

(1) Oste de los Menos, por D. Mártonio Carabano.
animarse el maestro. Convencido de auténtico de
que explicará muchas veces sin que se le estiende y
sin que se le escuche, por la distracción y la ignoran-
cia de los discípulos, de que repentinamente sin corregir
y de que acabará los vicios sin destruirlos, debe re-
notar constantemente sus esfuerzos y repetir las
explicaciones y las advertencias y consejos sin des-
canso. A iniciación de la hurga, que empieza y
continúa una y cien veces su trabajo, destruido en
un instante por la prisa del hombre cuando empe-
saba a vislumbrar el término de largos y penosos
esfuerzos, debe repetir con tranquilidad y ordenanse
las lecciones y ejemplos hasta terminar la obra, si
pasa de todas las interrupciones y contrariaciones.
Con estas disposiciones es fácil tratar a los niños
con moderación, percebiendo sus dolencias de la in-
fancia y resistiendo a los caprichos con tranquilidad y
calma, así como ser indulgentes sin debilidad y sin
confundir la descalificación de acción y consejo,
que protege a los niños y alienta a los buenos a in-
tentar.

Como se ve, la paciencia, aunque aparentemente
virtud pacífica, supone lucha continua y persever-
ante consuelo mismo por parte del que la pratica y
contra los males que han de combatirse, regocijan-
ando los inquietos y arrebatos que se presenten los con-
traeridos. Ceder ante los obstáculos sin poner en
juego todas las fuerzas y recursos para destruirlos
es debilidad; no inquietarse por nada es indiferen-
cia. Consiste la virtud en superar con resignación
el male, en tanto que luchando sin descanso se consi-
gue vencerlo o repararlo.

La experiencia diaria y la reflexión pasadasan
al maestro de la necesidad de la paciencia, y la ha-
brían a ejercerla aunque no pospiera antes esta
calidad. Son tantos los contratiempos de todas cla-
...sen que ha de experimentar en su difícil posición, que si no está provisto, se impedirá a cada momento, en lugar de exhortar los medios de evitarlo prudencialmente, y como necesario consecuencia, estará siempre descontento, disgustado, de mal humor, y su vida, llena de amarguras, será insoportable.

El ejercicio de la paciencia habilita a moderar los impulsos del ánimo, a refrenar los arranques del mal humor, de animosidad, de cólera, y fortaleciendo esa facultad, se adquiere otra no menos práctica, el dominio sobre el rasgo, cuando no es natural, de origen en el individuo. El maestro necesita como el que más dominarse en todos los momentos para Junger y proceder con calma y serenidad en ocasiones difíciles y frecuentes. Debe imitar en lo posible el médico que al reconocer la grave situación del enfermo, y que visita, lo examina tranquilamente, sin inmutarse, con aparato insensible y lo propisa los medicamentos necesarios.

De otro modo se juega con acierto a los niños, si se dictan las disposiciones convenientes a contener a los que perturban el orden, ni se castiga a los reincidentes, sobre todo cuando las medidas que se adoptan son inspiración del momento, como ocurre en la mayoría de los casos. De no proceder así se corre, el riesgo de adoptar disposiciones inconvenientes a imponer castigos injustos, lo cual es de gran disminución trascendencia, porque los niños lo aprecian y lo atribuyen a personalidad y a una estafa Institución, cuando no se alega personal, lo cual, lejos de sostener el afecto, excita la aversión y el odio.

En una escuela hay así dada niños indóctiles, discos, mal intencionados, pero las faltas del mayor número son propias de la edad, en que acaso infulnan las malas condiciones del local, la elevada tem...
perdura, que debilita el vigor del espíritu, la falta de aire para la vida. A veces provoca el desorden y la desaparición de discurso de abandono del mismo maestro, consideración bastante por sí sola para que las contradicciones y disacuerdos no le hagan perder la serenidad. Uno de los pedagogos antiguos, el reputado profeso Salaman, dice a este propósito: cuando se trata el orden en mi escuela, me examino a mí mismo y descubro de ordinario que la culpa es mía, ya sea por el estado de mi atadura, ya porque me afecta algún adormecimiento desagradable, ya porque me siento fatigado a causa del excesivo trabajo.

Del dominio sobre el mismo se deriva como natural consecuencia la imparcialidad, exceso medio de disciplina, porque las preferencias y distinciones injustas, que no pueden pecar, irritan a los niños y les incitan a la insubordinación. Pero conviene tener presente que la imparcialidad no consiste en tratar a todos de la misma manera y en exigir a unos lo mismo que a otros, sino en proteger los derechos de cada uno y en imponerle deberes según las facultades de que se halle dotado. El bueno y estudioso merece indudablemente que el discordio y pesada novia sea tenido con severidad; al de cortos alcances no puede pedirse igualles progresos que el dotado de brillantes facultades; en uno es preciso decir su serenidad, y en otros acentuar su dulzura. Más o menos sería establecer una regla general y atenerse a ella en todas las circunstancias, pero la desigualdad entre las disposiciones de los niños obliga a distinguir entre unos y otros, y las preferencias a que está da ocasión, no son injustas, ni son molestas, porque todas comprenden la razón en que se fundan.

Lo que irrita y subleva son las distinciones inme-
realizar, las que pueden establecerse entre niños y potos, el favor concedido a los que exageren las demostraciones de afecto cariñoso y aplausos; favor que, además del disgusto que produzca a los demás, provoca el desánimo, el desengaño y la desdicha. Las preferencias y aún privilegios que se deben conceder a los niños de talento sobre los de escasas facultades parecen a primera vista fundadas, y sin embargo, ofrecen inconvenientes, por lo que debe procederse en este punto con gran discernimiento para no engañar a los unos y abatir y desanimar, haciendo caso en la apariencia, a los que por lo mismo que son más débiles necesitan de auxilio y de más decidida protección. Los distinciones no deben fundarse sino en la conducta y en los esfuerzos que cada uno hace para cumplir las deudas que se le imponen.

El favor al vecindario mérito no es un privilegio ni una distinción olícola, y por lo mismo, lógica de considerarlo y distinguiarlo, debe manifestarse con la posible publicidad para que sirva de ejemplo y de estímulo. Lo que sí importa en gran manera es no confundir la verdad con la apariencia en el juicio que forme el maestro, porque los niños tienen clara y viva idea de la justicia y la injusticia, por más que no esté bastante desarrollado en ellos el sentimiento que ha de obligarles a practicarla por sí mismos.

Con las indicadas cualidades hay otras disposiciones que influyen estrechamente en la disciplina y que merecen estudiarse aparte.

II.

Autoridad moral del maestro.

El maestro en el jefe de la escuela, y por lo tanto, la autoridad indiscutible que la gobierno, como que-
de dicho; autoridad cuyo origen y fundamento no explican por la misión que le está encomendada. Hay leyes y reglamentos a que debe atenerse; es mandatorio de los padres, a quienes, como al público en general, debe guardar las consideraciones debidas; obligación suya es también adoptar los buenos principios de educación y enseñanza; pero sin faltar a tales condiciones, es árbitro, soberano absoluto para resolver los incidentes que a cada paso ocurren en su reducido dominio. De otro modo no sería posible el orden ni el estudio, perdería inmejorablemente el tiempo, y no habría fuerzas humanas que resistieran tan potente a la vez que infatigable trabajo.

La autoridad supone el respeto y la soberanía, sentimientos que deben inhalar en los subordinados, por lo mismo que tienden á debilitarse de día en día. Pero no hay que hacerse ilusiones, la autoridad que puede llamarse oficial, ó la que lleva consigo el destino, no basta por sí sola para regir una escuela, como no basta en los poderes públicos para gobernar a los pueblos. Para que sea eficaz es indispensable que á la autoridad delegada vaya unida la personal, la autoridad moral, que depende de las cualidades y disposiciones del que la ejerce. El predominio del maestro, su ascendencia, su influencia dependen en grandísima parte de sus dotes personales, de su porte y conducta para inspirar el respeto, la confianza y la obediencia de los discípulos. De esta manera se adquiere el poder y la autoridad moral.

Aunque difícil, no lo es tanto como parece el adquirir ascendencia y preponderio sobre los discípulos. La debilidad del niño, las continuas necesidades que experimenta y que no puede satisfacer sin auxilio de los demás, sus miséricordias y sus propios males le colocan en una dependencia tal del profesor, que excede en mucho de la dependencia legal á que está
sujeto. Esta circunstancia facilita el camino para imponerse, dispensando protección, sin faltar a la dignidad que debe conservar siempre el superior con el inferior.

El maestro que cumple con exactitud sus deberes, que asiste con puntualidad a las clases, que prepara y regula el trabajo oportunamente, y transado el plan, marcha con paso firme y seguro hacia el objeto, sin precipitación ni abandono; que se muestra benevolente con todos, sin rebajarse al nivel de sus subordinados ni familiarizarse con ellos; que se distingue por la regularidad de su conducta, puede estar seguro de obtener el respeto, no solamente de los niños, sino también de los padres y de los habitantes de la localidad.

El que atiende con solicitud a las necesidades de los niños, el que se interesa por su bienestar y sus progresos, el que les dispensa incesantes cuidados y los estimula, asiste y auxilia en el trabajo, mostrando en todo sincero desear de serles útil y de contribuir a su felicidad por medio de una instrucción sólida y una educación esmerada, puede también estar seguro de inspirar confianza, la que supone la estimación y el afecto.

Cuando el maestro obtiene el respeto y la confianza de sus discípulos, obtendrá sin más esfuerzo, como lógico y natural consecuencia la simpatía, y habrá venecido las principales dificultades de la disciplina. Los niños que respetan y aman al maestro lo obedecen y están dispuestos a ejecutar puntualmente sus disposiciones, a someterse el orden, a guardar silencio y a dedicar su actividad al estudio. Preciso es, por tanto, no perdonar medio alguno para obtener este resultado, procediendo siempre con sinceridad, pues los niños no se dejan seducir por las apariencias. Distinga perfectamente a los que de veras se interesan por ellos, de los que aparentan
afecto y deseo de visitarlos y tropezarse con ellos, con indiferencia, lo cual no puclo ocultarse. No juzga por las palabras, sino por los hechos. Conviene no olvidar que cuanto mayor es la dependencia con que estamos respecto a una persona, tanto más atentamente examinar el porte y conducta de la misma para con nosotros, sin que se nos escapen ni las más insignificantes acciones, dispuestas siempre a comparar el superior ó al inferior. El más sutil y observador de cualquiera nos muestra, lo en el rostro y conducta de uno los sentimientos de que se halla animado, afuera hasta sus más íntimos pensamientos, y juzga con más o menos exactitud de la verdad de las cosas, de que hasta la conciencia se desconcierta.

Este es un punto muy importante que no debe olvidarse en momento. Verdad es que los niños no se hallan a su disposición de juzgar con seguridad y exactitud, pero en cambio son capaces de observar bien, porque no están dominados por diversas pensamientos, como sucede a los hombres, recuerden las apariencias en el objeto que les procura y no han nada que se escape a sus investigaciones. La afectación y el distinto se destacan sin necesidad de reflexión, hasta la más observación para no dejarse engañar. Cuando los niños aspiran falta de conformidad entre lo que realmente es y lo que queda aparecen una persona talquiera, experimentan una impresión desagradable, que obtienen su ingenuidad y candidez. Lo contrario, que entre ellos no pasa de ser una travesura, les parece odiosa y repugnante en los que ejercen autoridad.

En este entendimiento, está más hablar a los niños de los cuidados con que se atiendan a instructivos y educadores, porque lo observan y lo aprecian por sí mismos. Los beneficios de que se hace alarde, no obligan ni exigen correspondencia, porque se
juegan suficientemente pasadas con la estación y manía de lo que saben, cuando se van, se van en busca de lo que realmente va-
len. Cuando se enamora uno llega al punto de hablar de servidores que no son verdaderos, de supuestos benéficos, de conse
cuencias son de mayor gravedad. Lo
demás se acostan las simpatías inspiran dignidad y pro-
pagación, cuando no contribuyen también a fi-
mento la moral y la hipocresía.

Duranle las horas de clase el maestro no puede desatender el cumplimiento de sus deberes para com-
pasar, en sus asuntos particulares, sin que para hablar de sus mártires y servidores, propensión natural en el que lleva una vida militar, como sucede en los pue-
blos de corto vecindario. En ese salmantismo, primi
do de relaciones con personas ilustradas, sin que se
tome sin sentido de vanidad á aquello, pensando así
cesar en la educación y en la enseñanza, y en cua-
to concierne á la escuela, con que á todos preocupa
el mismo pensamiento, y a provecha la ocasión de
tener un auditorio siempre dispuesto á escucharla.

Los niños, en efecto, escuchan con atención las con
diciones que les hace el maestro, aunque sólo sean pes
dos distracciones del estudio, ya que no se para curri-
ciosidad, ya que no los provoque por medio la par
comentarlas ñ su modo en sus conversaciones y ber-
llas de elas.

El maestro debe tratar con afectuosa dignidad á los niños, hablarles mucho de ellos y pocos de sí de
él mismo. De otro modo comprende seguramente su autoridad, porque pierde la consideración que le
decen los niños, y se hace imposible la disciplina, cuando á este mal no se agreguen las faltas consu-
cuencias que puede producir en la educación moral sonemplante conducta.

Para adquirir y conservar el maestro el serendip-
III.

Gobierno de la escuela.

Establecida en sólidos fundamentos la autoridad del maestro, hay mucho aconsejado para la dirección de la escuela. Sin esa autoridad no hay gobierno posible, pero aun en percepción de ese poder, robustecido con la influencia personal, hace falta otra cualidad no menos importante y efectiva, los actos de mando, porque es más difícil mandar que obeder, según el antiguo.

Por eso que se fije la atención se comprendan las dificultades del arte de mandar, como ya se ha indicado antes, y la imperiosa necesidad del maestro de estudiarlo, en interés de la disciplina, en interés de la educación y en interés propio, porque si sabe mandar todo marcha bien y se exceda trabajo y disgustos sin cuenta.

El mandato envuelve en sí mismo la desagradable...
idea de inferioridad por parte del que ha de comandar, y es muy común oír decir con previsión las objeciones del superior, disiparlas siempre los subordinados a conservar con más o menos vivencia y amistad. Después, que se generalizó, se decía lo mismo en la escuela, donde el mandato contra el ligazón, la moralidad, los caprichos y otras inclinaciones de los niños, por lo que se requiere gran discreción para gobernarlos. Cuando la orden es fundada y se comprende su necesidad, los subordinados se someten al superior. Cuando la orden es arbitraria, produce repugnancia, y el que ha de obedecer tiene disfrazada y resolución instante para oponerse, la polea presentando objeciones, y si tiene talento y habilidad, procura eludirla por medio de retoques y expedientes diversos. De aquí la necesidad de que el superior decida las disposiciones que considere necesarias y convencientes, en cumplimiento de su deber, no para demostrar su autoridad y predomino.

El gobierno de los niños no puede someterse en un todo a las mismas reglas que el gobierno de los hombres, por razones que están al alcance de todos sin necesidad alguna de indicarlas. Obédéce a los mismos principios, pero la aplicación se modifica según las circunstancias. Una idea excesiva en el niño, tropieza a veces con grandes dificultades; cuando se trata de realizarla, y no para que resulte irrealizable, así que en la escuela es de todo punto necesario escrúpulo en parte, más o menos según los casos, el rigor de la teoría puede ponerse en práctica. Convén cirugías a los sentimientos y a la razón de los niños, convén cirugías a estos a dirigirse por el mismo, convén dejarles cierta libertad en sus movimientos espontáneos, pero convén también, y no sólo convén, sino que es necesario, regular y disciplinar esos movimientos. La dificultad
está en conciliar ambos extremos. En resumen, el gobierno requiere autoridad y firmeza por una parte, y bondad y dulzura por otra.

Desviando a la prudencia, lo primero de todo es saber lo que se manda, penetrar bien de lo que se propone y de la necesidad del mandato, y expresarlo en torno visible y audien te con claridad y precisión. Quedará entregada esta advertencia, y sin embargo, aparece cada momento la necesidad de dar dedios un tiempo para la reflexión, y es preciso estar pre venido, ya para reprimir, ya para aprovechar la oportunidad de una disposición conducente a un fin útil.

Para esto se requiere cierta habilidad y resolución, y sobre todo, haber formado idea exacta de la disciplina, lo que supone los otros requisitos, porque con reconocimiento no hay nada improvisado, y se prov ene con aplomo, seguridad y desembarazo.

La persuasión, el convencimiento, sería el motivo más sólido y realizable para cumplir una orden. Convíene hacer comprender a los niños los motivos para cumplir sus deberes, así como las ventajas o el pro cedimiento que ha de resultarles de su cumplimiento, pero no al dar una orden, ni como medio de decidir las a coinciderse a ella, sin obediencia no sólo duda ni discusión; consiste en reincidir al inferior el su perior; quiere la persuasión y el convencimiento don de no sea fácil. Cuando se solicitan, se ofrecen dudas y discusiones, cuesta más trabajo inculcarlo, y en realidad no hay verdadera adhesión, mientras que mandando con voluntad firme, ante una orden positiva, el niño, casi sin advertirlo y sin violencia, adhiere su voluntad. Cuando no se manda con fir meza, cuando se ruge o se trata de persuadir, se opone resistencia y se hacen fitas el mandato.

El maestro debe cuidar mucho del prestigio de su
 Autoridad, ha ido comprendiendo a los niños que el
 tiene el derecho de mandar, y ellos la obligación de
 obedecer, habiéndolos a someterse a su voluntad
 sin más causa que por el derecho que a él le asiste
 de ordenar lo que considere conveniente a fin de
 en la escuela. Cuídase de ordenar lo que sea inocente y
 conveniente, pero una vez prescrita una cosa, hágase
 cumplir con rigorosa practicidad, sin admitir
 observaciones. Si el maestro se equivoca, si cometen
 tras la razón para modificar la orden en algún sentido,
 no lo faltarán recursos para sustentar el mal que puedan
 padecer, sin que influya en sosteninar la des-
obediencia, pues si los niños advierten que el maes-
 tro puede equivocarse o que conoce por debilidad, pier-
drá su ascendencia y predominio. Es en algunos casos
 se recomienda la indulgencia, si se cree conveniente
 explicar los medios de alguna disposición, esto debe
 aparecer como espontáneo, no como resultado de re-
diamaciones, ni menos de exigencias, ni en favor de
 la desobediencia, porque sería en detrimento de la
 autoridad.
 Debe tratarse a los niños con bondad, conversar
 con ellos con amabilidad y dulzura, pero esto no se
 aprueba a que cuando se ordena una cosa se haga en
 tono grave e imperativo, sin olvidar que los niños no
 comprenden ciertos consejos, y aun comprendiéndolos,
 es demorado ligeramente y apretar para seguir los
 que contradigan sus impulso e inclinaciones. La au-
toridad y la firmeza interesan tanto a los gobernans-
tos como a los gobernados.
 Dice el pedagogo inglés Dunn: «No sólo el maestro es
 orden que se está dispuesto a hacería cumplir. Dictar ór-
denes sin tiempo ni habilidad para llevarlas a cabo,
y cuando sin intención de obligarse a cumplirlas, equi-
varía a incitar la desobediencia. Si promete una
 cosa, que sus promesas no sean vanas; si dice que el
démulo del deber seguirá inmediatamente el casti-
guo, que sean palabras sean una verdad; si manda a
un niño que haga esto o lo otro, tenga cuidado de
que lo ejecute con exactitud. No olvidando jamás
este importante principio, sea constante, mandar y en
semanar. La deliberación es necesaria el que tiene
que ejercer autoridad sobre muchos, mas no por eso
debe confundirse esta prudente precaución con una
realidad perjudicial. La prudencia en el alma de la
disciplina, y lo persona que se entretiene pensando
en lo que ha de hacer y cómo ha de hacerlo, puede
estar seguro de que cuando llegue la ocasión de
elear saldrá vencedor.»

No quiere esto decir que haya de tratarse a los ni-
ños con dureza y sin piedad. Para hacerse obedecer
no es el mejor camino la violencia, pues aunque se
fugrase una docilidad aparente por un momento, se
caería a costa de los más nobles sentimientos, de la si-
cerez, del respeto, del afecto, que por la perturbación
del alma se convertiría en odio, deslealtad, hi-

decresia. Por lo mismo que el mandato es una impo-
sión debe enavivar en lo posible para que sea
adoptado sin repugnancia, facilitándolo y haciéndolo
lo menos penoso, empleando al efecto Verdades de
bondad y de interés, lo que no se oponga a la resolu-
ción de hacerlo cumplir. La dureza tiene siempre
malos resultados en educación.

A este propósito, en un libro inglés antiguo (1)
published en 1672, después de la muerte de su autor,
libro notable por sus consejos sobre educación y en-
cuadernos, que hay mismo puede consultarse con fra-
te, si bien por la época en que se escribió se dirigía
al género más bien que al profesor de primera en-

56 El Maestro de escuela (Schoolmaster).
...y aunque se ha una noticia interesante a informar.

El autor es Roger Ascham, profesor de la Universidad de Cambridge, secretario latino de Edward VI, maestro de hijo y griego de la princesa que fue después reina Isabel, y de los hijos de Hen-

ry VIII, el príncipe Edmundo y la princesa Isabel. La noticia se refiere a una desafectación, como se

suele ver en otros, Lady Jane Grey, la cual, después de abolir al trono contra su voluntad partes

intrigas del duque Northumberland, subió al estrado a la edad de diez y seis años, sin que su juventud y

su inocencia encontraran gracia ante María Tudor.

Debido a partir Ascham para Norteamérica acompañan-

do al embajador inglés en la corte de Carlos V, y se

despoliana de Lady Grey, a la que participa grande

afecto. La encontró leyendo en el palacio de Placentia, en la presencia de los palacios, el duque y la duc

quesa, y toda la familia, hombres y mujeres, se ha-

llaban de caos. En el curso de la conversación le

preguntó Ascham quién le había inspirado ese gus-

to por el estudio, de que no participa la muchacha,

y aún es más en los hombres, y la contestación la

refiere textualmente en el libro en estos términos:

"o de lo díes, res. ad. y al rato tiempo se dirá

una verdad que nunca se escribe: Uno de los be-

necicios que Dios me ha concedido es el de haberme

dado padres duros y severos y un maestro dulce y

honesto. Cuando estoy en presencia de mis padres y de

mi madre, ya que yo hablo, ya que hablo, que se

entienda el Dios, que anda, que anda, el que anda,

que está en la tierra, que habla el que habla, que

en todas circunstancias, yo hablo, hablo y digo,

y esto que se encuentra en el Dios el creer el mundo. Sin esto no me lo puedo

pensar, y no me amanecer con sinceridad, y a los

mismos lo que María de Espina de tal manera, lo que
no quiere decir por respecto á mis padres, que estoy como en el infierno hasta que llega la hora de la inspección con el señor Blumer. Esto me enseña con tanto dulzura, de una manera tan amable, sabe inspirar tanto interés en el estudio, que pasa sin sentir el tiempo que estoy á su lado. Cuando más me llaman me echo á llorar, porque todo lo que hago, exceptuando el estudio, me disgusta soberanamente, me disgusta y me da miedo. Por eso encuentro tanto placer en los libros, y lo estiman mayor cada día. A tal punto, que en comparación con éstos todos los demás placeres me parecen huecos y enojosos. Juan Grey contaba entonces trece años de edad.

Así bien, insistía mucho en la necesidad de educar á los niños con bondad, y de conducirlos con dulzura. Dedica gran parte de su libro á este suunto, y conduce con energía la duración de los matrimonios de un tiempo que imponen castigos corporales á los niños por la menor falta. Algunos, dice, desgurzan su mal humor castigando á sus discípulos, cuando otros debieran ser los castigados por su falta de razón. Resalta también que la idea de escribir su libro se la sugirió una conversación con el secretario de Estado Sir William est, el que le dijo que los maestros castigan mal, lo mismo que las faltas de los discípulos.

Siguiendo antes, un santo verdad que ocupa un puesto en los anales de la enseñanza, santidad analógicas ideas. San Anselmo, de quien el autor de su vida nos transmite las palabras llenas de buen sentimiento de bondad con qué reprochaba al obispo por los castigos inusuales de los discípulos de él: a pesar de los castigos que los imponía constantemente. «Y cuando llega á hombres, replicó el santo, ¿qué son nuestros discípulos? dispersados como huellas, convertidos en nada.»
en bultos, dijo el santo. No, hermano mío, queda... no se en el camino. ¿qué habrías de conseguir de las niños si al bebé prevenías, al los mudaste afuera y sólo los inspirías míseros?

Estos, y otros textos que podrían aducirse de remotos tiempos y de todas épocas, demuestran que es evidente para presentar como una novedad de nuestros días la recomendación de que deben tratar a los niños con dulzura. Los consejos no faltan, lo que se necesita es que se pongan en ejecución, con verdad es satisfactoria reconocer que no ha dejado de adelantar mucho, lo que hay es que en nombre de la libertad y de la independencia, proclamando la educación abierta, recurriendo a multitud de experimentaciones y fantasías, todo se enxuga y en lugar de conseguir el objeto se debilita el respeto y se promueve la resistencia y la desconfianza, porque se pretende casi pedir por favor de por medio de la cómplice, la docilidad y el cumplimiento de las obligaciones de los discípulos. De aquí la verdad del adagio: «Todo lo viejo es malo, no todo lo nuevo es bueno».

Lo que se necesita el melocotón, de acuerdo con la experiencia y el buen sentido, consiste en establecer la armonía sobre la firmeza y la bondad.

IV.

Manera de juzgar y tratar a los niños.

El gobierno de la escuela impone en el gobierno, como de las dos de mando, el conocimiento de las disposiciones de los autoridades, para apresar la manera de concordar con ellos, consistiendo en que...
importa insistir para la mejor inteligencia de lo que acabo de expresar. Difícil es, cuando no imposible, penetrar en el secreto de la organización humana; mas a primera vista se advierte tan notable conjunto y tal variedad de caracteres entre los niños, que no puede ocurrir la necesidad de aplicar a recreos tanables variados á fin de darles frutos con frutos.

Para entender con los niños lo primero es conocerlos mediante el estudio de sus facultades e inclinaciones, y de la manera en que desarrollan, lo cual enseña la pedagogía, y cuyo estudio completa la práctica en el ejercicio del Magisterio. Con la preparación e educación recibida en la Escuela Normal, sabe el maestro cuando va á enmarcarse de una sucesiva que el niño es un conjunto de cualidades contradictorias al parecer entre sí, de modo que al lado de las más aprobables, de las que inspiran afecto y simpatías, se manifiestan instintos y tendencias de mala tendencia; sabe que el niño es ingenioso, candoroso, de carácter puro y sensible, á la vez que inquieto, audaz de la suerte, curioso, y lo que es peor, terco, obstinado, egoísta, y que á veces sometir á persuasivas inclinaciones. Sabe asimismo que el niño carece de experiencia, y su peseta sin dificultad á la dirección que se le impone; que es débil y reconoce la necesidad de auxilio, que principiando á desarrollarse las facultades, son flexibles y pueden doblegarse y dirigirse en buen sentido, que en aquella etapa tiene edad puede entenderele lo que se hace, y que de un niño aturdido y atormentado, y aun maligno, puede hacerse un niño sensible y razonable.

Esto, que enseña la teoría, lo confirma la práctica. Nadie como el maestro tiene ocasión más propia de estudiar la naturaleza humana, porque se ofrece á su vista los caracteres más variados; porque observa y aprecia el desarrollo de las facultades, inclinaciones-
...y tendencias de un disipado día por día, pre- 
dio á grado; porque veo cómo el desmoralizado se hace 
malvado y aplicado, como uno que parece toser en un 
principio, demorando luego superior talante, mien- 
tras que otro que posee algo mejor, va perdiendo la 
serenidad de su faz y facultades; por lo que desde 
cuando de aducir y explicar estas anomalías es 
menos seguidoras para los que desee conocer la 
naturaleza humana. A fin de poder mis observa- 
ciones con la vista fija en el presente y en el pasado, 
logran á distinguirse los niños por su carácter e in-
dependientes como por su nombre, escrito y tule.

En educación, como en disciplina, conviene no 
olvidar un momento estar considerando, sobre todo, que el maestro trata con niños que llevan consi- 
dro los defectos e imperfecciones propias de la edad, y está encargado de corregirlos, en sus advertencias 
señas, que marchan las mejores disposiciones, o no 
con esos mazarrones fríos que pedíamos dirigirse á 
lo adultos, sino poniéndoles el alcance de todos, 
imponiendo fuerte poder á firmarles, según convenza. 
De otro modo, en lugar de dirigir á los niños, pondría 
trabajos al natural y espontáneo desarrollo de la mis- 
sma, y no hallarían contradicciones y somnolencias.

También de paso, el maestro debe descender hacia 
los que más tengan en lengua claro y conciso, en la 
expresión de la misma, de lo posible, para congresar 
con ellos, como el más y el más gentil. Ya que el discurso 
no puede ser nunca á la altura del maestro, este debe 
descender hasta lo ideó de lo pequeño, sin la cual no 
cabe intensidad entre uno y otro, ni aquellas relacio- 
nes de que hace la actitud y el afecto mutuo, ni 
los méritos para apreciar con exactitud el valor 
de las faltas y los de virtudes. Estas virtudes no será 
él solo para los niños, el maestro lo disfruta igual- 
tanto, menos en mayor grado.
Por el odio, por hirweuces, por aburrimiento, el niño regía sin dudada intenciones sordas ligadas por las que ha sido amonestado varias veces, y cuando se repre- sando de que es niño, se distrae y a malicia y a in- significancia, y envidia con dureza. El padre más, cul- pable solo de distracción, se considera tratado injusti- tamente y se hace temido, poca consideración, poca acatamiento, se diagnóstico del estudio, y llega a creer que la execrable nociidad con el empleado es efecto de mala voluntad por parte del maestro. De este modo se establece entre uno y otro una prescripción que se sigue de día en día, para que el maestro, olvide, lejos de reconocer su falta, impanta toda clase de defectos imaginarios al discipulo, y éste, como es natural, aílla por momentos mayor aversión.

Este proceder, demasiado frecuente, que nunca es disculpable, que se explica, porque inflinge a maes- tro de repetidas amonestaciones sobre por perder la calma, tiene graves consecuencias, y ya que no pue- de evitarle el mal, por lo menos debe recordarle los medios más a propósito para repararlo. El maestro que se deja arrebatar, pasado el príncipe momento de hacer volver en sí y procurar al místico, le- brándole de la pena impuesta y experimentado, para lo que bastará esa una mirada bendita, pa- labras afectuosas, o alguna manifestación de aprecio. Con esto no compromete el maestro su autoridad, ni ensanaza al respeto que le es debido, que una cosa se oye con firmeza cuando así convenga, y otra concurrir la severidad hasta el punto de infundir odio y prevenciones.

De poco ejercitada y desenvuelta inteligencia, de corazon sensible y ardiente, el niño no sabe calcular sus fuerzas y a hace grandes fracciones. A veces no comprende bien lo que se le ordena, o no acierta a practicarlo, si no se le daje y auxilia, y no es raro...
que con el mayor deseo, calcula a sus impresiones, 
де
dejándose arrastrar de sus impulsos, ejecuta una 
ión
acción de emprender un trabajo cuyas consecuencias 
no sabe apreciar. Promete conducirnos bien, promete 
manda silencio y falta luego a sus promesas, no in-
tencionalmente, sino por olvido y por no poder re-
sistir a sus inclinaciones. Bajo el impulso de las 
sementeras más nobles y generosas, por falta de 
medio, hacen proponer y se proponen acciones o 
trabajos tan dignos de canto en sí mismos como 
falla, de sentido práctico, como de medios de ejecuc-
dión; proyectos que hacen reflejo a las que desechan en 
la causa de el origen. El maestro debe saber disting-
uir entre el los hechos que revelan definitiva inte-
ción y los que proceden de ligereza, de atoleora-
miento, de ignorancia, y aunque debe reprimirlos, lo 
mismo lo hace que los oficina, sabiendo mostrarse grave 
y serio cuando convenga, y usar de indulgencia con 
las faltas propias de la edad. Los proyectos que se 
inspiran en nobles fines, que desafortunadamente 
se encuentran en un camino equivocado, por equivocos que 
provocan, merecen respeto, sin perjuicio de hacer notar por medio de 
funciones explicativas lo inadecuado de la empresa; 
buena manera de ellos, angustiados con duda, sería 
requeriendo, abogar en su origen los más bajos aciertos del 
alma.

Los maestros de experiencia habrán observado 
que con la misma facilidad que emprenden entresa-
nados una cosa, se desaniman y abandonan por cual-
quiera contrariedad. Hoy se muestran dichosos y apli-
ciables, y mañana el otro día inmediato caerán de 
conquista, la cosa más insignificante los produce 
buena o mala impresión y los acerca o aleja. Si 
esto sucede al hombre adulto, no habrán de presen-
tarse los niños de tal propensión, con la diferencia 
que en ellos imprimía la circunstancia más ínfi-
niño. Teniendo esto presente, el cambio de con-
ducta de los niños que causaría sorpresa a los que no
lo conozcan, se explica con facilidad, y descubrirán
la causa, se remediará el mal á poco coste; algunas
palabras dichas con oportunidad bastará para conte-
nar al que se extravía, ó para retenérsel al que se des-
minúa ó atiende. Lo que para nosotros carece de valor
y no produce impresión agradable ni desagradable,
en los niños puede causar gran efecto. Si nuestros
maestros que deben desender hasta sus discípulos, y distingue
con claridad cómo ciéntas y cómo piensan, se da
consejo de todo y aplica sin trabajo alguno el reme-
dio cuando hace falta.

Calcular las fuerzas y necesidades del niño, no
sólo en teoría, sino también, y principalmente, en la
práctica, y acostumbrarse en un todo el concienciamiento
que sus estudios y experiencia le hayan suministra-
do, es el modo de dirigirlos con provecho y con el
menor trabajo y disgustos posibles. Si como las
fuerzas y necesidades físicas, podíamos aprovecharlas
del entendimiento y del corazón todo sería fácil.
Para enseñar á andar al niño, principios por ensa-
yos, procurando todas las precauciones imaginables, la
mucho la última, la solicitud, la lucha de la mano, le
renana con cuidado y bondad para que no se des-
monte, y lo deja libre cuando sabemos anda por sí solo,
lo pone de una vuelta hasta que adquiere fuerzas y ex-
periencia para marchar, dejándole por grados mayor
libertad. De la propia manera deben dirigirse los
pasos en el orden intelectual y moral. Lo que se hace
por instinto con el niño respecto á los cuidados físi-
ocos, debe servir de ejemplo al maestro en la cultura
de las facultades superiores de sus discípulos. Debe
bajarase hasta ellos para llevarlos de la mano en cuan-
to le han menester, y dejar que sucesivamente en-
sayan en más ancho campo las fuerzas, sin dejar de
animados y sostenerlos para que logren vencer las dificultades que no puedan superar por sí solos. Para esto es indispensable estudiar las cualidades y defectos de las niñas que se van a instruir.

El maestro, obligado a dirigir el conjunto de sus discípulos por medio de reglas generales, no puede, sobre todo en escuelas numerosas, seguir paso a paso el desarrollo de cada uno, y establecer reglas individuales. Hay, sin embargo, caracteres tan marcados y salientes, que se demuestran por sí mismos.

A nadie oculta una escuela cuántos son los niños de menos capacidad intelectual, y cuáles los más sobresalientes, distinción que se va muy pronto y de que desgraciadamente suele hacerse mal uso. Para el niño de mejores disposiciones todo son bendiciones, calificativos, premios y recompensas; para los de cortos alcances, todo indiferencia, represiones y malas notas, contribuyendo así a acentuar, a que se consideren más incapaces de lo que realmente son, cuando lo que necesitan son alentos, con los que sean vencidas sus ruedas, y salvados los primeros obstáculos, marchan con desencanto, al nivel de los demás. Con este proceder se aprecian los resultados y no los esfuerzos para alcanzarlos, lo cual es manifesta injusticia.

En el orden moral hay también circunstancias especiales que se distinguen a primer vistazo y que requieren distinto proceder. Al niño ligero no se le trata como al obstinado y terco al final, como al atrevido y alegre, y en general, al que por su docilidad y buenas disposiciones, que se puede conducir con dulzura, como al de mala instintu, a quien ha de tratarse con severidad y hasta con rigor.

Cuando se conocen bien a los niños, descubriendo así su nivel para observar cómo alientan y cómo plantean, el maestro sabe la manera de juzgarlos y tra-
Indulgenza y severidad.

En conciliando dos cosas al parecer opuestas y contradictorias, es necesario armonizar entre sí dos extremos, en la alternativa, mejor aun, en la simultaneidad de la indulgenza y la firmeza, consiste el buen gobierno de la escuela, según queda dicho. Así se repite en todos los casos, y con motivo de todas las instrucciones y consejos sobre educación y disciplina; así lo enseñan los que estudian y conocen a los niños; así lo comprenden los maestros, a quienes demuestra la experiencia que son comprobables ambas cosas, y que la una sin la otra produce fatales consecuencias. El asunto, sin embargo, es de tal interés y trascendencia que bien merece descender á particularidades, aun á riesgo de inciudirse en nuevas explicaciones, porque todo dependerá del buen mal uso que se haga de ambos medios de educación y enseñanza.

La indulgencia bien entendida atesas las simpatías, inspira confianza, gana el afecto de todos, y afecta á los débiles en sus trabajos. Por el contrario, la indulgencia que revela descuido, abandonó ó debilidad, somete la persona, da alas á los inquietos y revueltos, deja á los menores faltos á merced de los impertinentes, y por fin quebranta el asinódante y las fuerzas del maestro.

La severidad es necesaria para repasar el mal en cualquier forma que se presente, pero no debe tras-
pues jamás los límites de lo necesario, ni toma el aspecto de violencia o de fuerza bruta; antes bien debe emplearse en cuanto no sea en perjuicio de los efectos que se intenla producir. Resuelta con calma su imposición, es siempre eficaz, porque se comprenderá que no hay medio de castigarlo. La severidad estricta no disuade a todos, cuando a los buenos es invitado y hace observar el rendimiento de los medios en lugar de los castigos, y promueve y excita el odio al maestro. Pero que la adopción sea previamente un requisito indispensable de la autoridad, porque la autoridad en lugar de justicia pone la mano en el esfuerzo de un esfuerzo moral, pues la maldad de la escuela no es formada en el esfuerzo, sino hombres con los atributos de la libertad humana. Debe regularse la voluntad, pero sin violencia, ni rigor excesivo, que sólo conduciría a alargar desde el género los más nobles impulsos, además de que contraria la voluntad de siempre impotente la violencia. Podría sentirse por momentos en la escuela el orden, la inamovilidad y el silencio por la fuerza; pero en disciplina exterior, será ésta de la disciplina del alma, que es la más importante y la que influye en la verdadera disciplina.

Cuando se hacen bien que de la indulgencia y la severidad, el niño siente y aprende su derecho a la libertad, a la vez que la obligación de la dependencia del superior. Es indudable que el niño, con sus bellos y preciosos instintos, que inspiran simpatías y producen en sus favor, en vez del castigo de defectos que desaparecen, y lo es también que no pocos más que en el placer del momento; pero no es menos cierto que se añaden al mismo los defectos, en lugar de atenuarlos atendiendo a la causa de su origen. Si se contraría la quietud, si toma de evadir la regla, el procuro ecor-
por el estudio, si con el libro abierto o con la pluma en la mano no piensa más que en el juego, se adonado al impulso de irresistibles inclinaciones, ya que no se diga necesidades. Más aún: hasta que no faltaba su modo, hace el mal a sabiendas de que lo es, pero sin comprender sus consecuencias, y sin saber por qué es mal. No por eso deben exculparse los defectos, pero deben combatirse con la razón, con juicio, con las lecciones, con el ejemplo, y por todos otros medios de que dispone el maestro, apoyando por último á la severidad y el rigor, cuando los medios antes empleados son inútiles.

Hay defectos que provienen de una educación des- cuidada, de malos hábitos, de disposiciones naturales por efecto del germen oculto en el corazón, que nos han transmitido nuestros primos padres; y estos defectos es preciso combatirlos sin tregua ni descanso, haciendo todos los esfuerzos para desarrugártelos. La colérica, la falsedad, la envidia, el orgullo, la inclinación á hacer mal, la pereza y otros defectos de la misma índole no mancan indudablemente en todos, si el niño no resiste ante el consejo y la reflexión, apesar el rigor y con severidad, sin traspasar jamás los convenientes límites.

Cuando la escuela se halla bien organizada, distribuyendo el tiempo con acierto y graduando convenientemente el estudio, hay mucho adelanto para conservar el orden, evitar la distracción y las conversaciones, y obligar á todos al cumplimiento de sus deberes sin recurrir á medidas severas, bastará á veces para conseguirlo una mirada, un gesto, una palabra dicha en tono afectuoso y grave á la vez.

El niño que da pruebas de buenos deseos, que ejecuta ordinariamente cuanto está de su parte para cumplir sus obligaciones, merece indulgencia cuanto por cualquier motivo se distrae ó descuida.
Las faltas que proceden de ineducación o ignanicia, ó de que no se da uno cuenta, manifestándose propiamente de la contra, admiten tolerancia, y en ocasionáse conviene dejarlas pasar como inadvertidas.

Cierta escuela de dulzura y severidad, corregirlas las faltas que no revelan más voluntad. Los niños menores tienen derecho a especiales consideraciones, en tanto que se habrían al orden y al trabajo para hacerlas agradable la escuela. Debe dárseles instrucciones y deseos claras y precisas por lo tal vez que no se hallan aún en disposición de apreciar los motivos, y que su debilidad indudable voluntad necesita apoyo e indulgente dirección. Los mayores, y a medida que avanzan en edad, concibe que ejercicio sus propias fuerzas, su actividad personal para fortalecer su voluntad, encaminándolos en buen sentido. Con estos niños cobran las reflexiones y la explicación de ciertos hechos, pero sin perder el tono del que manía el superior, y siempre que no se piensa con indulgencia, y que no tiendan a eludir las órdenes. En todo caso la habilidad y la indulgencia han de ser bajo la supervisión del respeto.

No debe extremarse la indulgencia, haciéndose la ilusión de que el consejo es bastante eficaz para iluminar y corregir a los niños, porque esto contribuiría a la insubordinación, y no habría disciplina posible: pero el exceso de rigor, las palabras y atemorizaciones, lo más efectos, no perdonarlo ni las más ligeros faltas, producirán también deslumbramientos efectos. Las continuas represiones irritan a los niños, endurecen su cora- sión, sobre todo cuando las faltas proceden de ignorancia ó de no aceptar la manera de conducirse, porque creyendo que no se juega con rectitud. La conducta, se abandona, plácidamente, y no hacen caso de correcciones, que ya no les causan impresión. Los maestros/mujeres son los más expuestos...
...la cual es en esta falta. No conocen aún bien a la niñez por falta de experiencia, no aprecian bien los defectos propios de la edad, y no les dispensan ni los más insignificantes, creyendo que así cumplen sus deberes.

La astucia y la dulzura tienen, no obstante, sus limites. Desde el momento que se advierte propósito de desobedecer, aunque sea en la cosa más insignificante, la indulgencia debe sustituir la severidad; el maestro no tomo grave y serio debe hacer sentir el peso de la autoridad. Tratándose de faltas graves, de malas inclinaciones, no cabe toleración alguna; es preciso combatirlas con firmeza y con rigor, pero sin llegar nunca a la violencia.

Un excelente escritor (1) que se distingue más bien por su indulgencia que por su severidad, que demuestra entrañable amor á los niños, que exige todos los medios de deshacer la disciplina, se expresa, sin embargo, en estos términos:

"Si el niño resistes y rebasa amenaza, es preciso obligarle á plegarse, á fin de que obligado se someta á la ley y se mantenga el orden. Que el educador no ceda jamás en estos puntos que no retomado, en lo que ha decidido; que no se deje arrastrar á una culpable debilidad, porque una vez que se advierta que con la obstinación podría vencerse al maestro, conseguirá la ley de la escuela, arruinada por la capitulación voluntaria de los niños."

(1) F. P. Gouvy, Director de Escuela Normal, primero en física y segundo en francés.
VI

Afecto al maestro.

Hay escuelas en que los niños asisten con puntualidad y con buen humor, mientras que hay otras en que van con repugnancia, a renatoque, y donde que entran en ellas están deseando que llegue la hora de abandonarlas. Hay también maestros ilustres que dan las lecciones con inteligencia, que explican cosas difíciles, y, sin embargo, no obtienen resultados satisfactorios ni en la educación ni en la enseñanza, mientras que otros con menos instrucción y menos talento obtienen progresos en todos conceptos. Dependía de esta diferencia, sorprendente a primera vista, de especial habilidad del maestro para causar agradable impresión y atraer las simpatías de los niños.

El maestro siempre serio, de carácter duro, que no perdona las más ligeras faltas, que no facilita el trabajo, que no ayuda a los que necesitan de su apoyo y protección, que no acierta a suscitar el respeto de su autoridad, en vano será que esperó hacer agradable su escuela; antes bien, inspirará repugnancia y aversión hacia ella. Por el contrario, ante el maestro de buena fe, de buenas intenciones, que trata a todos con bondad, que se halla siempre al lado del que necesita sus consejos, todos lo escuchan con atención cuando habla y se apresuran a seguir las menores indicaciones que les da, porque todos experimentan y tienen confianza.
El asunto de talento que explica Bien y con claridad los principios, las reglas y la aplicación de los mismos principios, en el mismo lenguaje del niño, es el de los textos, en forma didáctica, no conseguirán nunca interferir a los niños, porque no los comprendan, porque no pueden comprenderlo cuando se presenten de las disposiciones del que estudia para atender el argumento clásico o al modo de hablar o el que enseña, porque en la instrucción de los niños no hasta dirigirse sólo a la inteligencia. Para interesarles es preciso hacer división del mismo cuento por el agradas de la forma, que la enseñanza se ocurre más a la condición de una conversación familiar que a una serie de lecciones móviles y pesadas para aprenderlas y repetirlas después de aprenderlas sin haberlas comprendido, es indispensible, al dirigirse a la inteligencia, convencer al propio tiempo y ganar el corazón. En esto consiste el secreto de los buenos maestros, y de que a veces las de enseñanza despacio obtenen más fructíferos resultados que los de mayor talento e ilustración. El maestro que sabe ganar las simpatías y el amor de los niños todo el encono fluido; el que confunda niño, cuando no aviva, en todo encontrar obstáculos y dificultades, porque los discípulos se callan a pesar de agrandarle.

En esta inteligencia, el primer enunciado del maestro consiste en enseñarles por enseñar en el corazón de los niños hasta decidir y asegurar el afecto y confianza. Para ganar el amor de los niños y para que sea duradero, el discurso medio es el de maneras de versos. La analogía, la estilística, la confianza, el afecto, son cualidades que exigen la reciprocidad, y si el maestro una puede dárselo seguro de que será correspondido. Cuando se ama de versos no hay necesidad de demostrarlo, porque los revelan los hechos, y las pala-
tras llegan al alma, donde de seguro encontrarás coo, por aquello de que el afecto sugiere al afecto.

Cuando el maestro se complex en estar ante los niños, cuando se interesa por ellos en todas sus veces, procurando siempre antes del hecho, repetiendo veces y más veces la explicación que no comprenden, animándolos en su debilidad, dispasándoles protección cuando la necesitan, comprenderán bien que se les ama de veras y responderán al amor con el amor.

Se dirá que a pesar de amar a los niños, de demostrar a todas maneras, no corregir sus defectos, no ejecutan lo que se les manda, y haced lo que en los prohiben, contienen siendo habitados de indisciplinados, como si se complacieran en desobedecer y desagradar. Habrá, efecto, niños de malas intenciones y tendencias, pero estos constituyen la excepción. La generalidad serán hijos, estudiados, ingenuos, olvidarán lo que se les prescriben y tendrán otros defectos propios de la edad, más no por eso deberá corresponder al afecto y la bondad con que se les trata, y moderarán en lo posible los impulsos y tendencias que pueden disgustar. Si no lo hacen será por no estar previstos de que se les ama de veras, en lo que no nos mismos equivocamos. El maestro, en su relación, tiene el deber de amar a los niños, y debe anudar a ellos por ellos mismos. Si un día los trata con afecto y cariño y el día siguiente son duras, en tono brusco y desconsiderados, aunque sólo sea con intenciones; si lo irritan la inquietud y travesuras, olvidando que son niños; si les desalientan la falta de capacidad de los unos y la demagogia de los otros, si le disgusta y desagrada la repetición de las lecciones y la repetición de órdenes y consejos, consta en que no ama a los niños. Y que los ama sinceramente, los trata con bondad y cultura, sí que esto excluye la firmeza en los casos.
me ocurre, demostrada con sus ciellos el interés que
la dignifica la salud, el bienestar, los progresos en
los estudios y en la conducta moral de todos ellos, y
que se lo considera un modo de cuanto a ellos
se refiere. De este modo se asegura que los mismos
estos reconocerán que se los profesa verdadero afec-
to, y con las seguridades excepcionales, que se acump-
nendarán a los que tienen alguna experiencia, respeto
dría con uadra a sus cuidados.
Consagrando esto, el maestro ha facilitado con cierto
obviamente, su tarea y dirigirá la escuela sin gran los
esfuerzos, porque los discípulos, con las excepciones
indicadas, para lo que deberá estar advertido, procure
realizar complaciendos, consintiéndose con gusto a sus
deseos, y asistiría contraste a la escuela, donde todo
se dispone en su provecho, donde no se percibe mo-
do de sufrir la espera del estudios y de hacer
agradable la permanencia en ella. El precepto del
amor, dice Platón, hijos de una sabarcá de los
demás preceptos, los hace más dulce y ligero. Lo
que se efectúa por tener es siempre dulce, dulce
penoso, insopable. Lo que se hace por amor, va
bustamente, aunque afecte con rumbo a los em-
tidos, es siempre dulce. El deseo de aparentar al que
se ama, contribuye a que el hacer sufrir, se amo el
abriamienllo, porque cuando se ama no es sufrir-
imiento.
Otras muchas autoridades respetables pueden obrar
ase en apoyo de esta doctrina. «Amad, dice San Agust
ín, y tarde lo que querais» (El amor, según Pestalozzi,
está en el alma y entra fundamento de la educa-
ción.) Y con Pestalozzi, como todo amor para los
ninios, conviene una escritura que algunos tengan de
espedacul de ornación, aunque se distingue por su
elevado espíritu y como conocedora de la materia,
Madama de Maintenon, a la estimación y al respeto
como fundamento de la naturaleza, agrava el amor de los niños entre los medios de educación, pues que se los ama para ser amados, condición indispensable para dirigirlos con procedencia. Como también multitud de importantes instrucciones y consejos en este sentido. Comenzar por hacerlos amar, es lo que cada consecuencia. —La máxima de Saint-Geor se ha de comenzar siempre por la dulzura y la razón antes de llegar al rigor. —Reemplaz la autoridad toda lo menos posible.—No es cierto que si deseas que en esto aquí y allá hablar, no me hablen, en modo, si ellos hablan, si con descuido de la vida, no hablen más recibir tan bien todo lo que os digo. Esto es cierto, como lo es que las más bellas cosas enseñadas por personas que nos desagradan, apenas nos causan impresión, y son de ordinario no imprescindibles.»

De los escritos de Madame de Maintenon se infiere a pesar de lo que se juzgan con severidad, que expirándose placer bailándose en medio de sus discipulas, que reunía una de las primeras candidatas de la maestría, el afecto a las que debía educar, principio recomendado por todos los escritores ilustrados.

El venerable monseñor Overberg, director de la escuela normal de Münster, que tan estudiada influencia ha ejercido en Alemania, en su obra, de que se han hecho multitud de ediciones, escrito con toda inteligencia como anciano y médico, compendia a los maestros la curiosidad para con los niños en estos términos:

«Basta virtud, maestros, es un excelente medio de conocer la dulzura y no impedirnos pronta. Si sufre, en efecto, mejor las cosas del hombre a quien se ama, no se enlaza uno fácilmente con él y se hace con gusto cuanto por él se hace.»

«El que ha amado verá, de alguna, lo sabe por propia experiencia. Loco contrario sucede cuan-
do se oidea a algunos. Por otra parte, la caridad es tan-
ble la mejor medio de ganar el amor recíproco de
dos discípulos, y debía obsequiar al paréntesis que muer-
cena con planear vuestras instrucciones y que las pon-
cen en práctica.

«Avergonzos de imitar a aquellos mnestros indig-
nes que sólo tratan con burla, negligencia a algunos de
da discípulos por la posibilidad social de sus padres o
por los regalos que les hacen. El muestro guiado por
una más intención, es, a los hijos de Dosis y de los
hombres razonables, un ser digno de desprecio. El
mismo que le hace guardar con sus posesiones, le depre-
dela en el fondo de su corazón, y si llega la oportuni-
dad se lo echa en cara con estas gusosas palabras:
«Cuando no se llena bien vuestro bolsillo nuestros go-
bres hijos lo pagan». ¿Quién quiere sufrir esta repro-
che, ni aun exponérse a enrojecer? Y un muestro tan
partial, ¿cómo podría enseñar la medida de Dios,
¡que tan impartial!

«Debía amar a vuestros discípulos sin distinción; todos tienen igual derecho a vuestros instrucciones; de todos debería dar cuenta ante el tribunal de Dios; por todos reconociéis a los padres.

«Los motivos que tenéis para amar a todos vuestros
discípulos son numerosos; sus almas son la imagen
de Dios, ellos, en su mayor parte, se hallan en la im-
cencia burlada; poseen hasta con los preciosos méritos que Jesucristo nos ha conquistado con su
muerte. El cielo pertenece a los niños, y queremos
alcanzarlo también nosotros, debemos enseñarles a
ello. Dios os ama a todos, y detallaste, que los ha
cargados por los ángeles» (San Mof., 18, 10). Nuestro
Santo Jesucristo los toma bajo su particular protector-
cio. Lo que se hace cada uno de ellos es como si se
hiciera él mismo (Lc, 2). Con qué afecto los trata-
bá cuando los padres se les presentaban; los abra-
...sobre la importancia de la humildad y la bondad (San Marc., 10, 13).

«Los pobres deben ser preferidos a los ricos, porque su condición les da mayor simpatía con nuestro Señor, y por eso deben ser más amables para un verdadero discípulo de Jesús. No bastan estos poderosos motivos para obligaros a estimar, a amar igualmente a todos vuestros discípulos, ricos y pobres? Ciertamente, maestros, el reflejo de vuestra actitud frecuentemente adquirirá un amor monstruoso de imparcial respeto a todos vuestros discípulos, amor que acrece a medida que os conocen, por amor de Dios y por ellos, en cumplir vuestros deberes y en organizar vuestra escuela lo mejor posible.»

VI.

Obediencia.

De las cualidades del maestro de que antes se ha hablado miente, y especialmente del afecto que se ha inspirado a los niños, depende la obediencia, ya que la principal y puede decirse la única palanca de la obra de la disciplina, porque comprende en sí misma todos los medias de actitud, más bien, es el resultado de todas ellas. Sin obediencia no hay disciplina, ni educación, ni escuela en sí. «Cuando no tenemos otras cosas que enseñar a los niños, dicen Homé- ricos, debiéramos enseñarles: Observe y observe estaremos juzgándose.» Y observa estaremos juzgándose.»

Conside la obediencia un escenario con prontitud y
con gusto lo que legítimamente o por la autoridad competente se manda, aunque esta trabajo ejercitar, sin que por eso pueda decirse que es obediencia ciega, pues tiene sus raíces en el sentimiento del deber. En este sentido debe ejercitarse el maestro para habituarse á ella á los niños desde que se presentan por primera vez en la escuela, y evitar así las adversidades, las represiones, los castigos á que de otro modo tendrá que recurrir á cada momento, los cuales producen perturbación constante en la escuela, con disgusto de todos, y distrayendo de sus ocupaciones al que manda como á los que han de obedecer.

La sumisión es la primera ley de la escuela y el primer deber de los discípulos. El maestro, por el cargo que ejerce, tiene poder de mandar y autoridad para hacer cumplir sus mandatos. Cuando un hombre el respeto ni el amor, móviles de la obediencia espontánea, duradera y sevunda, se recurre al temor para obtenerla, aunque sólo sea por el instante, con el propósito de hacerla arrengar en más sólidos fundamentos. La mayoría de los niños se dejan conducir, pero no debe olvidarse que en el fondo de la sangre del hombre hay cierto espíritu de rebelión, y por lo mismo se requiere marchar lentamente, pero sin descanso, como sin violencia, el objeto, por rodar cuando sea necesario, para lo que se necesita más que la ilustración.

La obediencia ha de ser razonada, no ciega, sin que cualquier verdad que sostiene entendiéndose ó interpretarse mal. El niño que principia sometiéndose por amor, sabe la razón por qué lo hace, lo mismo que sometiéndose luego por deber. La obediencia en uno y otro caso es razonada, y, prestándose libremente, es un acto de libertad, ligero y honrado, mientras que el obedecer por miedo ó á la fuerza revela en cierto modo cobardía.
Comprendemos que la obediencia es de todo justo necesario en la escuela, porque si el discípulo se hace oye a las prescripciones y advertencias del maestro, si se ocupa de la voluntad de Dios; si no sigue la marcha general establecida, ni es posible el orden, ni los propósitos en los estudios, ni en la conducta moral. Habrá mucha entre el maestro y el discípulo, cuyo término no es fácil prever, porque hay niños, hasta los más sensibles y dedicados, que trasladados con dureza se hacen más obstinados y sufren en su licencia hasta penosas privaciones, hasta los golpes, antes que someterse.

Es asimismo necesario al niño, a su futuro humanizar, porque habitiendo a la obediencia no gustará después[train el alma de sus fuerzas, incluyendo las contiendas de la vida, contra las obediencias que la naturaleza da las leyes oponen a la libertad limitada de sus movimientos. Debe, en efecto, acostumbrarse la más pronto posible a obedecer a ciertas leyes necesarias que no hay medio de olvidar, sino de observarles respetuosamente o combatirlas con enemijidad de que provienen el orden o el desorden. Obedeciendo, rectificando y progresando, él se empapa en resaltar. no es igual más resultado que demostrar su debilidad y su la potencia. La vida se tropezca con miedos de obstáculos que se oponen a nuevas esperanzas y ambiciones, y se presta sobre sobre con oportunidad y en ciertos casos con resignación por un acto espontáneo de la voluntad. La independencia absoluta es un sueño. El que se obedece a la ley, obedece a sus pasiones y todo se obedece. Obediendo a la ley se reclama libre, porque al transporte puede decidirse en varios sectores según sus aspiraciones, mientras que no sometiéndose a la autoridad de la mude y de la ley, la voluntad no vea a lucharlo por falta de regia que la dirija.
De las anteriores consideraciones se deduce la necesidad de habituar al niño a la obediencia y al misterio de las obligaciones del trabajo, y en tanto el interés del maestro para el bien de su alumno y el resultado de sus esfuerzos. Un afrontamiento de fines de diferente naturaleza, injusto, corrupto, capaz de engañar y corromper no puede observar el orden ni ser dirigido sin la obediencia.

La obediencia por amor al maestro, por amor a la obediencia misma, es el ideal a que debe tenderse. En todos los casos habrá niños que se inspiran en este noble misterio y otros a quienes se fija conocimiento del mismo nombre. Lo que importa es conservar a la mayor parte. Ya se ha dicho antes que el afecto del maestro conquista al de sus discípulos. Los niños, en verdad, tienen varios defectos, pero no se considera con mucha frecuencia por culpa del maestro, que, encontrándolo habituado a la desobediencia, se habita también a imponer un castigo por cada falta, y como estas se repiten, los castigos son frecuentes. A veces, con un poco de paciencia, con algunos consejos, se可愛いえ, con algunos actos, el discípulo se habilita. Cuando esto no sucede, es cuando debe ser autoridad de la corrección, porque la autoridad del maestro se consiente principalmente en el derecho de castigar.

Como modo de facilitar la obediencia se lo principal es mostrar la relación que debemos mantenerte y estrictamente. Muchas órdenes sin importancia, que por ser múltiples a veces se contradicen, causan cansancio y diariamente, en lugar de disciplina, se usan para dividir las otras.

Las órdenes difíciles, y más aún las imposibles de ejecutar, fomentan y justifican la desobediencia. Cuando a uno se le impone un trabajo superior a su alcance o que exige grandes esfuerzos, después de los primeros esfuerzos y esfuerzos para ejecutarlo, se
desamole y concluye por abandonarse a pasar de sus mejores deseos y la voluntad de ejecución. Para que no pueda presentarse nunca, el mandato, como la prohibición, debe hacerse en términos claros y precisos, en tanto nítidos y formal ó grave a la vez, de modo que se descubra sin género alguno de duda la decisión de hacer cumplir lo ordenado, que es el modo de que haga imponer y sea efecto. Con los niños adelantados cabe explicaciones, como y se ha dicho en otro lugar, siempre que se tenga como debilidad, pero con los que no se facilita en el caso de aprender las razones en que se apoya lo que se manda, la obediencia debe fundarse únicamente en el cumplimiento del deber y en el respeto a la autoridad.

Por motivos justificados podrá modificarse el dejar de ser efecto una orden, pose el maestro se olvido de darla ó modificarla, según convenza. No debe, sin embargo, olvidarse, cuando no haya razón plausible a los ruegos, á las apelaciones, ó el lirito de los discípulos, porque de este modo se debilitaría la autoridad.

Mandada ó prohibida una cosa, es precisa observar si se cumple, pues la falta de esto cultiva una increencia a la desobediencia, y, sin embargo, esto es un defecto muy común en los espicules. Por ligeros y subjetivamente los niños interrumpen á los ejercicios para convocarse ó jugar con sus compañeros, hacen ruido, pronueve el desorden, y el maestro cansado en diversas atenciones al un tiempo, llama al orden y al silencio, que se restablecen por un instante para volver pronto á la confusion, al maestro no sabe dominar la clase. Los niños se habitan así á hacer poco caso de la voz del maestro, y no queda á este otro recurso que apelar á los ruegos, a las amenazas y á los castigos para obtener una obe-

(siguiente texto no visible)
comisión a la regla establecida y a las disposiciones adoptadas para que se persigan los niños de que no pueden burlarlas impunemente.

Esta vigilancia, necesaria siempre como medio de prevenir las faltas, o como disciplina preventiva, no consiste en una inspección recelosa, inducta a irritarse, sino más bien en una inspección protectora, con objeto de auxiliar al que lo necesita y contener al que se extralimita. Como la autoridad no consiste sólo en castigar, la vigilancia tampoco se propone poner de relieve hasta las faltas más ligeras e insignificantes, cuando muchas veces el mejor remedio sería apartar o corregir los ojos para no verlas. Si el maestro observa constantemente lo que pasa en la clase, que es a lo que se reduce la vigilancia, el disciplina comprende que no puede obrar mal sin que se advierta y sin que llame en pena. Esta vigilancia consisten en penos, físicos y morales, pero sin quererlo el maestro se hace un cierto modo cómplice de la desobediencia, si no emplea todos los medios posibles para prevenirla.

Debe mandarse con conocimiento, en tiempo oportuno, lo que sea necesario y hacedero; pero una vez mandada, es enmendar que se cumpla con exactitud. Si el cuidado que esto exige obliga a una vigilancia y a una paciencia insatisfecha, mayores fatigas y disgustos produciría el desorden y confusión, que serían necesaria consecuencia del desenfreno en esta parte.

Se ha dicho que el rigor y la severidad deben simularse con la indulgencia, y que el afecto y amor de los niños es el recurso más eficaz para obtener una sumisión duradera; pero se precisa que la indulgencia no se traduzca como debilidad. El maestro debe contar a los niños, pero sin perder nada de su autoridad, así como los niños deben amar al maestro sin faltar al respeto, que es la base de la obediencia. Como
no hay ignoridad entre el padre y el hijo; tampoco debo haberla entre el maestro y el discípulo. Se manifiesta con bondad y benevolencia, sin consentir que se dure la manda ni que se deje de cumplir exactamente, pues la autoridad no debe transigir nunca, a menos de motivos muy fundados. Con que se prevea esta idea, mucho se ha adelantado, y todo marchará bien, excluyéndose muchas quejas y reclamaciones.

El señor Montemayor, tan competente en estas materias, aconseja para habituar a la obediencia lo siguiente:

«Para que el maestro pueda trabajar con éxito cuando trata de acostumbrar los niños a la obediencia, deberá en primer lugar formar los sentimientos que forman la base de esta virtud, buena cualidad; deberá ganar su confianza por los medios indicados. Siendo esa necesaria la obediencia no deberá exigirse de pronto con el precepto, sino con la dulce persuasión. Si el niño que acaba de ser admitido en la escuela se resiste los días 4-5 primeros días a tomar parte en los ejercicios o en los juegos de las clases, será imprudente insistir en que la tome, pues sería inducirle repugnancia a la escuela. No pasando jamás tres o cuatro días sin que ellos concurren espontáneamente a cuanto hagan sus compañeros, bastará que el maestro se mueva contento de esta resolución y le anima, para que venga a ser ésta uno de los medios de inclinarle a que progresivamente se vaya prestando con mayor gusto a sus instrucciones. Estos pueden ser cada vez más expulsivos y terminantes, nunca imponentes. Mas una vez en este camino, el maestro debe estar con mucho cuidado el riesgo de que lo deshacedan, y debe pensar mucho lo que manda y cómo lo manda; no mandar sino aquellos que es de fácil ejecución, y mandarlo con expresiones
afectuosas y persuasiones de que aquello es necesario, y está bien el niño que ha de obedecer.

Hay algunos niños cuya naturaleza está viciada ya, o cuya constitución física es más inestable, que se resisten con mayor dificultad a la obediencia, y en quienes está tan marcada la obstinación en la crianza de concirrir ordinariamente a las escuelas, que ponen a prueba la paciencia del maestro. Este vicio, que Locke consideraba como el mayor obstáculo para la educación, no debe en nuestro ejemplo, comba-

tirse directa y ostensiblemente ante bien la gran habilidad del maestro ha de consistir en ella desarroll-
gando, sin que el niño perciba que hay espíritu en contrarígor; pues suele en este caso aumentar su

tragedia. Sientate, levántate, una y otra vez; ven aquí; ve allí; trae esto o aquello; y de este modo otros

enzimas frecuentes, hechos con agradó, como una

monstruo de confusión y sin aparecer estudió, iban insensiblemente sometiendo su voluntad. En algunos

ímpetus, en quienes la obstinación no parece estar

muy arraigado, y cuyo carácter no es demasiado in-

decible o irresistible, hemos visto aplicar directamen-

e este medio con buen éxito. Luego que ofrecen re-
sistencia a obedecer, se les manda sentar por tres,

cuatro ó más veces seguidas, y esta ligera pena, in-
puesta como tal, corregía en pocos lecciones esto vi-

cio reincidente.
VII.

Actividad y ocupación.

Entre los instintos dominantes, incutidos en el niño, uno de ellos, de grande importancia y trascendencia, es la actividad. No se requieren profundos estudios, no hace falta haber saldado los rastros de la pedagogía para descubrirlo, porque es un hecho que está a la vista, apreciable hasta por las personas de menos ilustración y cultura. El niño se mueve y agita sin cesar, interroga, intenta cuanto ve ejecutar, y no se da un momento de reposo. Esta movilidad incesante contrasta notablemente con la tendencia a la tranquilidad y la calma de la edad madura. Es instinto, ese impulso irresistible del niño al ejercicio de todas sus fuerzas y facultades es indispensable para su desarrollo físico, y de los rápidos progresos hechos en los primeros años en el lenguaje materno y en el conocimiento de los objetos sensibles y aun de cosas puramente espirituales, trabajo meritorio, tanto más sorprendente cuanto más despacio se estudia. Este impulso al movimiento al ejercicio, es una necesidad de la vida del cuerpo y de la vida del espíritu, necesidad que debe atendese para sostenerlo y dirigirla de una manera útil y provechosa.

Hace aproximadamente dos siglos que una mujer ilustre, de elevado espíritu y de gran experiencia, de quien ya se ha hecho mención antes, Madama de Maintenon, decía a las profesoras de su colegio de Saint-Cyr, en las Cartas sobre la educación de las niñas: «No las de-
que jamás ociosa, solo más que jueguna que no que
se dan sin hacer nada; la ociosidad y las conversaciones
entre ellas está por qué puede haber. Hacedlas pasar
de un ejercicio a otro, y cuidad de que en las horas
de recreo se entreguen en juegos en que todos
tomen parte. Y antes, mucho antes, de Madame de
Maintenon, decía el adagio, o más bien la sentencia
morál: La ociosidad es la madre de todas las vías.

Sostené y fomentad la actividad del niño, estimu-
lando a saludables fines, es el deber del educador,
pues que todo el arte y todo el secreto de la educa-
ción y la enseñanza consiste en dar convenientes apli-
caciones, de que depende así mismo la buena discipli-
na, tanto en el orden material como en el más eleva-
dó sentido, en la escuela y fuera de la escuela, en
todas las relaciones de la vida pública y privada. Ocu-
pando la actividad del niño en objetos útiles se in-
spira afición y se habilita al trabajo, tema de valor
inapreciable, como origen de la riqueza y de la mo-
raldad. El trabajo conviene y es necesario a todos
sin excepción. Para unos, es condición indispensable de
la existencia. Para todos es un medio de los más eficaces para calmarn las pasiones, para adquirir, al no
obviar, los disgustos y contratiempos de la vida, y
pasar agradablemente las horas que son largas, abu-
rridas y espantosas siempre a nodos pensamientos y
censurables actos, en la incertid, la indolencia y la
despera.

Como es natural en el niño la actividad, lo es tam-
bien la inconstancia. Principia con ardo una ocupa-
ción o un trabajo; pero al primer impulso, sucede
precipitada indiferencia y no tarda en seguir el discur-
so y el hastío. Los maestros pueden observarlo a todas
horas. En niño aprende a distinguir algunas letras
en la primera lección, y no hay medio de hacerle
dijo en el siguiente, en las que desconoce; distingue
nuevo todas las letras del alfabeto en una ó dos lec-
clones, y todas las fuerzas son útiles por algún
tiempo para hacerle distinguir las sílabas. Se le ade-
banta en la escritura ó en la aritmética; y esfuerzo,
emprende nuevo ejercicio, de que debe ir progresando,
templanz con satisfacción el nuevo cuaderno, lo cual
duró tres días, y luego lo mira con cierta indiferen-
cia, y de seguro en las últimas páginas no aprece
el mismo cuidado que en las primeras. Otra tanto
sucede á la niña. Principia una labor hasta con en-
tusiasmo, y á las primeras dificultades se desanima y
se disgusta de aquel trabajo.

Y esto no sucede sólo en las ocupaciones serias,
sino hasta en los mismos juegos, que varían con fre-
cuencia, y en otras ocupaciones que ellos mismos se
imponen. El niño toma un libro, lees las primeras
páginas ó los primeros versos, y si no le interesan
desde luego, pasa á otra página y otra, si no lo cierra
pronto sin dar cuenta de lo que ha leído. Una niña
quiere vestir á su muñeca; emprende el trabajo con
empenho y alegría, se impacienta por las dificultades
con que tropieza, quiere concluir pronto la obra, y
una vez llega á su término, si éste no se la exalta.

Cuando se considera que es todo encuentra tro-
pieszos y dificultades los niños, por el excesivo vi-
gor y consistencia de sus fuerzas y facultades y que
estan dominadas por una curiosidad irresistible, sus-
tenida por su misma ignorancia, porque todo ofrece
para ellos variedad, no debe sorprender la ligereza,
el atormentar con qué pasan de un asunto á otro,
sin dar la última mano á ninguno de ellos.

Pero si esto es natural, propio de la edad, no por eso
debe descuidarse, porque el que se habitúa desde la
infancia á no terminar ningún trabajo, necesita-
mente se resintirá de este mismo defecto en lo suces-
ivo, desanimándose ante las dificultades con que
necesariamente habrá de tropezar, resignándose a pasar la vida en el desorden y confusión, sin terminar nada por completo.

Para combatir esta natural propensión, el maestro debe acomodar el trabajo de los niños a la capacidad de éstos, no exigir por largo tiempo la tensión del espíritu, ayudándoles a vencer las dificultades, cuidando de que terminen los trabajos que son capaces de ejecutar, excitándolos y sosteniendo la atención, incentivando la inteligencia, haciéndoles comprender las ventajas que han de obtener de su aplicación.

El director de una escuela normal, F. Parés, se expresa acerca de la ocupación o el trabajo de los alumnos de las escuelas en estos términos:

3. La ociosidad, dice el proverbio, es la madre de todos los vicios. Por el contrario, otro dice trabajar equivale a orar, y sin admitir en toda su extensión lo que estas palabras afirmas, podemos decir sin exageración que encierra el trabajo una considerable fuerza moralizadora. Trabajar es someterse a una de las leyes de la existencia conocida por la religión: Trabajarás seis días y completarás la obra. Y la observancia de una ley moral lleva consigo una bendición. El maestro debe, por tanto, ver en el trabajo un poderoso medio de moralización; y con doble motivo de disciplina, y debe emplear todos sus esfuerzos en ocupar bien a sus discípulos a inspirarles amor al trabajo.

2. Las principales reglas para hacer amar el trabajo de la escuela y los discípulos, son las siguientes:

a) El maestro debe mostrar en la escuela su amor al trabajo, porque ése es contagioso. Cuando el maestro se dedica completamente a su deber, sus discípulos son arrastrados ordinariamente por el solo hecho de manifestar, y en el correr de éstos se inflama el amor al estudio.
b) Debe preparar las lecciones y poner la enseñanza al alcance de sus discípulos. Una buena enseñanza contribuye poderosamente, como ya se ha dicho, a hacer amar la escuela por los niños.

c) Una cosa esencial en el trabajo cobra regularidad y la exactitud. Procurará el maestro que los niños concurran a la escuela a hora fija, que el plan de horas se siga regularmente, y que todas las cosas se hagan en su tiempo y con exactitud. La lección de fechad por parte del maestro produce el descuido, y por consiguiente, la indisciplina.

d) El maestro no debe contentarse con ocupar a los niños en la escuela, sino que debe darles tareas para desempeñarlas en casa. Debe, sin embargo, economizar para esto de las circunstancias locales; la escuela no debe impedir que los padres ocupen a los hijos en los trabajos domésticos, sino limitarse a llevar el vuelo que dejen los padres.

3.° No se apoye hasta el valor que tienen para el proveer del niño las habitaciones de trabajo contidas en la asistencia regular y prolongada de la escuela. El niño que durante muchos años consigue no ha sufrido el trabajo y disciplina de la escuela, se encuentra apto para un servicio que exige perseverancia y regularidad.

Para el niño no puede trabajar siempre, necesitará, no repose (salvo durante el sueño) como los adultos y personas de madurez, sino juegos recreativos que forman parte de su educación. El juego desarrolla la fuerza muscular, la destreza, la agilidad, el golpe de vista, la presencia de ánimo y el valor. Y, por lo mismo, es preciso dejar jugar a los niños. Cuando se reúnen sin jugar arman altercados o se entredócan en cosas fútiles de mal fuste, y tales reuniones pueden convertirse en escuela de desmoralización. Para prevenir el mal producto de la ociosi-
dad de los niños, convendría que hubiera en cada loca-

cidad un lugar donde esté determinado para los juegos, 
y ese lugar debería estar vigilado, por lo menos indi-
directamente, y provisto de serófílos aparatos de higi-
e."

IX.

Orden y aso.

El orden, requisito indispensible para la perfec-
tión en todas las cosas, no sólo atiende a la acertada 
distribución de los objetos materiales, sino que regu-
lira las operaciones de la inteligencia y los sentimien-
tos del corazón, estableciéndolo en todo la más bella y 
agradable armónia. Infúyese poderosamente en el 
blanear de todas las familias, sea cual fuere su po-
sición y fortuna. La experiencia diaria acredita que 
en la moderada preserva de apremiantes necesidades, 
y en la opulenta evita la prodigalidad y la disipación; 
mientras que por falta de orden, los que podían vivir 
modestamente y desenfrenadamente, se ven reducidos a 
la miseria, y no se retusan ni ganan grandes fortunas. 
El orden, en efecto, parece que agranda el espíritu y 
multiplíca el tiempo, facilitándolo y haciendo cómodo y 
productivo el trabajo, a la vez que influye efectu-
amente en la moralidad de las costumbres.

Lo que sucede en la vida del hombre, sucede de la misma manera en 
la escuela. Con orden, todo marcha bien; el maestro 
sin orden enseña, el maestro ordenado da enseñanza; y los niños pro-
gresan en sus estudios y adquieren hábitos mores,

108
por efecto de la dependencia y misma acción entre el exterior y el interior. En la escuela donde reina el orden son completamente entieras las fatigas e insuperables tareas del maestro, así como los trabajos de los discípulos.

La primera condición para establecer el orden en la escuela es el ejemplo, que rige más que todos los preceptos. El maestro debe ejercer de que los objetos de enseñanza y demás de que se hace o está colocado en el lugar designado el efecto y el alcance de los que han de empleárlos, y de disponerse todo de modo que principien y terminen los diversos ejercicios con esmero y exactitud en horas fijas, sin dejar a los discípulos pretexto alguno para faltan a la regularidad en la marcha establecida: En lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar; un tiempo para cada ocupación y cada ocupación en su tiempo, es una regla general, sin excepciones, pues no basta practicar un ejercicio, es menester practicarlo en tiempo conveniente y en el orden prescrito. Si el maestro no da el ejemplo con su porte y conducta, su vano será ejercitado a los discípulos.

El númio y confusión que suelen producir los niños, asomo puede hacer creer que tienen aversión al orden, lo cual es un error. Lo que les espanta es el trabajo y lo para que les causa el establecimiento y conservarlo, pero una vez establecido, aprecian las ventajas que la orden y tranquilidad ofrecen para sus estudios y ejercicios, y procuran aprovecharlos. Toda depende de exigirles únicamente aquello de que son capaces.

De ordenar los ejercicios teniendo en cuenta su os, utilidad, su ligereza, su inclinación a los juegos, su tendencia a variar de ocupación, auxiliándoles para marver una impulsión sin violencia.

Al principiante en ejercicio debe saber el niño lo que de hacer y cómo ha de hacerlo, y disponer de los
medio y el tiempo necesario para ejecutarlo cómodo-
damente. Al terminarlo ha de recoger y guardar en
el lugar designado al efecto los objetos de que ha
hecho uso, como libres, candeleros, plumas, platos, etcétera. De este modo en esto se emplea, habrá sido la
regularidad en todas las cosas, hábito de gran pro-
ceso en la escuela y más aún en la vida práctica, po-
lo que nunca será tiempo perdido el empleado para
adquirido.

El orden en los ejercicios predispone a los discípu-
los a observarlo también en el estudio y el trabajo.
Por eso el paso de una lección a otra de la enseñanza de
ejercicios, ha de armonizar con los movimientos
acompañados de los niños, marchando en files, por
grupos o secciones, bien en silencio, bien cantando
los cánticos con este objeto propuestos.

El asco es inseparable del orden, en tales térmi-
nos, que donde no se advierte lo uno falta seguramen-
te lo otro. El asco no sólo influye en la salud, sino
que es un principio de actividad, de buen humor,
de satisfacción y ausencia de molestias, según un
repetido economista. La sociedad no es menos fa-
mente la salud del cuerpo que a la pureza del
alma, mientras que el asco, con el orden, de que es
inseparable, ejerce saludable influjo en los hábitos
de la niña.

Cuando no se aprecian las razones ni los resulta-
dos del asco, repugnan las molestias de las operacio-
nes necesarias, hasta que se experimentan los bene-
dicios que produce. Lloran los niños en un principio
cuando se les lave, pero no tarda largo tiempo sin
que manifiesten placer, aunque se emplee el agua
fría, se les introduzca en un baño, hasta en el rigor
del invierno. Lo que al pronto contraría su voluntad
llega a convertirse en hábito de que no pueden
precindir, porque les proporciona bienestar y satis-

facentes. Esto, que sucede en el seno de la familia, tie-
nue replicación en la escuela.
El maestro, dando ejemplo, debe presentarse ante
sus discípulos asado, y cuidar asimismo de que la
casa y todas las dependencias del edificio, con sus
ensayos y los objetos de enseñanza, aparecían tam-
bién limpios y ordenados. Cuando el aso reina en todo
y en todas partes, se impone y obliga a respetarlo.
Si los papeles están limpios, el niño se detiene antes
de rayarlas o ensuciarlas, y por el contrario, si no es-
tán limpios, diráse que ocardinán trazar nuevas ra-
yas y a emboburarse impunemente, porque no ha
de distinguirse.
Por desgracia el mal estado de los locales, por punto
general, no se presta mucho al aso y limpiezas; pero
del maestro depende que estén barridas las salas y
limpios de polvo los muebles y objetos, cada uno en
e lugar. Desde más se nota la suciedad en el piso,
yo por el polvo que se produce al suelo, ya por el
que se lleva en el calzado, y por el hervor en los días
de lluvia, ya por los papeles y otros objetos que arrojan
los niños. Esto hace necesario el barrido después de
cada una de las sesiones de clase y otros cuidados,
según las circunstancias. En algunos de nuestros es-
cuelos los alumnos se mudan de calzado en el pérí-
odo de antesala, lo que no sólo contribuye al aso, sino
que sirve de conservativo de la salubridad. Cuando en los
días de lluvias y nieve llegan con los zapatos moje-
dos, debe prohibirse en todas partes arrojar trozos de
papel y otros consuelo al suelo, lo que en un principio
será difícil evitar, pero que insistiendo en el mandato,
o no dejará de cumplirse.
Todos los días, tarde y mañana, debe pasar re-
vieta de limpieza a los niños al entrar en la escuela,
y cuidar asimismo de que conserven asientos, los li-
breros, cuadernos y cuantos objetos usen en la clasa-
Todo esto influye tanto en el orden, que, al visitar una escuela, uno sin estar los discípulos, por el aspecto que presenta la sala de clases y demás dependencias de la misma puedo juzgarse si está bien o mal dirigida.

Ese orden exterior, en cierto modo material, se revela intrínsecamente, como queda dicho, con el interior, y reconociendo la superioridad del orden moral con el físico, no puede negarse la influencia y dependencia mutua entre uno y otro. Mr. Gauthier hace depender en absoluto el orden exterior del interior, expresándose en los siguientes términos:

"Dos sistemas de disciplina se siguen hasta aquí en los establecimientos de adunción.

En ciertas escuelas se atiende con preferencia al arreglo exterior, a situar bajo un mismo rúbric de orden la conducta exterior de los alumnos, enmascarando a un yugo severo, del que no pueden escapar. El objeto es que todo se plazga a una autoridad inflexible. Pero bajo este régimen de violencia no se forma el carácter moral, porque a pesar de todas las apariencias de sumisión, el corazón abriga secretas tendencias, el alma lucha contra el deber, que no ansa; se ha abandonado en seguida que vivieran bienes y podríamos. Así, cuando llega la emancipación del joven, reaparece el mal con espantosa energía, y la corrupción, en su impotente curso, destruye los débiles dispues con los que se ha habla contento momentáneamente.

En otro sistema de disciplina, sin descuidar las reglas y las precauciones, se dirige esencialmente al corazón y a la conciencia. Emplea desde el comienzo de la vida, a fin de purificarla y enaltecercia, y cuando ha prendido fuego la llama celestial en el fondo de la actividad humana, brota que luz sobre toda la existencia, en lo que reflejan las santas claridades. Tal
disciplina no puede ser puramente humana, porque el hombre no es dueño de los corazones, y sólo Dios puede sujetarlos con su palabra y con su espíritu. «Yo, dando mis leyes en la monte de ellos, los escribí también sobre su corazón (1). Cuando estábamos con Dios, por la mediación de un ser vivo; cuando estábamos con Dios por el y no por nosotros; cuando tenemos un pie y un fundamento divino, tomamos la fuerza de la santidad y de la fuerza. La regla está entonces en nosotros mismos, y aunque se nos presente formulada exteriormente, la aceptamos sin pena, porque ya está escrita en nuestros afectos y ha acometido de un modo nuestra voluntad.

No comprende vuestra escuela, mis hermanos, un dicho inspector, porque no se parece a las otras, y no advierto el resorte que la mueve. Algunas horas después me dijo —háblame os comprenderé. En otras escuelas la regla es exterior, en la vuestra reside lo interior. Ese es, en efecto, el fin que he deseado siempre conseguir. No por esto descuido los medios exteriores o la forma, no; pero es menester que la forma nazca del fondo, como el caparazón nace de la misma sustancia de la tortuga. El orden exterior no es más que el reflejo del interior. Cuando el niño es sumiso y bonévelo en su corazón, sus modales son dóciles, amables y atractivos. En pocas palabras, del corazón debe partir la influencia vivamente para extenderse a la vida exterior.

La acción de tal disciplina es siempre real, interio, orgánica, y tiene a penetrar y a formar al hombre por completo. No consiste en un barniz brillante, a propósito para seducir los espíritu superficiales, ni en aparatos con los que se anuncián manzam-

10 Ep. á los habitantes, VIII, 22.
llas, ni desatendiendo para consagrar á la multitud atareada, sino que en influencia activa y eficaz para formar corazones sencillos, efectuamos, sometidos al deber y dispuestos á cumplirlo sin apurado.

Acero de la conservación y uso de los objetos de uso de los niños, el ingenioso pedagogo alemán Kellner, autor de los Aforismos pedagógicos, en que traza el ideal del maestro, dice:

«Esté un día en la sala de la divisa do medio de una escuela de niños de once y doce años, y rogó al maestro, que era un joven y acababa de terminar las lecciones, que tuviera la bondad de dejarnos ver los edificios de escritura y aritmética. Se apresuró á mostrarnoslos y lo que no había visto nunca, pero le que yo quisiera ver en todas las escuelas: el admirable aseo de los cuadernos, todos con cubierta de un mismo color, sin manchas de grasa ni de tinta, con buenas marcas, sin letras mal hechas ni líneas mal trazadas, las cifras colocadas como los soldados en fila, separados los párrafos por líneas tiradas cuidadosamente con la regla, con los títulos en medio del renglón, de modo que todo producía un efecto agradable por el orden invariable y por una belleza simétrica. Sorprendido, mejor de los papeles algunas piezas en que los niños escribían de escribir, y ob- servé el mismo encantador espectáculo.

«Tal hábito, dije para mí, no podrá menos de ejercer en los niños una influencia cuyos efectos se dejarán sentir durante toda la vida. No observarán más adelante en sus negocios y diarias ocupaciones el mismo orden, el mismo tras, y lo practicado en los libros de la escuela no producirá los mismos frutos cuando abandonen estos bancos. No ejercerá saludable influencia en el espíritu y esos niños no serán un día hombres útiles, exactos, asentando el orden exterior con la percepción del alma.»
Reconociendo el joven de mi vislumbre satisfacción, al preguntarse cómo había obtenido aquel resultado, me contestó sentimientemente: «No creo nunca los niños deben hacerlo así, porque es mi voluntad.» En el curso de la conversación me dirí otras explicaciones. «En los principios, dijo, me costó mucho trabajo acostumbrar a los niños á este orden, y sólo lo conseguí á fuerza de insistir en ello. Ahora no sabe hacerlo de otra manera y se conforman á mi voluntad, sin que necesito recurrir á medios especiales para obligarlos. Jamás he dejado pasar ímpune el menor descuido; las planas mal hechas ó aciertos tienen su corrección: hago perder puntos á los culpables, ó bien les obligo á asistir á la escuela por la tarde los días de vacaciones, para repetir el ejercicio bajo mi vigilancia. En los primeros tiempos, esto no obsta casi todas mis horas de descanso. Unas diez ó diez minutos más, me decía yo, puede relacionarse bien el ejercicio, por qué no he de aprovecharlos? Al dictar seguía al mismo principio, ó fin de que no se vieran precisados los niños á escribir mal por harto tiempo de prisa. Yo decía que todos los maestros tuvieran la constancia de aquel joven, porque, en verdad, el fruto conseguido no se notaría sólo en los cuadernos de escritura.»

X.

La familia y la escuela.

La educación es la obra de la familia, de la escuela y de la sociedad. Al venir el niño al mundo, la naturaleza lo encomienda á los sábios, al á los pedagogos, sino á la ternura y al amor de la madre, en
cuyo regazo recibe los primeros impulsos, desenvuelve los primeros sentimientos y adquiere las primeras ideas. A la familia toca sentar los fundamentos de la educación, de que depende que el niño sea bueno, ágil, respetuoso, o por el contrario, desobediente, grosero, de malas inclinaciones, y deberá en caso de la familia pelearse más adelante de encor- do con el maestro para continuar en común la obra comenzada, deberá que desgraciadamente se descon- cida en olvido, en todo.

Muestran familias, obligadas á subvenir á las precario- torias necesidades de la vida con el trabajo personal, carecen de tiempo y aun de tranquilidad para pensar en la educación de sus hijos; otras, por ignorancia, por precauciones ó por la dulzura, tampoco se cuidan de tan importante asunto, y los más se consideran desnudos de esta obligación, desde que llega la época de que sus hijos se acercan á la escuela. Y vamos mal si en lugar de coordinar al maestro, no consideran la escena del mismo y distraen los efectos que por sí solo habrían producido. Común es, en efecto, para acallar á los niños y reprimir sus travesuras á impertinencias, el amenazarlos con la escuela, inspirándoles así aversión y repugnancia, antes de la época en que han de frecuentarla y miedo y odio al maestro, al que representan como un tirano sin entrañas. No es tampoco raro que en el seno de la familia se produzcan, como queda dicho, palabras impudentes y desdichadas acerca de la persona y del saber del maestro, y que la infundadas, lo cual debilita y rebaja la autoridad en lugar de reforzarla, y fomenta la desobediencia.

La sociedad, sin embargo, atribuye á la escuela, con notoria y suma injusticia, la falta de educación de los niños que salen de ella. Olvidase que la educa- ción principia en la familia, de donde sales ya viene-
dos los niños, y no se tiene en cuenta que algunos horas al día no bastan para corregir males inveterados, que continúan fomentando los padres, y el im-
probo trabajo del profesor para educar y dirigir a los niños, que forman una multitud de niños, que está en un estado extremadamente desprovido acaso de los medios de enseñanza y sin condiciones de saludabilidad. En dos, tres, y aunque sean cuatro años, que a lo sumo figuran los niños en la materia, con innumerables faltas de distintas clases, sería preciso hacer milagros para una educación saluda-
ble y completa. De admitir es el fruto que en tales circunstancias van muchos niños de las lecciones, pues a pesar de todo cuanto se dice, la escuela de la niña puede sustentar ventajas comparada con otras institutos de enseñanza.

No por la injusticia con que se le trata debe el maestro abatirse, ni menos abandonarse, porque se
hace culpable de las faltas que se le atribuyen; aun
que por el contrario, debe apurar, en la medida de sus
fuerzas, a todos los medios conocidos á ganarse la
confianza y el apoyo y cooperación de las familias.

Los padres, hasta los más ignorantes, desean el
bienestar de sus hijos, y si mismos son indiferentes al
conocimiento de la instrucción, en porqué no aprecian
bastante las ventajas que ofrece. Es, por tanto, nece-
sario ilustrarlos, excitando el sentimiento del amor que existe en el fondo de todos los corazones, trans-
formándole en sentimiento pasivo, haciéndole salir del
estado de inacción, en que no produce bien alguno.
Compartiendo el maestro con los padres la educación,
lo natural y provechoso sería que ambos educadores
se vieran con frecuencia, para marchar de acuerdo en
la obra común, y á esto debe aspirarse. Los padres
rara vez se acercan á la escuela sino con exigencias
inaceptables, á producir una infinidad de quejas, y el
maestro no tiene tiempo de sobra para visitas, des-

pues de sus ordinarias ocupaciones. Por lo mismo que ofrecen dificultades constantes, deben procurarse por cuantos medios sea posible en interés de esos niños.

Al inscribirse un niño en la matrícula, tiene ocasión el maestro de dirigirse al padre o la madre que le acompaña, para hacérselos comprender la importancia de la educación. Con este motivo se informa del carácter del nuevo discípulo, de los hábitos, cualidades y defectos del mismo, de la preparación que ha recibido, datos de gran importancia para formar idea de la materia, por decirlo así, que ha de tratar. A la vez, por medio de preguntas, sin pretensiones de mandato ni apariencia de censura, puede llamarles indirectamente la atención acerca de lo que no han pensado, de lo que han hecho y de lo que deben hacer, a fin de que comprendan lo grave del acto de encomendar a una persona extraña la autoridad paterna, y de la obligación que contraen de auxiliar a la persona en quien delegan su autoridad.

Esta primera entrevista, aunque no se nota para hacerse grandes ilusiones, no dejará de producir algún efecto.

Otras relaciones con todas las familias sin distinción, no hay medio de concebirlas y deben aprovecharse con el propio objeto. La enfermedad de un niño, su comportamiento en buen o mal sentido, y otras suculentas inquietudes, justifican las visitas del maestro. Todos los tratados de pedagogía contienen instrucciones sobre este punto interesante y difícil, por lo que basta llamar aquí la atención sobre ellos. El hogar doméstico es un escenario sagrado en que no puede penetrarse sino guardando toda clase de consideraciones y maniobres. Penetrado de esta idea, procederá el maestro en sus visitas con reserva y exquisito tacto, hablará de los niños, de sus desposicio-
nes y condición, dejando enterar en sus palabras el interés y celo que le inspira la instrucción, progreso y bienestar de sus discípulos, guardándose con cuidado de abultar los trabajos y disgustos que le caen.

De este modo será bien recibido, y sus advertencias y exhortaciones se escucharán con atención y deferencia. Podrá ser que a veces tropiece con hombres ignorantes y groseros que, en un principio, no comprendiendo lo que se les dice, lo escuchan con indiferencia, y acaso rechacen los consejos de una man- 
ra brusa y ofensiva; pero al fin tendrán que ceder ante los hechos y la favorable opinión de que disfrut-
ta el maestro, persuadiéndose que no impulsa a este otro móvil que el interés de sus discípulos.

Cuando se habla de los adelantos de los niños en sus estudios y carácter, manifiestándose satisfacción y complacencia, los padres expone sus deseos y sugerencias y escuchan con gusto las advertencias y consejos que no llevan el tono de lección. Al hablar de los defectos se requiere gran discernimiento para no huir la susceptibilidad de los padres, propícios siempre a disculpar a sus hijos cuando la acusación proceda de persona extranjera a la familia, y para que no se crean que exponen las faltas con el propósito de mortificarlos o olvidarlos, y al exponer los medios de corrección, hay que evitar el hacer alarde de cierto- 
ción de superioridad. Sin estas precauciones se expo-
me el maestro a que sean mal acogidas sus adver-
tencias, y aun a que se le contraste de una manera

disgustable y ofensiva.

Diferentes recursos puede aprovechar el maestro para llamar la atención de las familias hacia la escue-
la, sos teniendo de este modo relaciones indirectas con poco trabajo. Los premios, por ejemplo, pueden ser un medio de comunicación periódica entre la escuela y las familias. Los valores de billetes generalmen-
to usados como premio, dicen a diario a los padres cuidadosos la marcha y conducta de sus hijos; mas para la mayoría tienen escaso interés. La repetición frecuente de las mejores cosas acabará por no llamar la atención, además de que, días por día, ni aun semana por semana, pueden señalarse notables progresos ni cambios de conducta. Notas mensuales que expresaran los progresos y conducta de los niños producirían más efecto, y bastarían para sostener estas relaciones indirectas. Teniendo impuestos a que no hiciéran que añadir más que una o dos palabras, el trabajo no sería pesado, y al alza perceiveva denuncia frecuente estas comunicaiones, podrían establecerse cada dos meses, y aun por trimestres, sin perjuicio de los casos extraordinarios que el maestro debe poner a sabiendas en conocimiento de los padres por escrito o verbalmente.

Los exámenes públicos, reducidos a nuevas formularios, preparados de antemano, han perdido en gran parte su importancia, y suelen ser causa de disgustos para los maestros, por las ilusiones que se hacen los padres acerca de la capacidad e instrucción de sus hijos. Pueden, sin embargo, suplirse con ventaja por mil medios, procurándose la visita de la escuela para enterarse los visitantes de lo que se allí se practica y de los resultados que se obtienen. La infelicidad de los padres será un obstáculo, pero una inodiferencia es precisamente lo que importa combatir, llamando la atención por todos los medios acerca de los servicios que presto. No falta alguna autoridad a algunos padres a quienes el maestro logre atraer, y el ejemplo de estos influirá para interesar a los demás.

Cuando se haga en este sentido será un provecho de la educación y la enseñanza, y cuando se vea el éxito y la abnegación con que el maestro cumple sus deberes, obtendrá éste la confianza y la buena voluntad de los padres.
Los pueblos y la escuela.

Lo que sucede en las familias, las cuales en lugar de auxiliar al maestro lo suscitan embarazos y dificultades, sucede lo mismo con los pueblos y sus representantes, en mayor escala, y con más graves consecuencias. Así es que el maestro, en su persona carreira, tropieza con los obstáculos prevenidos por sus discípulos, por los padres y por las autoridades locales empleadas de disponerla arribo y protección, corriendo a la delicada obra que le está encomendada. Para realizarse de una manera completamente satisfecha, en vano apelará a los recursos de su inteligencia y extremará su actividad y celo, si como procurando conquistar el afecto de los niños no logra destruir las resistencias y afianzar las simpatías de los pueblos, lo cual es de grandísima trascendencia, porque el colegio que disfruta en la opinión pública, como se ha dicho en otro lugar, se refleja en la
escuela, y forzosamente disminuye a la autoridad y prestigio, y, por consiguiente, el respeto y obediencia. Además de la falta de consideración y la desobediencia de los discípulos, que depende de lo mismo la disciplina que la educación y la enseñanza. Desgraciadamente, los pueblos, con honrosas excepciones, se muestran poco favorables a la escuela. La ignorancia, la reñida, las preocupaciones, todo influye en contra del maestro. A pesar de la escasa de recursos se le paga tarde y mal su modesta asignación, a pesar de repetidas oraciones de la superioridad y de apelar a diferentes sistemas de pagos, todos infructuosos. Como ya se ha dicho al enunciar las dificultades de la disciplina, a las reclamaciones en favor de la escuela, parte de la eterna excusa del estado de los fondos municipales, suelen dar contumacias ofensivas. Si llama la atención sobre el oficio de escuela destatulado y acaso ruinoso, le dicen que no busca más que su comodidad; si pide la mejora del material de enseñanza ó el más indispensable que hace falta, le replican que siempre ha estado así la escuela, y que él no busca más que los medios de aburrirse a trabajar; si piensa en reorganizar la enseñanza, introduciendo métodos reducidos, se oponen diciendo: «Nada de eso se hace en nuestro tiempo, y, sin embargo, hemos aprendido y podemos pasar sin saber lo que hasta quisieran enseñar por vanidad.» Después de negarle medios de enseñanza, y lo que es peor, de subir su prestigio y consideración, se le exige responsabilidad por supuestas faltas, sin atender a sus justas y fundadas razones, y reíen, por último, los expedientes gubernativos, objeto de alzar y desacreditar sin cuento para el maestro y de perjuicio para la enseñanza. Demasiado saben esto y mucho más los maestros por experiencia propia y por las amarguras que los causan; pero no hasta sa-
berlo, es preciso examinar los causas y buscar el pr
medio, objeto de estas observaciones. La infantesale
es grave y general, y si los interesados causen de
fuerzas para curarla de esta, pueden salvarla en parte,
y para conseguirlo deben poner cuanto está de su
parte. Conocidos las causas, estarán prevendidos para
no dejarse arresar por las impresiones del momento,
as cuales, lejos de evitar el mal, lo agravarán.
Consideremos a los pueblos como anécdotas de la
institución, de la escuela y del maestro, juzgadas
por hechos al parecer incontestables, cuando no se
examina el fundamento de tales hechos. Con muy
concedidas excepciones, no es el odio a la instrucción
por lo que se resisten a sostener y mejorar la escuela,
sino por la escasez de recursos, y más que todo por
carezca de idea exacta de la importancia de la escue-
la, como es fácil comprobarlo dándose un instante
en este sentido.
Las escuelas, por ejemplo, se hallan situadas en
miles locales; el Gobierno dicta órdenes y concede
subvenciones para repararlas ó para que se constru-
yan otros de nuevo, y los pueblos permanecen indi
ferentes. De nada sirve hablarles de la comodidad
del bienestar y aun de la salud de los niños, porque
sienten, considerando excesivo cuanto se les dice en
este sentido. Y se comprende, porque los habitantes
de los pueblos rurales, que se sienten en casa mal
construidas, mal cubiertas, mal escasas, en que con la
luz penetra el río y acaso la lluvia por todos lados,
no se preocupan del edificio de la escuela que, mal
y todo, acaso se halle mejor que la mayor parte
de sus propias viviendas. Lo que no saben apreciar
es la diferencia entre la vida sedentaria de la escuela
y la vida de acción y movimiento del trabajador. Los
que pasan el día al aire libre, en el campo y en el
trabajo, compensan é más bien contrarrestan de este
modo lo inconvenientes de las malas habitaciones. En las escuelas situadas en locales defectuosos y sin los acones necesarios, se verdiría la salud en general de los niños y con ellos enfermidades especiales de la vista, de la piel, etc. Los profesaes, que lo saben bien, así como los carac de que procede, insistiendo una y otra vez, aacan lógeenen pedanía a la"padre de familia y a las autoridades locales.

Causas análogas influyen en la conducta de los pueblos respecto a estos puntos. Como no comprenden que el local de la escuela requiera condiciones sin las cuales, además de peligrar la salud de los niños, no es posible una enseñanza bien ordenada, tampoco está a su alcance la necesidad de ciertos objetos y determinados procedimientos para darle con fruto, y no aprecian bastantes los servicios del que la dirige. Por eso se resisten a proporcionar recursos que no consideran indispensables, sobrepasando lo económico de los fondos municipales a los intereses de la educación. Desgracia naturalmente todo esto porque son verdaderas obstaculizas que dificultan la marcha regular de la escuela; pero hablando en general, no procede de mala voluntad, ni de oposición sistemática, ni aus de indiferencia. No es raro, sin embargo, que venga a ser todo esto y algo más cuando no se ha hecho lo posible para preveerlo á tiempo.

Quien en la negativa á sus reclamaciones no ve más que desprecio de su persona, hostilidad ó caso odio personal, está en un error, porque antes de agraviarse las cuestiones, no es más que efecto de una apreciación poco exacta de la escuela. Conviene que el maestro se dé mucho en este punto, porque cuantos iguales que se cree en la mala voluntad de las gentes, se excita esa mala voluntad, como, por el contrario, no es raro obtener la benevolencia de los
que suponemos que nos la dispensan. Sobre todo, no se olvide un momento, en las relaciones con los pueblos, que el amor propio es muy mal consejero.

No puede nacerse que se requieren grandes esfuerzos, extraordinario este y paciencia a toda prueba para influir en la opinión pública y cambiar el actual orden de cosas. No hay otro expediente para obtener la cooperación de las que pueden y deben contribuir a la obra con su autoridad y los medios materiales indispensables, y para redactar de los elementos más influyentes, en lugar de alabarlos en medio del pueblo. Y no debe esperarse todo de las autoridades superiores, cuyas órdenes se obedecen con resignación, en cuanto no puedan desobedecerla, considerándola como una imposición molesta, que se escuda cuando se ofrece la primera oportunidad, como lo demuestran repetidos ejemplos. La acción lenta y constante del maestro en la escuela, mejorando la enseñanza, y fuera de la escuela, en las relaciones con las personas influyentes, en más eficaz y de resultados más permanentes. En, en verdad, muy costoso, pero el beneficio no se obtiene para la escuela, sino que redunda en más alto grado en provecho del maestro, que vive tranquilo, que disfruta bienestar y tiene la satisfacción de ver en los progresos de los discípulos el fruto de su trabajo.

Cuanto más desinteresado demuestre el maestro en sus peticiones serán estas mejor recibidas. Reclamando en favor de la escuela y de los discípulos, se le escuchará con menos prevenciones, y a fuerza de insistencia logrará el fin que desea, y mejorando la escuela mejorará su posición, porque lo uno está íntimamente enlazado con lo otro. Tratando de su persona es cuando se requiere más tacto y prudencia, porque las cuestiones personales suelen siempre descomponer...
No se necesita recomendar que las peticiones de los profesores sean fundadas y respetuosas, escritas con suma circunspección para no herir el amor propio de las autoridades, que, cuanto más ignorantes, son más susceptibles y celosas. En lugar de pedir una reforma o una mejora como un deseo o pensamiento propio, conviene hacer notar que así se practica en las mejores escuelas, sobre todo en los pueblos próximos, y que podría alegarse el ejemplo de éstos, ó obedeciendo las órdenes superiores, cuyo cumplimiento no hay medio de excusar. Cuando las reformas son de las que exigen gesto de alguna importancia, y cuando se trata de la persona del maestro, conviene que formule las reclamationes el inspector por cuenta propia, en cumplimiento de su deber, porque para oponerse, la autoridad se verá precisada á fundarse en razones valederas, mientras que partiendo del maestro, hay la exposición de que se rechacen sin excusa alguna.

Una de las cosas que más contribuyen á las desavenencias entre los pueblos y los profesores, siempre en daño de éstos, es el pago de las obligaciones de la escuela. El maestro necesita tranquilidad para el exacto cumplimiento de sus deberes, pues que el mayor celo y la mayor abnegación llegan á debilitarse á fuerza de privaciones y sufrimientos. La justicia, por una parte, y el interés de la educación por otra, rechazan la mayor del modesto haber que disfruta, y lejos de satisfacer esa necesidad, suele disputársele, aun en circunstancias ordinarias, el que tiene asignado, y en determinadas épocas no hay fuerzas humanas capaces de obligar al pago por largo espacio de tiempo. La situación del maestro, luchando por su reposición y por la subsistencia de su familia, es harto difícil y aun desesperada. No es de extrañar, por eso, que después de repetidas ins-
tancias, perdida y la paciencia, emplea indignado palabras duras, lo que empeora su caso, porque la resistencia, que procede de indigencias y pequeñeces de los pueblos, se convierte en cuestión de amor propio. Se necesita mucho virtud y gran dominio sobre sí mismo para reprimirlos en tales casos, pero es el mejor camino. Quejas sentidas y respectuosas, que no por eso excluyan la firmeza, expuestas con moderación, tanto mayor cuanto mayor es la justicia que asiste el reclamo, producen más seguro efecto que el luto violento, que irrita en lugar de persuadir.

Cuando el maestro atiende con inteligencia y sólo a la escuela; cuando procura evitar con gran cuidado ponerse frente a frente en fecha abierta con el pueblo; cuando no da más importancia de la que realmente tienen a las minas de las localidades pequeñas; cuando procura atraerse a todos con su conducta, si no consigue por completo el objeto, disminuirá en gran parte las naturales dificultades supera a su profesión, y sobre todo conservará el prestigio y la autoridad para establecer y conservar la disciplina de la escuela.
ORGANIZACIÓN MATERIAL

y

PEDAGÓGICA DE LA ESCUELA

BAJO EL PUNTO DE VISTA

DE LA EDUCACIÓN Y LA DISCIPLINA.

I.

El edificio escolar.

Durante el movimiento iluminado en favor de la escuela, de veinte años a esta parte, se han hecho estudios profundos, no sin fruto, encaminados a facilitar y dirigir la educación de la niñez. Si en lo que no está al alcance de los sentidos apenas se ha adelantado un paso en lo esencial, a pesar de toda la labranza con que se aturde al maestro, en lo exterior, en lo que se ve y se toca, se han realizado incontestables progresos de gran transcendencia, porque los medios materiales, con los demás elementos de que dispone la escuela, coordina, entre sí, componiendo simultáneamente a conducir al niño al mayor grado de perfección de que es susceptible.

En la niñez, el organismo físico se está desenvolviendo y fortaleciendo, los huesos, los músculos, los nervios adquieren forma y consistencia según los elementos exteriores con que están en comunicación.
El organismo es sano, robusto y vigoroso cuando se desarrolla conforme a las leyes de la Naturaleza, y débil y enfermo en el caso contrario, circunstancias que influyen notablemente en la inteligencia y el carácter. Sabido es que la conciencia, y repite la tenencia del nervio óptico y la falta de una son origen de diversas enfermedades de la vista, que la permanencia por largos horarios sentados en una misma actitud expone a la debilidad de la espina dorsal, se desarrolla lentamente el pecho y se dificulta la digestión; que el estómago, en superponiendo ciertos límites, paraliza el desarrollo muscular y la circulación de la sangre, y produce trastornos consecuentes morales, y assimismo que la falta de energía física disminuye más próximo o más tarde la energía mental, y que en los sentimientos, en las ideas y en el carácter ejercen, grande influjo las impresiones físicas y morales.

En este convencimiento, eminentes filósofos, pedagogos distinguidos y hombres ilustres en las ciencias médicas, han dedicado de consumo sus tareas a escoger los medios de que la organización material de las escuelas responda al objeto de las mismas, atendiendo las exigencias de la higiene con los de la dirección pedagógica. Todos los esfuerzos tienden a proporcionar al niño aire puro, luz, temperatura conveniente, amplitud bastada para sus movimientos, comida a higiénica posición en los sentidos, y a dar aspecto agradable, atrayente y elegante, en modo de la escuela, a la escuela. Acaso pequeño de exigencias; las predicciones en las enseñanzas propuestas, como escude cuando se pesa de un extremo a otro, si bien todo cuanto se haga en poco, tratándose de la salud de los niños y del mismo maestro, de facilitar los medios conducentes a la educación y la enseñanza y de que cuanto habitualmente hice los sentidos pro-
damos saludable afecto, porque de lo exterior pene-
tran á lo interior del alma.
El edificio de la escuela, uno de los esenciales ele-
mentos para el buen régimen de la misma, ha sido
uno de los puntos estudiados con gran detenimiento.
Arquitectos entendidos, respondiendo al general im-
pulso, han formulado planos descendiendo hasta los
menores detalles, acomodándolos á las circunstan-
cias de diversas localidades, y todos e nicker todos los
gobiernos han circulado modelos con instrucciones para
la construcción, proporcionando á la vez subs-
venciones á los pueblos, un mayor ó menor número,
para levantar nuevos edificios ó reformar los existen-
tes. Sin hacer mérito de los Estados Unidos del
Norte de América, en que por sus recursos y por otras
causas se sitúan las escuelas en edificios monu-
mentales, hechos de planta, costumbres que imitan
las repúblicas del Sur, como la de Buenos Aires, en
los países más adelantados de Europa llaman la aten-
ción en los pueblos tres edificios, que por su aspecto
se distinguen de todos los demás: el templo, la casa
consistorial, y la escuela. Desgraciadamente en este
punto nos hallamos nosotros en el mayor estrago con
escuelas, por lo general en locales desproporcionados
los requisitos más necesarios, y lo poco es que no
se hace todo lo indispensable, ni aun todo lo posible
para mejorar la triste situación en que se hallan.
Un edificio ha de tener la forma y la distribución
proporcionadas á su destino. Una casa para vivienda
de una familia se distingue de la destinada á varias
familias diferentes. La forma y distribución de éstas,
varían de las que se dan al edificio destinado á cuar-
tel, como las del edificio cuarteláis de una fábrica,
y así en toda clase de construcciones. No hay razón
para que no se edifique lo mismo respecto á la escuela,
como lo sostenía el sentido común. Por falta de re-
cursos, sin embargo, y á veces por falta de ello á interés en cuanto se refiere á la educación de la niñas, la mayor parte de nuestras escuelas se hallan instaladas en edificios construidos para otras usos, excelentes para su primitivo destino y desatendidos para el que ahora se les dedica.

En estos edificios debe atenderse á su situación ó emplazamiento, á las dependencias en que debe distribuirse, á la forma y requisitos de cada uno de ellos, á las dimensiones de la sala de clases y demás departamentos, según el número de niños que han de contener, el espacio superficial que corresponde á cada uno y el volumen de aire que necesita para respirar, condiciones higiénicas y pedagógicas que en manera alguna puede prescindirse.

No depende ciertamente de los maestros la construcción de los edificios de escuelas, asunto sobre el que se han dictado instrucciones por el Gobierno, aunque no abriguemos la esperanza de que contribuyan en breve plazo á satisfacer todas las necesidades; pero alguna influencia puede ejercer el maestro y algunas faltas puede corregir, si no en lo principio, en algunos detalles. Por eso no estarán demás aquellas indicaciones, aunque todos los tratados de pedagogía déjen sus extensos párrafos á esta materia.

Recomiéndanse para el emplazamiento de los edificios de escuela el evitar sitios húmedos y malosanos, así como la vecindad de establecimientos de casas públicas, que turbarían los ejercicios escolares distando á los niños, y con más razón la vecindad de lugares que pudieran presentar ejemplos perjudiciales á las buenas costumbres. Evitando estos inconvenientes, el sitio elegido debe ser lo más céntrico posible en interés de la concurrencia y en terreno un tanto elevado, para aprovechar la luz y facilitar la ventilación. La situación más ventajosa del edificio
se siente un piso y un jardín y de modo que lo hace el sol por tres facades, para lo que la principal debe estar expuesta al Sur-Oct., aunque en punto al oriente debe tener en cuenta el clima.

Aparte de la habitación del maestro, el estudio escolar, según las disposiciones últimamente distinguidas, ha de constar de vestíbulo, sala de estudio, cuarto de recreo, jardín, local para la biblioteca, pequeña y dependencias para el aseo de los niños. En algunas escuelas extranjeras hay además sala especial para el dibujo, sala de estudio, sala de laborios para los niños, y el gimnasio, que ordinariamente se coloca en el patio de recreo.

Las puertas de dos hojas son preferibles a las de una sola en todos los departamentos, para la limpieza diaria, la circulación del aire y la entrada y salida de los niños.

Convendría que las ventanas estén situadas a cierta altura, para evitar que los niños se distrajeren echando a la tentación de observar lo que pasa fuera, además de que la luz que viene de lo alto ofrece menos a la vista.

La sala de clases merece especial atención, porque es en ella pasa la mayor parte del tiempo los niños. Es indispensable calcular el espacio necesario para la posición de los niños, y los movimientos que ejecutan los diversos actos y el volumen de aire para mantener la ventilación también para la respiración, circunstancias que, con el número de los discípulos, determinan las dimensiones de la sala. La legislación de distintos países determina las condiciones de las salas de clases, en los menores detalles, y el área y volumen de aire que necesita cada niño. Francia, por ejemplo, establece como mínimo una área de 1 metro cuadrado y un volumen de aire de 4 metros cúbicos.
bicos respectivamente; Prusia 0,6 de metro cuadrado, y 2 y medio metros cúbicos de aire, y Austria 0,6; metro cuadrado y de 350 metros cúbicos 4 y medio metros cúbicos de aire. Estos números se referían para cada individuo una extensión superficial de 125 de metros cuadrados y 5 metros cúbicos de aire. La higienista exigía además otros cuidados. El aire se vicia por la respiración, y para conservarlo puro durante la clase, es indispensable renovarlo a cada instante, dando salida al exceso carbónico e introduciendo una cantidad de oxígeno igual a la que se consume.

Para renovar el aire y para la ventilación parece lo más expedito abrir las puertas y ventanas; pero así se establecen corrientes de aire, lo cual es más perjudicial que el aire viciado por la respiración, la escarificación o otras causas, porque los efectos de las corrientes son más rápidos. Se han inventado varios medios de ventilación o de renovar el aire, aplicables a las escuelas como a otros edificios; pero esto corresponde a los arquitectos. Como son costosos, no es de esperar que por ahora, si en mucho tiempo, se adopten en nuestras escuelas, las cuales para suplirlos, así como para otras cuidados que interrigan a la salud, deben seguir las instrucciones expuestas en los tratados de pedagogía.

II.

Mueble.

De gran importancia son las reformas hechas en los edificios escolares, conservando el espacio, proponiéndolos aire puro y luz conveniente. Antes, con pocas escuelas y falta de recursos, ó de disposición-
...para crear otros, se encontraban los niños en los exáustos...ta una contribución poco la esencia física, y en aquellos locales estrechos no eran posibles conteniendo ordenados, ni ellas y eficaces vigilancias, ni orden y disciplina, lo que obligaba al maestro a imponer frecuentes castigos por faltas que no eran voluntarias, sino efecto del malabar y de la falta física. Pero las radicales reformas y las más importante realizadas en los últimos años, son las que se refieren al material o mobiliario.

La defectuosa disposición del material, de reducidas dimensiones para aprovechar el espacio, obliga a los niños a una postura incómoda que no conduce al reconocimiento para el estudio, predisponiéndola a entretenerse con los que están a su alrededor, y en conversaciones amistosas, ya diestramente o malentendiendo mutuamente, y lo que es más grave, dificulta la respiración y la circulación de la sangre, exponiéndose enfermiza a la destrucción de la columna vertebral, según se ha demostrado de una manera palpable. Cuando se pintan en tales escuelas, que aún abundan desgraciadamente, no puede menos de causar estupor que el cuadra ocurrir no hubiera bastado a poner correctamente el pie, y que hasta muchos días no se hubiera basado el medio de liberar a los niños de la posición forzada y violenta en que tenían que pasar horas y horas durante el curso de sus estudios, precisamente en la edad en que los órganos corporales aún no se han fortalecido y no pueden resistir prolongados esfuerzos.

Alemania y Suiza fueron los primeros países en que los higienistas, de acuerdo con los pedagogos, hicieron los primeros estudios sobre la reforma, y aún no habían llegado a una solución definitiva cuando los Estados Unidos del Norte de América,
aprovechándose de los trabajos hechos, la pintura en petróleo. Aquellos Estados, en efecto, presentaron en la Exposición Universal de París de 1867 nuevos modelos de mobiliario de las escuelas, los cuales llamaron la atención y sirvieron de estímulo para continuar los trabajos emprendidos en otros países con el propio objeto. Así es que en la Exposición universal de Viena de 1873, expusieron varios modelos nuevos medidos por profesionales. El interés que el suelo despertó lo demuestran además el sínchronismo de libros, folletos, monografías publicadas, con muy estrechas e interrelaciones adventicias, obras de largas investigaciones y especímenes encargados hasta la exageración, el valor asignado a este.

La reforma consiste en determinar las dimensiones de los bancos y mesas y la distancia que las de mediar entre unos y otros, de modo que el niño conserve la posición normal cuando sentado y al ponerse de pie, y que pueda ocupar y dejar su puesto sin embarras. Para esto, resulta, al parecer sencillo, se han hecho espejos calibrados, teniendo principalmente en cuenta la estatura de los alumnos de las escuelas de primer enseñanzas. Admitiendo tres tipos, según las edades, se requieren bancos y mesas de tres dimensiones distintas.

Entre los modelos de bancos, los del suelo debería tener, en los que han basto más aceptación, después de que se sintió el niño naturalmente desenvuelto, los pies de madera en el suelo, las plazas forman ángulo recto con las cubiertas y están otros ángulos recto con el banco, dejando que la altura del banco desde el suelo hasta la rodilla.

La anchura del banco se determina por la longitud del fémur, medida bastando para que el cuerpo descanse naturalmente.
El pupitre ó espacio de cada niño en el banco ha de ser el equivalente a la distancia de codo a codo, con algunos centímetros más por cada lado para el juego expedito de los brazos.

Bajo estas bases, y haciendo ratios en medios, se propone la construcción de bancos de las dimensiones que á continuación se expresan en centímetros, siguiendo do metros á más.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Altura</th>
<th>Ancho del estudio</th>
<th>Profundo codo niño</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>N.º 1.*</td>
<td>20</td>
<td>45</td>
</tr>
<tr>
<td>N.º 2.*</td>
<td>30</td>
<td>45</td>
</tr>
<tr>
<td>N.º 3.*</td>
<td>32</td>
<td>45</td>
</tr>
<tr>
<td>N.º 4.*</td>
<td>31</td>
<td>45</td>
</tr>
<tr>
<td>N.º 5.*</td>
<td>37</td>
<td>45</td>
</tr>
</tbody>
</table>

Los bancos ófíteros 1.* y 2.* son los que convienen á las escuelas de párvulos.

La altura de la mesa se mide desde el asiento hasta el borde inferior de la misma, medida que se ha convencido designar con la denominacion de altura. En este punto varían las opiniones; como entre otros lo demuestran las siguientes: que la altura de la mesa corresponda á la de los adultos, dejando otra los brazos naturalmente, estando el sujetado, que sean 9 centímetros más alta que los rodas; que la diferencia equivalga á la sexta parte de la longitud del cuerpo del niño; que sea de 14 ó 15 por 100 de la estatura, etc. La opinion más generalmente admitida es que el borde anterior de la mesa corresponda al hombro del estudiante ó que exceda en poco de la altura de los codos apoyados en los llares, para que al escribir no haya necesidad de doblar la espalda.

En cuanto á la anchura de la mesa, hay también divergencia de opiniones. Con tal que pueda contener los objetos que han de colocarse en ella para el trabajo, esto basta y determina el mínimo de an-
chura, sin proyección de que pueda explicarse si el loco lo contiene, aunque no sea necesario en absoluto.

El tablero de la mesa debe estar un tanto inclinado hacia el banco, con el fin de que la visual dirija el libro ó el cuaderno y se espere lo menos posible de la perpendicular, y ayude la inclinación de la mesa, pues la primera puede ocasionar interrupción de la vista, y la inclinación de la cabeza expone a las congestiones. El límite de la inclinación del tablero ha de ser tal, que no se resbalen los objetos que en él se colocan y que ofrezca comodidad para la escritura. Un interrumpo en el borde inferior, impide que se caigan los objetos, sin impedir la colocación del banco cuando se escriba.

Conformes a las anteriores consideraciones, pueden adoptarse en las mesas, en correspondencia con las bancas, las medidas de la distancia del banco al borde inferior de la mesa, de sea la diferenciación de anchura y la inclinación del tablero, que expresan en centímetros las siguientes cifras:

<table>
<thead>
<tr>
<th>Anchura</th>
<th>Inclinación</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>N. S. 4&quot;</td>
<td>16</td>
</tr>
<tr>
<td>N. S. 6&quot;</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>N. S. 8&quot;</td>
<td>24</td>
</tr>
<tr>
<td>N. S. 10&quot;</td>
<td>28</td>
</tr>
</tbody>
</table>

Hechos los cálculos en otros países, aunque no sean las medidas que más convengan en el momento, pero debe ser considerada la diferencia, y a falta de otras, se adopta también de las más generalmente admitidas.

Otra cuestión no menos grave es la del espacio horizonte que debe medir desde el borde del banco y la vertical hacia el borde de la mesa, porque de esto depende a que los niños se
instalar más de cuatro estribos y apoyar el pecho sobre la mesita, cosa de vidas obstétricas y enfrijoladas que a toda casa importa provinir. La opinión hoy dominante, en la junta de médicos, es que la obstetricia, desmoldada como se expresa la que ocupa entre el borde del banco y la vertical bajada desde el de la mesa, es más fácil y más rápida, así bien que el borde inferior de la mesa y del banco se encuentran en la misma vertical. Algunas opinan que para los niños menores la distancia neumática no es desagradable, es decir, que el borde de la mesa sobresale algunos centímetros sobre el del banco, y se inclina la distancia de 4 centímetros para los niños de mayor edad y más robustos. La razón de suprimir la distancia es para evitar que los niños al comprimir contra la orilla central, apoyada a la vez al pecho en la mesa, se inclinen el hombre hacia el, lo que es la larga y por la oscura hasta y colinda de todos los días, proclama la deformidad del cuerpo.

Con la separación de los bancos y mesas, los niños pueden estar sentados y de que en un mismo sitio y compartir y dejar el gusto en los bancos sin dificultad. Así, el por una parte ofrece las graviaciones indescriptibles indicadas, por otra facilita los movimientos y la vigilancia; así que, al ser las observaciones la separación era menor que en las simultaneas, no era porque se supone mayor la depresión adoptada, sino por la necesidad de desacelerar el mayor número de niños en un mismo local. Con la distancia cero ó negativa, era preciso resolver la manera de separar cada uno el propios que le corresponde a los bancos y salir de ellos con facilidad, lo que tuvo graves y satisfactoria solución.

Muchos y muy ingeniosos son los medios para ar-ristar la posición natural de los discípulos en los bancos con la libertad de los movimientos, en favor
del trabajo y de la disciplina. Todos pueden regula-
cirse a dos, que consisten en conservar el tablero de
la mesa y movible el asiento del banco, y al con-
trollo.
Comprendiendo que un banco ó taburete puede aque-
carse y apartarse de la mesa según convenza, y, 
conservándose en esto, se imagina el medio de correr 
hacia adelante y hacia atrás el banco, conservándose 
dijo y salido en ambas posiciones. Corriéndolo hacia 
adelante se coloca como conviene para el trabajo; 
corriéndolo hacia atrás, deja espuido suiciente para 
la entrada y salida. Otro medio consiste en levantar 
ó doblar el asiento hacia el respaldo en toda su lon-
gitud, y mejor aún, en la parte que corresponda a 
cada discipulo.

De la misma manera, permaneciendo inmóvil el 
banco, puede moverse el tablero de la mesa, a cavó-
que se emplean también varios sistemas, de los que 
el menos complicado se reduce a correr hacia adel-
ante y hacia atrás, con el tablero por Rambeg, 
director de una escuela normal de maestras en Suecia;
sumamente sensible, cada discípulo hace regular 
por dos movimientos la posición del tablero que le correspon-
da; corriéndolo hacia atrás, queda expuesto el pasante 
banco y mesa, y corrido hacia adelante, después de 
sentado el discípulo, la mesa es más baja. Es el sistema 
menos costoso y menos expuesto a desperdicios.

Los inventores van un poco más allá, y extienden 
la manera de mantener fijos y solidos los ban-
co y mesa, sobre las construcciones de hierro y 
de madera, sobre estantes, como cajones, estelas-
ros, etc., y resolviendo el problema en lo esencial, han 
exagerado los medios de llevar sus inventos hasta 
la última perfección.

En los bancos, para mayor comodidad de los niños, 
se ha acabado el mueble en la parte media y poste-
nies: para aproximarlo á la parte del cuerpo que allí deseen. Todos convienen en la necesidad de que los bancos tengan respaldo, ya para cada niño por separado, ya corrido para todos los que ocupan un mismo banco. Respecto á la forma, hay gran variedad: espárragos formando ángulo obtuso con el mien- tos; formando una línea quebrada, vertical en la base y oblicua en la parte superior; formando una línea curva en relación en lo posible con la del árbol, que sirva de apoyo á los rincones ó bancos que sirvan de apoyo á toda la espalda; que se adhiere á un lado corrido á lo largo del banco, etc.

Lo que todos recomiendan también es que los niños no apoyen los pies en los trencillas que se tienen em- pleando para dar solidez á las mesas, porque las pie- neras tienen una posición oblicua cuando desempeñan su vertiente, es lo natural, apoyando la planta de los pies en toda su extensión sobre el asiento.

Otro de los juegos introducidos en la del banco moderno es el de un banco y una mesa separados de los demás, para cada niño. Esta disposición no es más aconsejable á la disciplina que el trabajo, y por ser esto costoso y exigir más espacio en el salón, se mantienen éstos en pocos casos. Con cabal sistema los ban- cos y mesas son fijos y la distancia es única, pero los niños ocupan sus puestos entrando y saliendo por los laterales. Los más exigentes en este punto admiran, sin embargo, bancos de cuatro aseantes.

Para las escuelas de París se han adoptado bancos de 4, 6 y 8 asientos, y dos tipos de cada uno, semejantes á la talla establecida en los verbienes. Con esto natural, varían las dimensiones de los dos modelos de cada tipo, destinándose el uno á los niños mayores y el otro á los menores.

Las dimensiones de los dos modelos de cada tipo son respectivamente de mayor á menor.
Longitud de las mesas 2m 50 y 2m 25 2m y 1m 60-1m 30 y 1m 35.
La anchura del tablero en los dos modelos de mesa tipo 0m 40 y 0m 37.
La altura de la mesa en los dos modelos de cada tipo es la 0m 87 y 0m 81.
La altura de los bancos 0m 50 y 0m 52.
La anchura de los bancos 0m 17 en todos los modelos.
No faltan tampoco modelos de bancos y mesas de altura variable, que aumenta o disminuye según convenga, por menoscamos más o menos complicados, especialmente en los de banco único.
De honor que los niños, grupos una posición natural y cómoda, que pueden moverse con facilidad y que el maestro pueda vigilar la vigilancia; más para esto no es necesario llevar las cosas hasta la exageración y al último grado de refinamiento, pues nos trata de aparatos ortopédicos.
De los distintos muebles de la escuela, bastará decir algunos pocos acerca de la mesa del maestro y de su colocación. Ordinariamente los niños se reunen por grupos alrededor de esta mesa para recibir las lecciones, y hoy domina la tendencia de que el maestro recorra los bancos y mesas para darlas, mismo sucede en las escuelas de Albacete, Badajoz, Salamanca, Sevilla, Cádiz y otros países.
La mesa del maestro, que, colocada sobre el piso de la clase, sobres una pequeña tarima, es colocado en un estrado o plataforma, a causa principalmente de las necesidades de la enseñanza moderna, hoy descende y reduce sus dimensiones hasta el punto de que en algunas escuelas no se ve más que una mesa pequeña arrodillada a la pared del teatro de la clase. Una tarima o plataforma poco elevada donde se coloca con alguna distinción y de modo que par-
Organización pedagógica.

Dirigir la educación simultáneamente a un solo niño, cuando el educador posee los conocimientos necesarios y desempeña el gusto su cometido, no requiere grandes esfuerzos. Con paciencia y perseverancia todo se consigue. Por el contrario, organizar y dirigir una escuela es un problema complejo, que exige detenido estudio para llegar a una satisfacción satisfactoria y atender a las demandas y a las circunstancias necesarias que a veces puso en manifestación. La pedagogía echa los fundamentos, los principios generales, y da instrucciones para aplicarlos pero se encarga además de llevar a cabo y los conceptos de los buenos maestros, para resolver dudas y vencer dificultades.

Teniendo constantemente ocupados a todos los niños, lo mismo a los principios que a los más menores, a todos según su capacidad intelectual.
Calcular el tiempo que puede costearse la atención de unos y otros, para graduar los trabajos sin abusar de los ejercicios, y procurar las distracciones y la confusión, resultado del cansancio y la fatiga.

Varias son otras facetas de los ejercicios, atendiendo por una parte a las necesidades físicas, a la alternativa de reposo y movimiento, y por otra a las necesidades del espíritu, a la alternativa entre los estudios y las distracciones, y a la alternativa entre los ejercicios útiles y los ejercicios gráficos, que pueden servir de descanso y aún considerarse como recreo, pues que apenas requieren más que atención, buen giro de vista y flexibilidad en la mano.

Diversificar este variado gasto de ejercicios de manera que se observa orden riguroso en los movimientos, sin que se molesten ni distrajamos momentáneamente los alumnos.

Determinar el método, los procedimientos y ejercicios que convienen a las diferentes clases de alumnos, según su capacidad y limitaciones;

Traslate la marcha de la escuela en términos que todos puedan leer una lección directa del maestro, más o menos frecuente y más o menos extensa, según las necesidades;

Revisar en una sección, vigilando el propio tiempo a la hora, para que conserven el orden y no interrumpen el trabajo;

En esto consiste la organización pedagógica de una escuela.

Comprender en estos casos, cuántos consejos, cuántas conclusiones son indispensables para conciliar hasta y hasta cierto grado espacios extrananos, con doble razón, cuando todo ha de servirles de un solo maestro. Pero de esto depende la disciplina, que, una vez establecida, todo lo facilita y excusa el desaparición ruining de los escolares.

Lo primero es determinar el sistema general que
ha, de acuerdo con la marcha de la escuela, en lo que incluye principalmente el número de alumnos. Por esto general no cabe otro sistema que el mixto, establecido de manera que la lección directa del maestro alcance a todos las más veces y por el mayor tiempo posible, lo cual se prueba a muy variadas combinaciones, según las circunstancias. De adoptar la más conveniente depende el éxito de los movimientos y en las actividades de los niños el caso de la regularidad en las lecciones y ejercicios intelectuales, lo mismo que la provechosa ocupación de todos.

Es también indispensable graduar la enseñanza formando el programa de cada una de las asignaturas que comprende el de la escuela conforme al orden riguroso de las leyes, determinando con claridad los estudios de cada sección ó las lecciones que deben realizar los que la comprise.

Para esto deben clasificarse los niños en grupos ó secciones, según sean aptitudes y los conocimientos adquiridos, a fin de hacer una explicación al conjunto, como si fuera un solo individuo, con provecho de todos.

La acertada distribución del tiempo ó el plan de lecciones y ejercicios requiere debido estudio. En esto es lo que consiste la mayor dificultad, pues si en la vida ordinaria se hace trabajo regular el tiempo de modo que cada cosa se haga en su hora, destinando a cada epochs el tiempo que necesita sin descender otras ocupaciones, comprendiendo cuanto más trabajo la de ser regular en la escuela. Y sin la acertada distribución del trabajo no hay disciplina posible, mientras que bien distribuido, todo marcha perfectamente, además de que la regularidad material influye en el orden mental y intelectual, y contribuye a que los alumnos adquieran un hábito de gran transcendencia en la vida, lo que demuestra
que medían intimas relaciones entre la disciplina y la educación.

En la marcha y sucesión de los ejercicios es necesario dividir a cada estudiante a una parte del tiempo en relación con su importancia y dificultad; a fin de prevenirlas á que pueda incluirse el maestro por sus particularcidades, pues prolongando los ejercicios podrían hacerse progresos en un rumbo, pero con la renunciando las demás y alternando las proposiciones en que deben marchar todos, sosteniéndose el mismo nivel, calculada la instrucción que de cada uno de ellos deben dar.

Distribuyendo el tiempo y el trabajo para que cada uno se compense en sus deberes sin interrupción, se requiere vigilancia incesante, que no puede ejercitar el maestro por sí solo en escuelas numerosas. A falta de ayudantes necesita suplirlos por medio de niños de los más puntuales en la escuela, más instruidos y de más buen carácter, para que se encomiende lo invisible y vigilare á sus condiscípulos á la vez que atienden á su propia instrucción. La habilidad excepcional en la elección de estos auxiliares, sin que lo consideren como un trabajo á ocupación pasiva, sino como premio ó recompensa de su conducta.

Los dificultades de la organización pedagógica, consistiendo en todos los elementos indispensables, aumentan considerablemente cuando la organización material es defectuosa, como por desgracia sucede en la mayor parte de nuestras escuelas. Si el edificio escolar no está bien situado y cercado de las dependencias destinadas á distintos servicios, si la sala de clases carece de luz, de ventilación y de comodidad; bastante para el número de niños que ha de contener, cuando falta el mobiliario indispensable ó por sus condiciones no responde al objeto á que se dedica, todo esto exige nuevos y repetidos cálculos.
y combinaciones para agüizar la falta de la deficiencia del material.

La escasez de las obliga a subordinar a esta circunstancia la sujeción de los ejercicios, y la falta de alba puro y respirable a interrumpir la clase, para resarcir por medio de la ventilación. Cuando las circunstancias y el número de alumnos obliga a distribuir a dos a una habitación, el catorce con auxiliares, hay necesidad de suplir con niños, para que no falta la vigilancia en una sala o dispersión de niñitos por parte del proctor de la escuela o en el ala. Con mobiliario incompleto no hay medio de ocupar a todos a la vez con los mismos ejercicios, lo que impulsa al estudiante y la marcha general, y con mobiliario defectuoso será preciso abandonar los trabajos en que la posición y actitud formida de los niños pueda influir en la salud ó causar los males que con tan buen crédito en nada se evitar con las nuevas reformas.

El remedio eficaz para tales inconvenientes sería el establecer las escuelas en buena condición para la educación y enseñanza. A esta fin deben tener los estudiantes de la administración y de los pueblos y repetidas reclamaciones del Magisterio; pero mientras tanto que esto se consigue, el maestro debe inventar, sin desanimarse, los medios de suplir todas las deficiencias.

Por difícil que sea la solución del problema, el maestro necesita mayor cuidado desde que se encarga por primera vez entre los niños, sin perjuicio de que esté obligado a resolver qué advierta sus deficiencias y la experiencia le enseña los medios de corregirlos. Por improviso que sea el plan trazado, siempre servirá de guía segura en la dirección de la enseñanza, tanto en el conjunto como en los detalles, en la duración y asistencia de los ejercicios en la distri-
Carácter y extensión de la primera enseñanza.

Desde la obra del célebre pedagogo suizo, Pestalozzi, la escuela marcha de pruebas en progreso, extiende sus límites y adquiere mayor valor moral y social, como lo demuestra la legislación escolar de todos los países, inspirada en el mismo espíritu. Estas dos últimas leyes se sitúan como las que mejor definen y determinan el carácter de la primera enseñanza, las de Austria y de Sajonia Weimar.

La de Austria del 16 de Mayo de 1863, dice en el artículo 1.°: «La escuela primaria propiamente dicha, tiene por objeto la cultura moral y religiosa de los niños, desarrollar las facultades intelectuales de los mismos y administrar los conocimientos y aptitudes necesarias para el progreso ulterior de la vida; por lo tanto, comenzar la educación que ha de hacerlos hombres de buena y miembros útiles a la sociedad.»

La de Sajonia Weimar del 24 de Junio de 1854, que difiere en estos términos: «La escuela tiene por misión fomentar a la niña por medio de la instrucción y la educación, los principios de cultura moral y religiosa de los niños de la escuela.»
sa, conocimientos goscoóla y las capacidades necesa-
rias para la vida civilica...

Los estudios y la disciplina deben respender al ele-
vado y merecido concepto que la enseñanza la es-
esencia. Por eso tiende de día en día a aumentar y
ampliarse la enseñanza, lo que es muy lúdable
cuando no transgries las razonables limites, como po-
de ser un abuso de fuerzas consecuencia cuando se
pretende extenderla más allá de lo necesario y uno
de lo posible. Hoy, que predominía la manía de alle-
rarlo todo y en que norteamericanos, con precipitación al
fin de nuestros días, sin calcular los pasos que
hemos de dar, el camino que hemos de recorrer y el
tiempo indispensable para recorrerlo, no se repite
en aumentar los estudios en tales términos que, si
hubsiera que creyer á todos, el programa de la escuela
sería un programa universal.

Esta tendencia ha producido certa altura en
todas partes y ha hecho recorrer á los pedagógos y
maestros el antiguo proverbio: nos malita el malin,
oponiéndolo á la supuesta enseñanza enciclopédica, que
falta el carácter de la escuela, los procedimientos de
la misma, y la satisfacción que deben ejercer en las huellas
del y proveente del educador.

El célebre filósofo y naturalista Humboldt, después
de un viaje á Brasil y Perú, examinó duramente y ob-
servó en un documento que ha visto la luz pública, la plaga de la enseñanza enciclopédica.

Entre otras cosas, dice: «La inteligencia del niño es
como el capital de la flor que, sumergido en agua
calentada, pierde la fuerza vital». Y, más adelante,
afirmando que no conocía el mal sin pensar en el ra-
medio, añade: «En Alemania necesitamos dos siglos
para suprimir una cosa estupida, el uno para cono-
cerla y el otro para alejándola.»

El pedagogo moderno Waiss, entendiendo que todo
lo que la escuela puede enseñar en cierta medida de conocimientos, y el modo de aprender, el modo de estudiar. "Estoy persuadido, dice en otra parte, que nos vamos pronto obligados a simplificar nuestras estadías y reglamentos más de lo que se ha simplificado."

Graser divide las materias en tres clases: la antigua, dogmática, la escuela y pedagógica, con tal, la moderna, en que se enseña denominada y se sobrecarga la mente con un indigno ó indignabi1e esparazo de cosas, como preparación de conocimientos, aquella otra en que se desprende la más preciosa actividad, y se faltea las habilidades teóricas ecolando a los jóvenes con el sofá y absurdas disputas.

La multitud de materias confunde y embrolla la inteligencia, engendra la confusión y el desorden, cuyos efectos podrá mitigar el método, no dispuestos. "No es la misión de la escuela enseñar todo lo que se puede saber, sino lo que no se debe ignorar en la vida común", dice Greisel.

Los crecientes necesidades de la vida y las relaciones sociales, exigen hoy instrucción más extensa que en otras épocas, y por eso, evitando el escaso, no hay razón para dejar de angustiarnos cuanto lo con- sisten en la capacidad de los niños y la organización y disciplina de la escuela, teniendo en cuenta que el número de niños en la escuela es proporcionado con el número de verdaderas sali- nauturas, cual es el carácter y extensión que se les da. Los diversos ramos del saber humano, por los estréchos vínculos que median entre ellos, se aúnan reciprocamente, y esto puede facilitar la enseñanza. Si como se pretende llegar a conocerse todas las enseñanzas, formando una unidad, para lo cual cuantos estuviéramos hechos hasta ahora han sido en vano, sin más resultado que el aburrimiento, entonces es-
ría posible la enseñanza coeducativa. La escuela debe asegurarse de que los conocimientos obtenidos en la vida y que conduzcan al desarrollo académico de las facultades del hombre, lo cual dista mucho del simposio que se pretende; sin embargo, el estudio ya está practicado en los países más cultos.

Nuestro programa oficial responde a las verdaderas necesidades de la educación de la niñez. La ley de 1888 amplió considerablemente las escuelas, dividiéndolas en dos grados, elemental y superior, de acuerdo en esto punto con otras naciones. La de 1887, inspirada en el mismo espíritu, es preventiva de ningún género, la amplió también hasta donde es posible, dadas las condiciones de nuestras escuelas, y dejando libertad para darles mayor extensión, según los medios disponibles al efecto.

Al programa de la escuela elemental se agregó hoy en otros países las nociones de geografía e historia, y al de la superior una lengua viva y algunas otras materias de aplicación, como la química, de libros, por ejemplo. Si tales enseñanzas no son obligatorias en nuestras escuelas, el maestro, como queda dicho, puede introducirlas según los recursos y necesidades de cada localidad, en cuyo caso la escuela toma la denominación de ampliada.

El cuento, el dibujo, la gimnasia, con enseñanzas obligatorias en unos pocos y facultativas en otros, son favorables a la salud y la convivencia de los niños en lo posible; pero en las actu-

la escuela, con mejora local y número de alumnos, no solo Leonardo, sino ya son superior a sus fuerzas.

El trabajo manual es un problema no resuelto todavia, y que sería un bien que se llegara a resolver; porque se relaciona con cuestiones de gran interés políti-

cos y sociales. Asociar el trabajo a la escuela para
formara una generación laboriosa, moral, e ilustrada; instará y acelerará al niño esas cualidades a la vez un efecto con que pueda ganarse la vida, en una explotación noble y generosa que es lucha de llevar a cabo, su encuentro el modo de realizarse. De todos modos, si apenas hay tiempo en nuestras escuelas de educar al hombre que es lo primero, menos todavía formar el hombre en el trabajo, aun cuando se hable, enunciado a primero una práctica.

Buenas es para el maestro formarse ideas claras del programa, para que aunque lo lea deteniéndole, parezca que le señala la ley, el progreso de su espíritu, para darle cuenta del desarrollo que con él cada enseñanza, según la capacidad y necesidad de los discípulos, asentando que necesariamente, como todos los que se resisten a la enseñanza, porque en la manera de entenderse están en gran parte la disciplina.

La ley examina los materiales que ofrece la primera enseñanza de arco y otro grado, y aunque indica en general el carácter de cada una de ellas, el maestro tiene determinarlo con claridad y percepción desprendiendo a particularidades, lo que en de gran implicación y responsabilidad. Para ello de tener presente que si algunas asignaturas convienen en el hombre con las de otras están establecidas de enseñanza, se diferenciación en la escuela, pues deben resaltar el carácter de utilidad práctica, a fin de que los niños, que por lo común dedican en su tiempo al estudio, puedan, al salir de la escuela, hacer aplicación de los conocimientos de ellos adquiridos.

En todo caso, la instrucción ha de ser completa en su género una vez reclutada a más estrechos límites. Los elementos de muchas cosas, trascendentes, indígenas, de cada animal y pesan desde el tiempo que hace falta para adquirir conocimientos útiles.
Este es el vínculo capital de la supuesta concen-
tración de asignaturas. No hay en sí misma alguna, tanto
el gran superior como el estudiante, que sean fun-
tibles, si no alguna las experiencias fundamentales y
los principales de hecho que conjuntamente forman el orga-
nismo de cada una de las materias, por más que se le
de mayor o menor consecución y personalidad. Los ele-
mentos de cada materia le definimos, entendiendo
esos elementos una unidad hoy, y necesarios,
unos términos que, supervinida una parte, dota la rela-
ción entre los demás que deben ensamblarse el todo, y
sirviendo para que, el programa de lectu-
ras, es de cada asignatura debe, por tanto, concordar
los puntos esenciales de la misma en el desarrollo
que cada una corresponda, en proporción con las
dunas, previniendo de detalles sin importancia y
de consideraciones de segundo orden, que desvían la
atención en otras ventajas, impidiendo el juzgar la
conclusión de la obra de estudio.

El libro poetas venía al margen que la ha de
aguantar el maestro en las lecturas; determina el
orden, no siempre por acertado; hay de la misma de-
proceder. Contiene muchas ideas, muchas obser-
aciones, de veces doceídos numerosas, más de lo que
permite la escuela, y entró uno y otro embarrado la
iniciativa del maestro y del discípulo. Se lilla lo que
constituye la vida y la animación de la escuela de
los ejercicios prácticos, las aplicaciones ocasionales, las
demoscopsas y también familiares, que varían de
escuela a escuela, según las circunstancias; y siendo
la escuela de ver y de sentir del que la dirige. No
nos debe proponerse de la forma, necesaria en
todo, limitar a reglas franceses de ejemplo y quie-
dencias, para que los discípulos se hallen en apti-
tud de escoger la regla a la aplicación.
V.

Trabajo manual.

Entre los cambios con que se enriquece día a día el programa de las escuelas, hasta el punto de que, como ya se ha dicho, tal cambio de estudios principia a preocupar a la opinión pública, uno de ellos, el trabajo manual, es el que hoy ocupa mayor interés y la cuya importancia se entiende sin tasa ni medida. Esta es la razón de exponer aquí algunas consideraciones sobre el particular, tratando de disciplinas.

La cuestión no es de hoy. En una obra sobre la República del pueblo, publicada en 1779, se comenta la idea, que por lo visto se agitaba ya en aquella época, de enseñar en la escuela a los hijos del pueblo profesión alguna, fundándose en que tal enseñanza violentaría la inducción de muchos niños, por no consultar las aptitudes y facciones de cada uno, contrariando también los proyectos de los padres y a los fines de la educación, reduciéndolos en este punto a dar los conocimientos y aptitudes que, al iniciarse en determinada profesión, habiliten para el ejercicio de la que elija el niño, según sus gustos y circunstancias.

El trámite de la revolución francesa, diferentes proyectos sobre instrucción pública prescribieron el trabajo manual en las escuelas primerizas y la enseñanza profesional en otros establecimientos. No llegó, sin embargo, a existir instrucciones para llevarlos
A efecto, y por consiguiente, no se pusieron en ejecución.

Por otro punto de vista se argumentó en Inglaterra el trabajo de la escuela con el profesional por el bill de Sir Robert Peel, adoptado en 1829. Tenía por objeto el bill limitar el trabajo de los niños en las fábricas, habiendo además la idea hasta que no debieran comenzar este trabajo, asunto que hoy se estuda de nuevo en todas las naciones, habiéndose dispuesto en aquella época en su división entre la escuela y el taller al tiempo de ocupación de los niños durante el día. La reforma se designó con la denominación de Thealfsystem o sistema de la mitad del tiempo, y las escuelas destinadas a este objeto, con la de escuelas de la mitad del tiempo. Otras naciones imitaron con satisfactorios resultados el ejemplo de Inglaterra.

Además de acortar el trabajo del taller o de la fábrica a las fuerzas del niño leyendo, este sistema prolonga los años de la asistencia a la escuela, pues las lecciones y disciplina evitan o disminuyen por lo menos los graves inconvenientes del aprendizaje en contacto con obreros de mayor edad, con los cuales el niño deja de serlo, cuando aún no es hombre, y con facilidad a las influencias del vicio.

La alternativa entre el estudiante y el trabajo del taller mueve ciertas analogías con los ejercicios manuales de la escuela, por las que no se impone en los mismos principios. Los proyectos de la revolución francesa sobre enseñanza profesional, reproducidos con las variantes que hacen necesarias las costumbres circunstanciales, se armonizan más bien con la reforma instituida en los países del Norte de Europa.

Como es natural, el pensamiento tiene sus enredos y partidarios decididos. Opinamos que con los diarios progresos de la industria, la aprendizaje hoy
sería fatal para un niño, por no tener aplicación, que por la extraordinaria división del trabajo, los niños se han subdividido al infinito, de modo que cada obra o fabricación en particular, no hace más que una parte ínfima del producto manufacturado, el cual se entrega al consumidor después de pasar por manos, por veinte y aun por cien manos, según su naturaleza.

A esto se reduce que en la práctica de los oficios, los privilegios de los parciales para transformar la materia sirven a ser los mismos. El torno, el hacha, el martillo, el hilo, el cepillo, la sierra, el taladro o la hoz, son los hilos empleados, lo mismo en el trabajo de la madera que del hierro. Del mismo y del mismo, así que todas las operaciones manuales pueden clasificarse en tres o cuatro grandes categorías.

Concretando la cuestión a las escuelas primarias, los adversarios del trabajo manual oxidan que abruma el número de materias que ya comprende el programa de primer ensayo. No es posible ni a costa del esfuerzo satisfacer parte del tiempo ocupado en el estudio. Numerosos incompeticiones sobre el manejo de tafís a instrucción sin un objeto preciso que no suponga tiempo insuficiente para ello, sin perjuicio del desarrollo intelectual. Esto precisa esquivar las ejecuciones concluyentes a la profesión que los niños han de ejercer en adelante: que se necesita ha para todo esto los locales y utensilios adecuados y adecuados al propósito, lo cual autorizaria considerablemente el presupuesto de las escuelas.

Además que a las primeras es quies corresponde, consiguiendo sus facultades y las influencias de sus hijos, alegar la profesión que siguen las expresadas condiciones habla de seres muy venturosos, además de que todos de los cien años de
...el niño no está en aptitud de ejercer oficio o profesión alguna.

En nuestras escuelas, en que no ha sido aún posible completar el programa con algunas importantes implantaciones que comprenden el de otros países, porque los años no permanecen el tiempo insustituible para instruirse ni aun superficialmente en las más necesarias, en las que sirven de fundamento a los demás, las dificultades para el trabajo manual son poco menos que insuperables. Antes es preciso adquirir otros elementos que contribuyan a la sublimación del cuerpo, a la educación de la mano, de la vista y de los sentidos, que es la verdadera preparación para los oficios y profesiones. Polly en nuestro programa la gimnástica que desarrolla las fuerzas, primera condición para el trabajo de campo y del taller de la fábrica; el canto, que desarrolla a la voz el órgano de la voz y el buen grumo; el dibujo de imitación, que da a la mano y la vista, y el de precisión, que habita en la regularidad y la exactitud. Cuando hayamos introducido estos elementos será posible darles de talle de los oficios manuales. Quisiéramos que la escuela ayudase al hombre y al obrero, pero sin sacrificar la primera, que es lo esencial, a lo segundo, para lo que hay tiempo y otros métodos más adecuados.

A pesar de todo, el trabajo manual en las escuelas es un hecho. En los países del Norte, debido a la ineducación particular y con apoyo del gobierno, en donde, después de varios años en pueblos en pueblos de cultivadores, se ha puesto en práctica de una manera regular, han en distintos establecimientos y a cargo de los mismos maestros, preparado al obrero en la serie de oficios que en otros establecimientos. Las tareas de entablamento, de terraza, de hojalatería, de escultura en madera,
de costura, de torno, etc., son en los que se ocupan los discípulos de las secciones superiores. La negrieta que ha tenido en aquellos países esta reforma se debe a las circunstancias de la industria, especialmente la doméstica.

En otras naciones se han hecho ensayos con más o menos resultados, no con el carácter de estudios profesionales a escala de una profesión determinada, sino como medio de adiestrar la mano para las operaciones mecánicas y enseñar el manejo de los útiles empleados en la industria y en la agricultura.

En este sentido se ha introducido en los establecimientos franceses el trabajo manual, con arreglo al siguiente programa:

**Primer grupo ó división inferior.**— Ejercicios manuales conducentes a adiestrar la mano. — Recortado de cartulina en forma de sólidos geométricos. — Construcción de junta en hilos de various colores. — Vistas de objetos en diversos colores. — Modelado: reproducción de sólidos geométricos y de objetos muy sencillos.

**Segundo grupo.**— Construcción de objetos de cartón picado y de dibujos coloridos y de papel de color. — Trabajos sencillos de hilos de algodón: correas. — Cuentas de los hilos de algodón con la maderera, guayas. — Muestras: adornos sencillos de arquitectura. — Nudos de los útiles más empleados.

**Tercer grupo ó división superior.**— Ejercicios establecidos de dibujo y modelado; croquis sencillos para ejercitar determinados objetos según los croquis, o el contrario. — Estudio de los principales útiles empleados en el trabajo de madera. — Ejercicios prácticos con gradas de cipollín aserrado de madera, en trabajos sencillos. — Cajas de madera; cajas enrollables sin ensamblajes. — Torno de madera; tornear objetos sencillos. — Estudio de los principales útiles empleados en...
el trabajo del hierro, ejercicios de tuna y de afinación de los objetos brutos procedentes del forjado o del esmalte.

La utilidad de estos ejercicios para los niños de todas las clases sociales, es incontestable. La dificultad está en disponer del tiempo necesario sin perjuicio de los ejercicios de la inteligencia, y en disponer de los medios de ejecución. En Francia único, donde no se perdona expediente el sacrificio alguno por los programas de la primera enseñanza, se celebra pese. Un grupo de pobladores se han agrupado a la escuela tullense, donde bajo la dirección de sábios profesores competentes, se ocupan los niños en diversas ejecuciones manuales, en el modelado, en el trabajo de maderas, de hierro, etc. En algunas provincias, se han dictado instrucciones y programas especiales, y los maestros procuran realizar estos programas, pero ha de tardar mucho tiempo antes de que se generalice la reforma, si llega a generalizarse.

Si en nuestras escuelas los maestros disponen de tiempo y de medios de ejecución, lo cual es muy dudoso, harán bien en enseñar los ejercicios manuales, por más que se pueda reprocharles demasiados obligatorios oficialmente, porque no debe prescribirse lo que no puede ejecutarse. En las poblaciones agrícolas de nuestro medio, donde en reducido el número de alumnos de las escuelas, es difícil cabe hacer aplicaciones de la enseñanza al trabajo de los campos.

Con buen ojoctor se lleva el programa de primera enseñanza con las profesión de agricultura; pero no se saca todo el partido que puede sacarse de este estudio. En muchos países, en los países agrícolas se proporciona al maestro con la casa-habita- ción un jardín, que sirve de práctica de arribicultura y horticultura. Allí aprenden los niños a cono-
cer las variedades de árboles frutales, la madera de pino, los amarillos y tejederos, y el cultivo de hortalizas según las pruebas que más aconsejan, deslizadas así antiguas rutinas y preocupaciones. Estos mace-
tros a este no es tan fácil, pero aunque la fuerza, no deberá pasar de allí. El maestro no puede ocuparse en el cultivo de la tierra, porque la distancia de su objeto principal; no hace más que suplir la insu-
fitencia del padre. El laborador inicia a sus hijos en las prácticas agrícolas por rutina, no por princi-
pios. Al maestro le explica la razón de el funda-
mento de tales prácticas, desvanecer las preocu-
paciones arraigadas en los padres; y dirigir la in-
teligencia y la voluntad de los niños hacia la traza,
que han de comprender despues. Habiéndoles la
atención sobre las cosas que ver y por lo mismo les
interesa.

Pueden hacer más los maestros de esta escuela,
poco numerosas, en que les sobre tiempo para la
amistad. Pueden leerlos niños al campo y con el auxilio del Manual del Sr. Oliverio de otro
Compendio de agricultura, bocetos distinguir la
tierra arcillosa de la caldera, etc., la necesidad de
dividir la suelo y de seguir las más ligeros, ex-
plícite el cultivo más provechoso de cada una de
tierras ligeros en las épocas oportunas a pesar-
ciar las diferentes epocaciones agrícolas, como la
sienientes, la oca, sobre todo cuando se emplea
algun procedimiento nuevo, ilustrado a los niños
sobre unas y otras prácticas. De aquí justificados
los puros excesos no estar, que se supongan
sólo para la mejora de agricultura, sino para otras
muchas importancia instrucciones. Si por otro
general no son posibles estas excepciones, lo son en
situaciones excepcionales como el descuido, y deben uti-
liizarse.
La primera regla para la disciplina de la escuela es la incesante ocupación de los niños durante su permanencia en ella, en trabajos acomodados a sus
disposiciones y aptitudes, bajo la vigilancia y con los consejos y las lecciones del maestro.

En la imposibilidad de atender a cada uno en particular, como en las escuelas poco numerosas, se indispensables clasificar y reunirlos en grupos o divisiones, de modo que los de cada uno se halle con aptitud de recibir con provecho una misma lección.

Recuadro: en particularidades acerca de las condiciones de estos grupos es la manera de clasificar a los niños, porque todas las obras de Pedagogía tratan extensamente de la materia; pero conviene insistir en la necesidad de reducir el número de grupos en la posible.

Nuestra bien modulado Reglamento de escuelas, que por ser antiguo, suele calificarse de caduco, aconseja comprender a los niños en tres grandes divisiones, no sólo por lo que hace á la actividad del maestro, sino también con el propósito de que se atienda con especial cuidado á la metamérica, para proveer que abandonando pronto la escuela la mayoría de los alumnos, no salgan de ella sin haber adquirido por lo menos los conocimientos más indispensables para completar después su instrucción. Y no hay que hacerse ilusiones. Pensar que han de permanecer en la primera enseñanza, sino, ochenta o más años, como en otros países, y que deben organizar los estudios en este supuesto, es uno de tan buenos errores de los que prefieren reprobar la Pedagogía. La dificultad en reducir el número de grupos está en que no se encomienda al maestro cincuenta o sesenta niños, que son los que puede dirigir bien, sino que á veces llegan á ciento y á doscientos.

De todos modos, la primera clasificación de los niños ha de ser en tres grupos: 1.º Niños que crecen
de instrucción y condicionan a adquirir las primeras nociones de diferentes ramos de estudios. 2° Los que han adquirido los conocimientos fundamentales, que leer y escribir y pueden compararse en trabajos por escrito. 3° Los que se hallan en aptitud de可愛

por los estudios superiores del programa. Esta división de la escuela es esencial, porque cada división necesita procedimientos distintos en la conducta y en la disciplina.

Al principio los niños el estudio (1) y durante el primer año y aun por más tiempo, todas las ideas y sentimientos de las disciplinas les parecen extraños y aún en contradicción con los instintos de familia de que han participado hasta entonces, y se hallan construidos en la necesidad de vida y movimiento y en sus instintos de curiosidad e independencia. Si en los comprime física y moralmente a ellos sus disposiciones, y con la quietud y absolutaién de vida en temperamento y en caracteres, se dirigen de la conducta y de la escuela.

No son menos característicos las disposiciones dominantes en el segundo período. Con el desarrollo físico y moral constante durante el anterior, empieza a calmarse la agitación de los sentidos, disminuye la necesidad de movimiento y de novecidad, se disipa el espíritu, se desarrolla el sentimiento de asentimiento; en una palabra, el alumno vence las condiciones necesarias para la enseñanza y la disciplina.

Al llegar el tercer período, todas estas dispoiones se han rebajado con el desarrollo del niño y con los conocimientos adquiridos, y ya tiene decisión y voluntad propia. Esto notable diferencia entre los niños de cada

(1) Principios de educación y enseñanza, por D. Martuso Ger-

ras.
unas de las divisiones, requieren por construcción, distinta dirección en la enseñanza y en la disciplina, respecto a cada una de ellas.

En la primera, división, todo debe ser vida, alegría, movimiento, espontaneidad, moviéndose para esto en la posible la disciplina. Los ejercicios han de ser cortos, variados y repetidos con frecuencia. La loca
ción, sensible, deplazada de todo lo abstemio y de
frecuente, y siempre la palabra viva y cayendo del maes
tro o del instructor para calmar la antes, la ca
dad, y el propio tiempo el respeto. La educa
ción se rebelará, a fortiori a resistir las ideas a
imprecisiones domésticas.

Tratándose la segunda división, los ejercicios se convierten en lecciones de mayor duración, la disciplina es más exigente y completa sin perder e
ctérricamente la dulzura del período anterior, la edu
cación tiene un carácter más positivo y social y tiene
bien el momento de las reglas de la escuela, toda
en fin, va tomando cierto aspecto de formalidad.

En la tercera división, la escuela tiene más en
lado y se eleva en punto a la teoría para hacer im
mediatamente aplicaciones prácticas. El niño
battiendo a dirigirse, a instruirse y a obrar por sus
propios fines. Emplea la locación viva del maestro,
seriada en el libro, recital problemas, hace compre
cciones, y con todo esto y con una disciplina severa
y vigorosa, termina el período escolar, preparado
para la vida social, ya comprende el aprendizaje de
algún título, ya confía en sus estudios.

No hay, pues, medio de prescindir de esta pri
ma clasificación en la escuela. La primera división
debe comprender los niños mayores de cuatro, la
segunda de cinco a diez, y la tercera los mayores de
diez, con las modificaciones indicadas.

La división indicada por edades es la que debe
servir de tipo ó modelo; pero según las disposiciones de los individuos, al tiempo que los niños suelen asistir a la escuela y circunstancias especiales, impone modificaciones.

Tres grandes divisiones bastan para clasificar á los niños, según las diferentes aptitudes que se manifiestan en la edad escolar. Si no es posible perfeccionar igualdad de disposiciones y de cultura entre los que pertenecen á una misma, poco sería que, formando mayor número de grupos, no alcanzase la acción del maestro á todos ellos, ó les dedicase tiempo insuficiente, como tendría que suceder, resultando mayor fatiga para el maestro y menos provecho para el discípulo. La perfecta igualdad no sería tampoco posible, aun multiplicando las divisiones, como no lo es entre los que asisten á una misma lección en los institutos, universidades y otros establecimientos. No es esto tan grave inconveniente como á primera vista parece, porque en una escuela bien dirigida, al cabo de poco tiempo, se ponen al mismo nivel los de cada grupo, prescindiendo de los dolores de facultades privilegiadas, que son una excepción. Así no suele así, las lecciones dirigidas á los más débiles no son perdidas para los adelantados, porque estos sacan un gran provecho de la repetición, que los hace comprender mejor lo que antes han aprendido superficialmente, y los prepara para mayores progresos en los estudios sucesivos.

La mayor dificultad depende del número de niños de la escuela, que siendo excesivo, obliga á subdividir los grupos. En este caso se divide en dos el primero y en otros dos el segundo, permaneciendo sin división el tercero. Las subdivisiones pueden limitarse á determinadas asignaturas, como la lectura y la aritmética, por ejemplo, pero conservando siempre el carácter general y condiciones del grupo respectivo.
vo en cuanto al método y forma de la enseñanza, circunstancia en que esta clasificación se diferencia de la adoptada conforme al sistema simultáneo.

La división inferior viene á ser la propia del maestro, la que le ofrecen mayores empeños y la más difícil de organizar. En la que cuenta mayor número de niños, porque las familias los envían puestos á la escuela, no tanto para que se les instruya como para desembarazarse de ellos y liberarse de cuidados e importunidades. Son los más indisciplinados, y, sin embargo, necesitan ciertas contemplaciones y ser constantemente dirigidos, sin que haya medio de encomendarlos ningún trabajo personal. Por otra parte, á pesar de todos los cálculos, la mención graduación de los estudios y los diversos ejercicios que han de practicar, hacen casi imposible que puedan aprovechar una misma lección todos los que compone el grupo inferior. De aquí la necesidad de subdivisión, á menos de establecer una clase preparatoria que participe de la escuela de párvulos en cuanto á la manera de dar la enseñanza, y de la elevación respecto á los rasgos de estudio. Subdividido el grupo, es indispensable recurrir á los instructores, pues que por eso se abandono á estos exclusivamente la enseñanza, como suele hacerse; antes por el contrario, debe el maestro dedicar especial atención á los niños menores, haciéndoles adquirir todo lo posible, para que pasen pronto al grupo inmediato superior, y sean más desembarazada la marcha de la escuela. En el segundo y tercero, conviene suscribir las subdivisiones, á no ser que el número de alumnos los haga absolutamente necessearias. En este último caso, á fin de suplir la falta de tiempo para recompensar todos ellos, pueden darse lecciones comunes á dos ó más reunidos, aunque en la preparación y el estudio se hallen separados.
Varias asignaturas se presentan a lecciones comunes a dos ó más escuelas y aun á dos grupos. Para los discípulos de las inferiores, la lección es nueva, y para los otros un repaso útil, como ya se ha indicado antes. Lección que el maestro puede hacer interesan- te por medio de explicaciones y oportunas preguntas dirigidas á unos y otros. Siguiendo la mayor o menor dificultad. La experiencia demuestra que los niños suelen olvidar lo aprendido cuando no lo repiten y profundizan, que es el medio de fijarlo en la memoria, y á esto debe atribuirse que los que se han leído y escrito, el poco tiempo de hacer salir de ella no recuerdan lo que han aprendido á suponen haber aprendido, y muchos olvidan hasta el leer y escribir. Estas lecciones son provechosas, porque el discípulo aprende más con la lección del maestro que con el estudio individual, sobre todo en los principios, y porque influyen en la disciplina, pues que el maestro vigila mejor á los niños bajo su acción inmediata que á los ocupados en trabajos individuales, en los que suelen perder el tiempo cuando no promueven ni mérito ni continuidad.

En la formación de secciones, es lo común proceder en cada asignatura independientemente de las demás, y así variá el número de secciones en las diferentes asignaturas. Así es que el citado que en una de ellas pertenecía á la primera, puede pertenecer en otras á la segunda ó la tercera, según las mayores ó menores disposiciones para unos ó otros estudios. En la actualidad, los hombres más competentes en la materia consideran varios este procedimiento. Suponen que esto produce desarrollos sutiles y fa- vorice el desenvol, en cambio de ventajas muy discuti- ceables. Sobre todo, porque los discípulos de cada grupo deben sujetarse en todas las secciones al mismo rígi- men y procedimientos de educación y enseñanza.
VII.

Graduación de la enseñanza.

Las leyes de todos los pueblos, así como la iniciativa particular, dividen la enseñanza en grados, según las necesidades que se inten ta satisfacer; grados que se distinguen entre sí por el carácter especial debido a la extensión y profundidad de los estudios que suponen, y así a la manera de practicarlos.

En todos los grados, para que la enseñanza sea fructífera, es condición indispensable seguir el orden lógico en el conjunto de asignaturas que obran y en cada una de ellas en particular, porque el conjunto forma una especie de organismo de ideas y conocimientos y cada parte forma una unidad natural y necesaria, otra especie de organismo, en que se ensayan también las ideas y conocimientos, de manera que los unos sirven de preparación y de base a los que siguen inmediatamente los otros. A su vez, han de servir también de preparación a un nuevo progreso. Cuando se falta a ese orden; cuando se procede de algunos de los elementos elementales, se rompe el ensamblamiento, no es posible seguir el estudio con provecho, ya la enseñanza se convierte en un mecanismo, porque lo que no es lógico es siempre mecánico. Cuando no se ejecutan todas las operaciones fundamentales que suponen cada rama de estudios, la enseñanza es incompeta.

Y no basta repetir en la mayoría unos conocimientos para pasar a los que siguen; es preciso que...
se les apropió el espíritu, porque de otro modo se aprendía a repetirlos, no a comprenderlos; así daba cuenta de ellos, y por consiguiente, se contribuyó a la cultura intelectual y moral. Para eso es preciso proceder con detenimiento y reflexión; no apresurar la marcha de los estudios para hacer prodigios, que desembarazan un momento, sin más provecho que el de satisfacer la vanidad de las familias, de los alumnos y de los profesores. Es fácil prepararse en pocos días para un examen y obtener en el buen examen, pero pidiendo los ejercicios, el examinado queda ignorando como antes, porque no ha hecho más que repetir lo que sin comprenderlo, y por tanto, sin síntoma, ha enconcentrado a lo memorado.

Gira de las estudios condición de la enseñanza en la de acomodarla a las aptitudes y preparación de los discípulos, condición sin la que no es posible la enseñanza en primera enseñanza, por la diversidad de edades, de capacidad, de desarrollo intelectual y de instrucción de los discípulos. De aquí la división de esta enseñanza en elemental y superior, y la graduación de la misma en cada una de estas divisiones, especialmente en la elemental.

La primera división de la enseñanza en la escolar elemental es en tres períodos o grados principales, que es el esquema hoy dominante, recomendado de antiguo entre nosotros (1), grados que corresponden a los tres grupos en que se clasifican los discípulos. En los países más adelantados, cada uno de estos grados tiene una clase aparte, una escuela con su maestro especial, que instruye simultáneamente a todos los discípulos; o subdividiendo la clase en secciones, ya que cada subdivisión no forme bue-

(1) Véase el Reglamento de escuelas ya citado y las obras de los señores Avenido y Carballo.
bien clase, aparte a cargo de otro maestro, como sucede cuando la concurrencia es muy numerosa; de existir que hay escuelas divididas en ocho y más clases interestables, y algunas en otras tantas paralelas, cada una con su maestro, en local aparto, como las clases de los institutos y universidades.

Estos establecimientos tienen un maestro principal o jefe, como el rector de la Universidad, y el director en el Instituto; maestro que disfruta un mayor poder y más encomiendos que los demás, los cuales vienen á ser subordinados y auxiliares suyos y de quien reciben instrucciones. Esta organización que se trata de llevar hasta las escuelas de los pueblos, responde á las necesidades de la enseñanza y á la economía de los fondos públicos; pero la desigualdad de categoría y de encomiendos de los maestros ha producido ya desavenencias, y á fin de evitarlas, en uno de los cantones suizos se considera cada clase como una escuela independiente, ya que se hallan todas las clases de una escuela en un mismo edificio ó en otros distintos, igualando á los maestros en sueldo y categoría.

Los tres periodos en que se dividen las enseñanzas se denominan ordinariamente, primer grado ó primer curso, el segundo y tercer, ó curso en Turgi, por consideraciones pedagógicas; 1.º Período de iniciación, enseñanza preparatoria y formal; 2.º de adquisición de conocimientos usuales, enseñanza real, 3.º de instrucción práctica y de repetición, enseñanza principalmente práctica. De este modo se expresa el concepto pedagógico de cada uno de los grados de la enseñanza. En el primero, en que se inicia á los niños en el estudio, no hay necesidad de que sean rígurosos en todo el encausamiento de los elementos de cada asignatura, se trata de que se adquieran multitud de ideas.
como base de fundamento de los estudios que han de seguir después, al propio tiempo que da la cultura y desarrollo de la inteligencia. En el segundo hay que desarrollar por lo menos los elementos más esenciales de cada asignatura, dándoles la extensión posible, por cuanto los discípulos deben abandonar la escuela antes de llegar al tercer curso, presintiendo ya de las formas que pondrían desarrollarse infantiles o que se emplean con los discípulos del primer curso. En el superior se completa la ensenanza de cada programa, fijándose principalmente en los puntos en que los niños se encuentran más difíciles. A falta de medios para dar una enseñanza completa y fundamental, por suerte que esa, si se procede coordinando en el espíritu de los niños los conocimientos adquiridos, si se hace comprender la utilidad y aplicaciones de los mismos y se da plena afición al estudio, no dejará de ser provechosa.

En verdad la enseñanza de las escuelas elementales en tres períodos, se debe desde el principio cada uno de ellos, determinando la secuencia de lecciones o formando el programa de las materias que se tratan. La importancia y la necesidad de que el maestro se traiga la marcha que ha de seguir, señalando puntos de reposo o de descanso para saber a qué atenerse en cada momento en su compleja tarea, no pueden demostrarse, porque está al alcance de todos. Los trabajos hechos con este objeto han llegado hasta el punto de señalar día por día las lecciones y ejercicios que los medios de práctica. Para las escuelas del departamento del Bona, se fija oficialmente el tema de las lecciones de cada mes. Además de la tendencia a establecer cursos de estudios que deben seguirse en un tiempo determinado, se señalan de lo que se precisa en establecimientos de enseñanza superior. Seguirá un proyecto que cuenta...
mas de treinta años de fechas, en una escuela cuya enseñanza se limitaba a las asignaturas fundamentales, los estudios de cada una de las tres divisiones generales debían durar un año, y los alumnos que el cuyo de ese tiempo no se hallaban en aptitud de pasarse a otra división, estaban obligados a repetir el curso desde el principio. Con variantes accidentales, esta es la tendencia que demostrar actualmente, agri- riendo a una uniformidad imposible por la falta de puntuación, en la consistencia de los alumnos y de otras mal causas, y de muy dudosos resultados.

El programa oficial del departamento del Sen, circunscrito en 26 de Julio de 1872, es de notable exten- so, para reproducirlo aquí íntegro, pero podrá formarse juicio por el relativo al de la lengua patria, que es como sigue:

«Consejo instruccional.—El maestro recita la lección antes de encaminar el estudio a los discípulos.

La lección se expone en el encendido, fundada en ejemplos elegidos por el maestro. Las definiciones y las reglas se deducen de la explicación de estos ejemplos.

Los ejercicios de aplicación comprenden palabras que representen actos ó cosas conocidas por el niño, después frases cortas sobre nociones nuevas. Estas palabras ó frases las escriben los niños en sus cuadernos, mientras que una de ellos ó el maestro mismo las escribe en el encendido.

De los ejercicios de conjugación, el verbo deberá formar parte, en cuanto sea posible, de una frase sencilla y corta.

El maestro aprestará las ejercicios de aplicación para corregir las expresiones y gritos incorrectos usados por los niños en sus diarias conversaciones.

Los ejercicios de la lengua contenidos en el mapa de Rincón.
Búsqueda de vocales y consonantes. — Números y palabras.


Mapeo: Verbo. Ejemplos; conjugación de verbos auxiliares. Ejercicios de aplicación sobre el nombre y el adjetivo.

Juncio: Conjugación de verbos auxiliares. Ejercicios de aplicación e invención sobre el nombre, el adjetivo y el verbo.

Juda: Ejercicios de conjugación (verbos regulares). Ejercicios de aplicación y de invención sobre el nombre, el adjetivo y el verbo.

Agua: Ejercicios de conjugación (verbos regulares). Ejercicios de aplicación y de invención sobre el nombre, el adjetivo y el verbo.

Gusano: RECORDARÁ EL MAESTRO QUE LA enseñanza del francés tiene por objeto, no sólo el estudio de la lengua, sino también la cultura de la inteligencia y el desarrollo del sentido moral. Todos los ejemplos se explicarán bajo este triple punto de vista.

Lo primero es exponer en el enunciado el objeto de la lección.

El maestro parte siempre de ejemplos para llevar a los niños a que deduzcan de ellos las definiciones y las reglas.

Las composiciones serán cortas y se escribirán cuidadosamente.

Los dictados cortos también se tomarán de los autores clásicos, o se referirán a cuentos históricos.
cas, geográficas, agrícolas, comerciales, de interés en la localidad.

Habrá ejercicios de redacción todo el año. Semblantes y graduados, tendrán por objeto, en un principio, la composición de frases cortas sobre asuntos conocidos o el niño, descripciones de cosas usuales; comprenderán después narraciones de razgos históricos, dar cuenta de lo leído, cantos familiares, etc.

Octubre.—Las diez partes de la oración; palabras variables y palabras invariables.—El nombre.—Excusiones a la regla general de la formación del plural.—Nombres comunes y nombres propios.—Arte de redacción.—Ejercicios de aplicación y de invención sobre el nombre y el artículo.

Noviembre.—El adjetivo.—Principales excepciones de la regla general para formación del femenino y del plural.—Diferentes especies de adjetivos.—Reglas de concordancia.—Ejercicios de aplicación y de invención.

Diciembre.—El pronombre.—Diferentes especies de pronombres.—Reglas de concordancia.—Ejercicios de aplicación y de invención sobre el nombre, el adjetivo y el pronombre.

Enero.—Verbo.—Observaciones sobre la concordancia del verbo.—Sujetos y complementos.—Modos, tiempos, números y personas.—Ejercicios de aplicación y de invención.

Febrero.—Conjugación.—Radical y terminación.—Diferentes especies de verbos.—Ejercicios de aplicación.

Marzo.—Formación de los tiempos.—Verbos regulares y verbos irregulares.—Ejercicios de aplicación y de conjugación.

Abril.—Participio.—Participio presente y adjetivo verbal.—Participio pasado; reglas generales de concordancia.
Mayo.—Adyuvio, proposición, conjugación & interjección.
  Ejemplos: definición.—De la función de cada una de estas palabras en el discurso.—Ejercicios de apli-
  carlos.
Junio.—Ideas de la proposición.—Signos de pun-
  tación.—Dictados de aplicación.
Julio.—Apuntes.—Revisar general.
Agosto.—Apliación revisada de las formas
  de la Gramática.—Dictado de textos clásicos y repaso
de las reglas sobre estos dictados.—Indicación del
  sentido propio y del sentido derivado de las pa-
labras.
Setiembre.—Sanailla de redacción.—Descripción de una
palabra o una palabra en una palabra del discurso.
ociosa; verbo y atributo.—Complemento.—
Proposición principal, proposición simple, proposición
incidental.—Franc. (Adverbos & los princi- pales fundamentales del análisis lógico).—Puntuación.
Octubre.—Concordancia.—Diplogar.—Nombre.
Estudio de las principales dificultades que presenta
género y el número de ciertos nombres.—Rural
los nombres propios, de los nombres tomados de
lenguas extranjeras y de los nombres compuestos.—
Artículo.—Razones y expresión del artículo.
Noviembre.—Adjetivo.—Función, lugar y compo-
miento de los adjetivos.—Concordancia de los adjeti-
vos.—De los adjetivos de diminutivos.—Uso y con-
cordancia de los adjetivos personales, posesivos & in-
definidos: veinte, cuarenta, mismo, todo, etc.—Re-
paso de las materias del trimestre.
Diciembre.—Pronombre.—Uso de los pronombres en
general.—Principales observaciones acerca de la cons-
trucción de la concordancia de los pronombres perso-
nales, demostrativos, pronombres, conjuntivos e intercalados. — Verde.—Concordancia del verbo con el sujeto: principales excepciones de la regla general. — Complementos de los verbos. — Empleo de los auxiliares.

Fórmulas. — Modos y tiempos. — Concordancia de los tiempos del subjuntivo con los del indicativo y del condicional.

Marcos.—Participios. — Particípio presente y adjetivo verbal. — Reglas generales y observaciones particulares acerca de la concordancia del participio pasado.

Abrev.—Repaso de las materias del trimestre precedente. — Palabras averiguadas. — Principales observaciones sobre el uso de las palabras invariables.

Mapa.—Noticias de elocución usual y estudio de los elementos que constituyen la significación de las palabras, raíces y radicales, iniciales o prefijos, diminutivos o terminaciones. — Derivados y compuestos; familias de palabras.

Jueves.—Ejercicio sobre la propiedad de las palabras sinónimos.

Julio. Agosto.—Repaso general.

Noviembre. — Durante todo el año se verifican ejercicios de análisis lógico y gramatical, así como de dictado y de redacción.

VIII.

Horas de escuela.

En todas las escuelas, por regla general, las lecciones y ejercicios de la escuela duran seis horas diarias; es decir, de mañana y tarde, lo que en la actualidad se considera como tarea escuela a inci-
esencia para el niño, es insuperable para el maestro
de las escuelas de gran concurrencia.

Cuando en la primera edad se obliga a los niños
por espacio de seis horas el día a quedar atados y
a un rigoroso absoluto en todos sus actos y solici-
tudes, ejercitando por demasiado tiempo su inteligencia,
se amortigua la vivacidad de las facultades; se
hace desagradable el estudio y se adquiere aversión
a la escuela. Si esta trabajo sostenía nuestra aten-
ción en las conferencias más interesantes cuando se
prolongan demasiado, con doble razón debe favo-
derse la de los niños ocupados por largas horas en
el estudio, a pesar de la variedad de enseñanzas y
de algunos instantes de descanso y recreo. Si en los
grupos ó secciones superiores se advierte cierta des-
piedad y falta de energía en los discípulos, se atribui-
va al inmoderado trabajo a que se les sujeta desde su
entrada, ó en las secciones inferiores. El mal se
agrega con el afán de sobrecargar los programas,
como el niño debiera y pudiera aprenderlo todo
en la menor edad, olvidando que la tensión del espí-
ritu más allá de racionales limites es tan perjudi-
cial al desarrollo físico, como al de la inteligencia.
Los niños, además, en las escuelas numerosas sobre
todo, entregados a sí mismos ó al cuidado de sus
compañeros, durante la preparación de las lecciones,
ó mientras ejecutan los trabajos personales que se
les imponen, pierden lastimosamente gran parte del
tiempo, y lo que es peor, se habitan á la inocencia
y el desorden.

El maestro, en medio de gran número de discípul-
os de diferentes aptitudes, tropiesa con dificultades
sin cuento para seguir una marcha bien graduada
en la enseñanza de cada ramo de estudios, en cada
una de los grupos ó secciones, atendiendo al propio
tiempo que se entiende directa ó inmediatamente
con los unos, a la vigilancia activa y constante de los demás. Instar a los que no tienen gusto en aprender y obligar al orden, y al silencio, y al estudio, a los revoltosos e inseducibles, todo a un mismo tiempo, en una obra que rebasa las fuerzas, que hace perder la energía, la serenidad, la dulzura, la paciencia y todas las cualidades del espíritu, y del corazón, indispensables en el ejercicio del magisterio, y en último término, los resultados de la enseñanza no corresponden ni pueden corresponder a las penalidades del maestro.

De aquí el pensamiento, realizado en parte, y que conduce a realizarlo gradualmente en algunos países, de limitar el número de niños encuadrados a un solo maestro, necesidad que se impone de una manera absoluta, porque a nadie puede exigirse más trabajo que los encuadrados a sus fuerzas, y donde los recursos no permiten tener los maestros necesarios para esta limitación, el de disminuir la hora de clase. La reforma en este sentido preocupa a los hombres que se ocupan en la organización y el servicio de la enseñanza.

La pedagogía y la higiene están de acuerdo en cuanto a la conveniencia de disminuir las horas de trabajo, por las nocivas y otras razones. Suponen que en menos tiempo de estudio que el ahora empleado, los niños concentrarán mejor la atención en lo que se les enseña. En esta perspectiva, se han adoptado como ensayo en algunas escuelas procedimientos como los siguientes y otros análogos:

Cuatro horas de clase por mañana y dos por la tarde. Las dos primeras de la mañana se dedican a los discípulos más adelantados, y las dos restantes a los demás. Al contrario, los dos de la tarde a toda la escuela, en lecciones comunes o colectivas, que versan sobre el canto, dibujo, escritura, lectura, etc.
Con tres horas de clase por la mañana y tres por la tarde, se admite a los menores una hora después que a los demás, o se les deja salir una hora antes de terminar la clase.

Destinar dos horas de clase a cada uno de los tres grupos en que se distri-  buyen los alumnos, de modo que para el maestro las lecciones son tres diarias con ligeros intervalos entre una y otra, y para cada gru- po una sola, sistema ensayado en Alemania, sin més

Seguir en dos clases los discípulos, en una las más adelantados y en otra los menos, y destinar a los primero la lección de la mañana y a las otras la de la tarde, como el fueron dos escuelas distintas de una sola sección diaria cada una.

Dividir el trabajo en algunas de las formas indica- das a otros estudios, el profesor, sin disminuir el tiempo de sus tareas, las haría más fáciles y des- apreciables; libre en gran parte de los cuidados que exige la disciplina general en una escuela número- sa, podría ocuparse con más tranquilidad en la enseñanza, tener mejor a su audición, menos que rela- ciones directas con sus alumnos y asociadas con lecciones a las necesidades de los mismos.

En el gran modelo de Baden, la separación de los discípulos de las escuelas en dos clases, de las que una asiste por la mañana a las lecciones y otra por la tarde, es un hecho. Según el Reglamento, la es- cuela es obligatoria desde que el niño cuenta seis años de edad hasta los catorce cumplidos, y los disci- pulos forman dos clases distintas por edades, en una los de seis a ocho años y en otra los demás, que es lo común, y pueden distribuirse de otro modo, según las necesidades. La escuela se divide en una clase a la mañana y otra a la de la tarde, en verdica aunque las escuelas tengan más de un maestro.
Las escuelas de la mitad del tiempo de que se hace mención al tratar de los trabajos manuales, establecidas en Inglaterra y adoptadas en otros países, aunque fundadas con distintos objetivos, demuestran que en una sesión de tres o cuatro horas, los discípulos adquieren las nociones elementales que forman el programa de primal enseñanza casi, dilemos, los inspectores, de la misma solicitud que los que asisten a dos sesiones diarias de tres horas cada una. Aparte de las razones más ó menos fundadas, tanto para la disminución de las horas del trabajo intelectual de los niños, como del trabajo mecánico, las circunstancias la impiden a veces necesariamente, en este sentido conviene examinar y hacer presente las indicaciones hechas, no para adoptar a ciegas lo que se practica en otros países con ventajas reales y positivas, como verdadero progreso, pues establecido en distintas condiciones no puede producir idénticos resultados, y menos sea inaplicable.

En nuestra escuelas apenas asisten los niños el tiempo necesario para que puedan distinguirse y aplicar las disposiciones y aptitudes de cada uno de ellos. Los padres pretenden que pasen rápidamente, al galope, por decirlo así, dándose por satisfechos con una intención superficial é incompleta, paseándolos por todos los letreros de segundas enseñanzas ó al aprendizaje de los oficios á que les destinan, ó para que les auxilien en otras tareas. En otros países, los niños que asisten a las escuelas muchos años insinúan con belleza y paso firme en sus estudios, á medida que se desarrolla la inteligencia. De este modo cabe aplicar el programa de enseñanzas y dividir el tiempo entre los trabajos intelectuales y manuales.

Escuelas colocadas en tan distintas circunstancias no pueden someterse á una misma organización y...
régimen. Lo que en unas será una mejora positiva, puede ser en otras un obstáculo, un motivo para anteponer lo útil a lo necesario y desnaturalizar la institución. La disminución de las horas de clase, no podemos adoptarla nosotros como en otras partes, pero en determinados casos es de todo punto indispensable. Cuando los discípulos exceden del número que alcanza a dirigir el maestro, cuando exceden del que constituyen las dimensiones o capacidad del local, cuando faltan bancos y mesas y objetos de enseñanza para todos, no hay disciplina ni enseñanzas posibles; la mayorís, por lo menos, pierden completamente el tiempo. En tales circunstancias, es seguro que asistiendo la mitad a la clase de la mañana y la otra mitad a la de la tarde, harían mayores progresos en tres horas diurnas, que en seis asistiendo todos juntos, y se facilitaría considerablemente la acción del maestro. La higiene no ganaría menos que la pedagogía con esta división de clases, pues sabido es que acostumbrados los niños en locales insuficientes, respiran aire viciado que perjudica a la salud y amortiguan las facultades de la inteligencia, efectos que sufre igualmente el profesor. La separación de los niños, según su instrucción, en dos clases, cada una a cargo de un maestro, no sería una novedad. Muchos recordarán las antiguas escuelas de menores y mayores, o de leer y escribir, cuyos establecimientos, modificando la elevada distribución que se hacía de las enseñanzas, sería una excelente disposición. Pero en tanto que los recambios disponibles no permiten sostener dos maestros, no hay posibilidad de atender a las enseñanzas en los casos antes indicados, sino asistiendo la mitad de los alumnos a la clase de la mañana y la otra mitad a la de la tarde. Para las familias que sólo envían sus hijos a la escuela con el fin de desembarazarse de ellos
gran parte del día, no sería de su agrado; para lo que utilizara el trabajo de sus hijos en ocupaciones menores, sería un bien y acaso un estímulo para sus hijos por más años a la escuela, puesto que la asistencia a la misma no les impide auxiliar a los padres. El arreglo de las horas de clase, en armonía con las necesidades de las familias, de seguro llevaría más niños a las escuelas que todas las prescripciones de la enseñanza obligatoria.

Admitiendo a los niños menores una hora y media después de principio de clase, tanto por la mañana como por la tarde, podría ocuparse el maestro desenfrenadamente en la instrucción de los más adelantados, y después, con la cooperación de éstos, dedicarse a las lecciones de los menores, con provecho de todos.

Las circunstancias excepcionales de muchas de nuestras escuelas, ya por el excesivo número de alumnos, ya por las condiciones de los locales y escasos, obligan a los profesores a recurrir a medios extraordinarios para dirigirlas, y entre otras puede adoptarse la reducción de las horas de clase en los términos antes indicados, si en la forma que les sugiera su inteligencia y celo, según las necesidades.

Aunque las horas de escuela deben ser tres por la mañana y tres por la tarde, según las disposiciones vigentes, ante la petición motivada del maestro, la autoridad no podrá menos de autorizar las modificaciones que redunden en bien de la educación y de la enseñanza.
División del tiempo y el trabajo en las escuelas.

Saber regular el tiempo de modo que se dedique a cada cosa el que le haga falta, sin perjuicio de las demás ocupaciones, es en la vida de incalculable importancia, tanto para facilitar el trabajo como para hacerlo productivo. En la escuela, que vive del orden y la regla, es de absoluta necesidad, porque el tiempo, corto y preciso, necesita utilizarse sin perder un instante, combinando con los movimientos y ejercicios materiales los ejercicios de la inteligencia, con severa precisión, sólo una regla fija, proveyendo a la ventura, según el capricho del maestro, es inevitable la confusión y la anarquía, y se hace imposible el progreso de los discípulos.

La regla para los movimientos y ejercicios consiste en el plan de estudios, trazado de modo que a cada grupo y a cada enseñanza se destine el tiempo que le haga falta y señale el orden en que deben sucederse los ejercicios, alternando el trabajo con el descanso y la quietud con el movimiento. Esta es la base de la organización de las escuelas, base de que depende la acción efectiva del maestro y los adelantos de los discípulos.

El problema es uno de los más complejos y discutidos, por cuya solución se distinguen los maestros entendidos y conocedores. Es de tal importancia, que en algunos países se dispone oficialmente la distribución del tiempo, ya como regla fija, ya como modelo en el que, respetando los fundamentos esenciales, puedan introducirse las modificacio-
ciones que exijan las circunstancias particulares de la escuela y de la localidad, así como la manera de ver del maestro.

Sostenemos algunos que el empleo del tiempo debe ser uno mismo para todos los días de la semana y para todas las semanas del año, para habitar próximamente los niños a hacer siempre las mismas cosas a las mismas horas, porque así conviene al orden y a la disciplina y a la regularidad, y porque así el maestro no tiene que reflexionar en cada momento sobre asunto tan complicado y laborioso.

Convientó, añadimos, que el plan sea aplicable en todas las escuelas, de niños y de niñas, en las de ambos sexos, en las de pocos como en las de muchos alumnos, en aquellas en que el profesor cuenta con maestros ayudantes, como en las que se va de los niños para que le auxilien en sus tareas, y lo mismo en las ciudades que en las aldeas.

Aunque esta opinión cuente con el apoyo de varios maestros consultados al efecto, pocas indudablemente de exagerada, y por tanto de inconveniente. Tal rigorismo que pudiera decirse militar, aun prescindiendo de las diversas circunstancias de cada escuela, añoraría toda iniciativa y todo progreso, obligando al maestro a trabajar día por día y hora por hora, según una pauta dada, haciéndolo instrumento material, mero ejecutor de lo que debía ser obra de su inteligencia, de que provendría necesariamente la perfección y la renta.

Los modelos de distribución del tiempo son útiles para todos y necesarios para los principiantes. Pero estos modelos, que deben inspirarse en la práctica diaria de las escuelas, deben dejar al maestro cierta libertad para acomodarlas a las especiales circunstancias en que se encuentre. Aparte de las bases fundamentales, en esto como en todo, en primera enseñan-
en, los medios de aplicación, los detalles, varían según los tiempos y lugares.

El maestro trazan su plan de estudios sin ser muy minutioso, pero una vez trazado, lo observa estrictamente, dando así ejemplo de regularidad en el trabajo a sus discípulos. Según queda dicho y repetido, lo que debe proponerse como objeto final, es el tener ocupados constante y diligentemente a todos los discípulos, la alternativa del trabajo intelectual con las mismas actividades que contribuyan necesariamente al desarrollo de todas las facultades, y de a que los ejercicios que exigen el trabajo y el estudio a todos los discípulos.

Ante todo debe calcularse el tiempo necesario a cada asignatura. Los comprendidos en el programa de las escuelas, son los que se proponen para su diseño, en cuyo caso se hallan la lectura, la escritura, y los primeros rudimentos de la aritmética, las cuales formaban el programa de las escuelas antiguas, y en muchos constiuyen el fondo de las enseñanzas.

En los planes de escuelas de una sola clase de distintos países se observan notables diferencias en este punto. En Bélgica, por ejemplo, se dedican tres lecciones semanales en cada grupo a la lectura y a la escritura; en Francia son 8 a 10, en Alemania 20, 15, y 16, según los grupos; en Bélgica 2, 3 y 5; en Bélgica 6, 4 y 4. En Austria las lecciones de aritmética son 4 a la semana y en Munich 5. Por
puntapapel, las lecciones de geografía y lo mismo las de historia son dos semanas en los grupos segundo y tercero, y otras dos de nociones de ciencias naturales.

Los mismos reglamentos de que están tocados los datos anteriores señalan el total de horas de lección a la semana, o la suma de las destinadas a cada asignatura en las lecciones de una sola clase de un solo maestro. En Austria son 22 en Berlín 25 en invierno y 18 en verano; en Prusia 20 en el primer grupo y 30 en cada uno de los otros dos; en Berlín, 28 en el primer grupo y 32 en el 1.º y 2.º durante el invierno, y 20 en los tres grupos durante el verano; en Francia de 30 a 33. Estos datos no pueden servir de norma, porque responden a diversas circunstancias pero el consejado en los reglamentos demuestra que es de interés y merece estudiarlo.

En nuestras escuelas la lectura y la escritura es lo que en el primer grupo requieren más repetidos ejercicios, los cuales distingúen más con lo que se debe y hay necesidad de diérandola a otras enseñanzas. Así se satisfacen los deseos de los padres, a la vez que los discípulos poseen más pronto los elementos necesarios para otros estudios. De lo lector, aparte de su grande importancia para desarrollar la inteligencia, formar el juicio y desenvolver nobles sentimientos, el maestro saca gran partido, así como de la escritura para ejercicios individuales, le que permita tener ocupado a unos niños mientras la lección de los demás.

El estudio de la lengua, que exige también repetidos ejercicios, como estos se ejecutan a propósito de otras enseñanzas, las lecciones y modalidades de gramática puede ser en corto número. Más tiempo exigiría aritmética, hasta que se forma idea clara del número y de las operaciones fundamentales.

Conviene que en cada día hubiera lección de
todas las asignaturas del programa, para no interrumpir el encajonamiento de las ideas por largos intervalos; porque las impresiones recibidas en un día se borrarán con facilidad si se deja pasar algún tiempo sin recordarlas y ampliarlas. El programa, sin embargo, es demasiado extenso, y esto obligará a abreviar las lecciones en términos de hacerlas completamente infructuosas, por no desarrollarse lo suficiente el asunto.

La duración de las lecciones de cada asignatura se determina por las dificultades y los esfuerzos que exige un estudio, las disposiciones de los niños y la necesidad de variar los ejercicios, tanto en interés de la educación física como de la intelectual, es decir, para evitar la fatiga del cuerpo y la del espíritu. Los niños de corta edad no pueden sostener un atención por tan largo tiempo como los más adelantados. En las actuales escuelas de los y escribir se hace sufrir a los principiantes un verdadero tormento obligándolos a permanecer horas y horas con el allabario en la mano, y aun los mayores permanecían también mucho más tiempo del que podría exigirse en una misma actividad del cuerpo y una misma aplicación del espíritu. Para salvar este gruísmo inconveniente, para atender a las asignaturas con que ha venido enrriqueciéndose el programa y a la desigualdad y subdivisión del mismo, se visó a parar al extremo opuesto, a reducir el tiempo de las lecciones a la más mínima expresión, a restituir aprendizada de memoria, a dar una enseñanza puramente dogmática, estar en un todo en primera enseñanza. Una lección no debe durar menos de quince a veinte minutos, y según los estudios y clase de los discípulos, podrá ser de medio hora y más, sin que pase ni menos de tres cuartos de hora. Fuera de estos límites no puede ser provechosa.
De no menos interés que lo anteriormente expresado es la sucesión de los ejercicios. Recomiendase dividir la sección de clase de la mañana, y de igual manera la de la tarde, en dos partes, con un intermedio de diez o quince minutos, como descanso y para renovar el aire de la escuela. Dándo las condiciones del edificio lo consistente, la medida es indudablemente de utilidad. Dando no sea posible, se suple en parte con los movimientos, marchas y cánticos al pasar de unos ejercicios a otros, práctica seguida en nuestras escuelas.

Para de terminar la sucesión de lecciones y ejercicios debe tenerse en cuenta que unos causan más fatiga y requieren mayor tensión del espíritu que otros; que algunos exigen reposo absoluto del cuerpo, los cuales pueden alternar con los que, dejando cierta libertad en los miembros, son más cómodos para el niño que unos ponen con preferencia en juego determinadas facultades, y otros, facultades distintas. De aquí la necesidad de la alternativa del reposo y movimiento, de que a las enseñanzas que exigen mayor esfuerzo intelectual sigan otras más fáciles, y que las primeras se estudien cuando la atención de los niños se halla más despierta o menos fatigada.

Para las lecciones de lengua materna y el cálculo, que en los principios obligan a detenida reflexión, deben aprovecharse las primeras horas de la escuela y alternar con la lectura y la escritura, que si no dejan de ocupar la inteligencia, no en igual intensidad.

Por último, la enseñanza directa del maestro a los discípulos de todas las divisiones ofrece grandes dificultades en escuelas numerosas, y sin embargo, es una necesidad.

Cuando el maestro cuenta con un profesor auxiliar, la tarea es fácil, dividiendo el trabajo entre
ambos, porque los dos son profesores. Cuando el maestro es el único encargado de la escuela, tiene que valerse de niños instructores; pero esto no le excusa de que su voz deje de oírse directa y particularmente en todas las secciones, y le impone además la obligación de dar cotidianamente lecciones especiales a instructores e inspectores. A falta de tiempo para recorrer todas las secciones, puede dirigirse a dos ó más, ó a todo un grupo á la vez, por medio de lecciones comunes, como se ha dicho antes, lecciones que desde hace algún tiempo se recomiendan por instruidos profesores, aunque que nunca formaba parte aparte.

X.

Planos de estudios.

La conveniencia de un plan oficial de estudios y de distribución y empleo del tiempo, dejando al maestro libertad bastante para acostumbrarlo en el desarrollo á las circunstancias de su escuela, cuenta en la actualidad muchos partidarios, y es la regla seguida en diferentes naciones. La pretensión de que debe ser uniforme y rigurosamente observado en todas las escuelas ha dado motivo á maliciosos y burlescos comentarios, como el de que sería más completo señalando las horas de toser y estornudar de los discípulos, para que el Ministro pudiera decir: «En este momento hace estornudar todos los niños de la nación.»

Lo que no admite réplica es que todas las escuelas necesitan un plan de estudios arreglado á las circunstancias. El Plan y Reglamento general de las escuelas de
primeras letras de 1885, sin entrar en detalles, determina el orden de la enseñanza de las diversas asignaturas del programa en cada sesión, tanto por la mañana como por la tarde. El Reglamento vigente de 1889 deja libertad completa al maestro en este punto, si bien supone la necesidad de un plan, recomendado además por varias disposiciones posteriores.

Conforme a las lecciones del Sr. Montañoa en la Escuela Normal central y a la práctica de los países extranjeros, las primeras publicaciones sobre la materia formulan los cuadros de distribución del tiempo y el trabajo, según los diferentes sistemas de enseñanza, unánimemente admitidos. Comprenden las asignaturas de religión y moral, lectura, escritura, aritmética y gramática castellana, que son las que forman el programa, que son hoy son las fundamentales y en muchas escuelas las únicas a que pue- de atender un profesor que no cuenta con maestros auxiliares. Aquellos cuatro señalan a cada una de las asignaturas en los diferentes grupos, una o dos lecciones diarias de 35 minutos conforme al sistema simultáneo, y de igual tiempo aproximadamente con los otros sistemas de enseñanza. Fundado este trabajo, así como el orden y la sucesión de los ejercicios, día por día y hora por hora en buenos principios, las publi- caciones posteriores han adoptado el mismo tipo con variaciones accidentales, introduciendo el estudio de la agricultura, industria y comercio desde que se hizo obligatorio en enseñanza. En todos los pla- nes se señala una lección diaria por lo menos a las asignaturas fundamentales, hasta que en los últi- mos tiempos, admitiendo los trabajos manuales, la gimnástica y otras ramas, lo que por cierto no pasa hasta ahora de un buen deseo, algunos autores se han visto obligados a disminuir las lecciones de las principales asignaturas.
Examinando los tratados de pedagogía españoles, sólo se encuentran dos planes que introducen modificaciones importantes de alguna novedad.

El uno es obra del Sr. Verra (D. Carlos), director que ha sido de escuela normal o inspector de primera enseñanza, de reconocida competencia en estos asuntos, el cual divide la escuela en tres secciones o grupos, subdividiendo en dos el segundo.

Otras de las innovaciones es debida al ilustre maestro de Barcelona, D. Agustín Rius, el cual se propone dividir la escuela en clases separadas.

Los planes de estudios, como queda dicho, son y han de ser necesariamente variados por las diferentes circunstancias de las escuelas, aun en los países en que deben sujetarse a modelos oficiales. Varios, en efecto, de país a país, de pueblo a pueblo, y aun de escuela a escuela de una misma localidad; de suerte que sería en vano buscar una norma o regla fija a invariable a que atenerse. Por eso, después de explicadas las bases fundamentales, completará el estudio una serie de planes variados, curiosos e instructivos para el maestro, porque le aministrarán indicaciones útiles, acaso le enseñen prácticas de aplicación en su propia escuela, y cuando menos darán luz para combinaciones diversas en el asunto que es uno de los primeros y más eficaces factores de la disciplina. Conocidos los planos generalmente adoptados en nuestros escuelas, interesé, pues, formar idea de los seguidos en otros países, para lo que basta exponer algunos de ellos, recogidos la mayor parte en las mismas localidades, donde las más sensibles, que son los que ofrecen mayor novedad, porque al dar cuenta del estado de la primera enseñanza de los países extranjeros, suelen mencionarse íntimamente las escuelas de las grandes poblaciones.

Princiando por las escuelas alemanas, se observa
que en todas ellas los alumnos forman tres grupos ó secciones, que en la mayor parte la división del tiempo es por horas completas, comprendiendo en cada una el trabajo individual, la lección directa del maestro y varios ejercicios, y que suele resumirse á lecciones comunes á dos grupos reunidos al efecto.

Aunque ordinariamente la numeración de las divisiones principal en otros países por la superior, en los pueblos que á continuación se exponen comienza por la inferior, como se practica en nuestras escuelas.

Escola rural ampliada.—Plan de estudios de la división superior de una escuela rural en el Luxemburgo.

Lunes.—De 8 á 9 de la mañana, cálculo; de 9 á 10, lectura en el libro de las cálculos; de 10 á 11, escritura; de 11 á 12, cálculo verbal.

Martes.—En las mismas horas: Historia Sagrada, Historia universal, alemán (dictado), Geografía.

Miércoles.—Historia Sagrada, lengua alemana, cálculo, canto.

Jueves.—Como el lunes, pero la lectura en el Amigo de los Niños.

Viernes.—Lectura bíblica.—Historia universal.—Historia natural.—Geografía.
Sábado.—Historia bíblica.—Lengua alemana.—Cálculo.—Canto.

ESCUELA MIXTA.—Plan de la escuela de una población de 300 habitantes en Wurttemberg, a la que con-
triran 42 alumnos, niños y niñas. Dos divisiones.
Lunes, miércoles y viernes, primera hora. Las di-
visiones 1.ª y 2.ª reunidas, Historia sagrada; después
separadas, la 1.ª, caligrafía y la 2.ª, lectura en la Bi-
bib. Los martes y jueves, la 1.ª y la 2.ª, en lugar de
estas dos últimas enseñanzas, cálculo verbal.
Todos los días, segunda hora. La 1.ª división, do-
ble, y la 2.ª, agricultura y dibujo.
Cuatro días a la semana, tercera hora. Canto, cate-
cismo y libro de confirmación.
Ejercicios, cuarta hora. La 1.ª división, caligrafía, y la
2.ª, escritura en pizarra.
Todos los días, quinta hora. La 1.ª división, lectura;
la 2.ª, caligrafía, y la 1.ª y 2.ª reunidas, canto.
Los miércoles y sábados sólo duran las clases tres
horas.

ESCUELAS DE PARÍS.—Las Regencias, que son
subdivisiones de las provincias, determinan los pla-
exes de estudios y distribución del tiempo de las es-
cuelas de su jurisdicción, dejando al inspector local
la facultad de modificarlo en los detalles con tal de
que no se altere el total de horas y lecciones semana-
les que determina el cuadro. Uno de los dos modelos
publicados en 1873 por la Regencia de Düsseldorf, es
el que sigue:
<table>
<thead>
<tr>
<th>DÍAS</th>
<th>LUNES</th>
<th>MARTES</th>
<th>MÉXICO</th>
<th>JUEVES</th>
<th>VIERNES</th>
<th>SÁBADO</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>4 A 11</td>
<td>Geografía II. III.</td>
<td>Historia II. III.</td>
<td>Hist. Natural II. III.</td>
<td>Geografía II. III.</td>
<td>Historia II. III.</td>
<td>Hist. Natural II. III.</td>
</tr>
<tr>
<td>4 A 12</td>
<td>—</td>
<td>Canto II. III.</td>
<td>Gimnasia II. III.</td>
<td>—</td>
<td>Canto II. III.</td>
<td>Gimnasia II. III.</td>
</tr>
<tr>
<td>3 A 3</td>
<td>III. Dibujo I. II. Alemán</td>
<td>III. Geometría I. II. Alemán</td>
<td>—</td>
<td>III. Dibujo I. II. Alemán</td>
<td>Alemán I. II. III.</td>
<td>—</td>
</tr>
<tr>
<td>3 A 4</td>
<td>Cálculo I. II. III.</td>
<td>Canto I. II. III.</td>
<td>—</td>
<td>Alemán I. II. III.</td>
<td>Cálculo I. II. III.</td>
<td>—</td>
</tr>
</tbody>
</table>

Las cifras romanas expresan las divisiones o grupos.
ESCUELAS DEL GRAN DUQUEDOMO DE BADEN.—Los escolares son obligatorios para los niños de seis a catorce años cumplidos. Divididos en dos clases, de las cuales una se lección por la mañana y la otra por la tarde. Según el plan de una de aquellas escuelas, el estudio puede considerarse dividido en ocho cursos, correspondientes a los ocho años de asistencia. De todos los alumnos se forman tres grupos: el primero comprende los de la edad de seis a ocho años, ambos inclusive; el segundo de los de nueve, diez y once años, y el tercero los de doce años. Los de los dos últimos grupos asisten a la escuela las tres primeras horas de la mañana. Los del primer grupo asisten los miércoles y sábados a la tercera y cuarta hora de la mañana, y todos los días a la clase de la tarde, que dura tres horas.

Las clases de la mañana principian a las seis de las siete en verano, y a las ocho en invierno.

El cuadro siguiente expresa con claridad la distribución del tiempo y el trabajo. Las cifras árabes indican el año escolar de los alumnos que corresponde a la edad, como queda dicho; de suerte que el número 1, corresponde a la edad de seis años; el 2, a la de siete, etc. Estas cifras indican también el grupo, las tres primeras cifras, 6, 7 y 8, el primer grupo; el 9, 10 y 11, el segundo, y el 12, 13 y 14, el tercero. Por las mismas cifras puede apreciarse si la lección se dirige a uno o más grupos reunidos.

La escuela tiene un sólo maestro. 

He aquí el cuadro:
<table>
<thead>
<tr>
<th>Hora</th>
<th>Lunes</th>
<th>Martes</th>
<th>Miércoles</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>1.ª</td>
<td>Religión,</td>
<td>Lectura, 4 y 5.</td>
<td>Religión,</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>5, 6, 7, 8</td>
<td>Lectura, 6, 7 y 8.</td>
<td>5, 6, 7 y 8.</td>
</tr>
<tr>
<td>2.ª</td>
<td>Gramática y Composición, 6, 7 y 8.</td>
<td>Gramática y Composición, 6, 7 y 8.</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>Gramática, Ortografía y Composición, 6 y 7.</td>
<td>Gramática, Ortografía y Composición, 6 y 7.</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>3.ª</td>
<td>Geometría y División, 6, 7 y 8.</td>
<td>Escritura, 4, 5, 6, 7 y 8.</td>
<td>Lectura, 2 y 3.</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>Historia Natural, 6 y 7.</td>
<td>Cantó, 4, 6, 7 y 8.</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>4.ª</td>
<td>*</td>
<td>*</td>
<td>Cálculo, 6, 7 y 8.</td>
</tr>
</tbody>
</table>

<table>
<thead>
<tr>
<th>Hora</th>
<th>Escritura: Lectura 1, 2 y 3.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>1.ª</td>
<td>Religión, 4, 5 y 6.</td>
</tr>
<tr>
<td>2.ª</td>
<td>Ortografía y Gramática, 2 y 3.</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>Escritura: Lectura, 6.</td>
</tr>
<tr>
<td>3.ª</td>
<td>Escritura, 4, 5 y 6.</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>Cantó, 4, 5 y 6.</td>
</tr>
<tr>
<td>JUEVES</td>
<td>VIERDES</td>
</tr>
<tr>
<td>--------</td>
<td>---------</td>
</tr>
</tbody>
</table>
| Lectura, 6, 7 y 8.  
Lectura, 4 y 5. | Religión, 4, 5, 6, 7 y 8.  
Lectura, 6, 7 y 8.  
Lectura, 4 y 5. | Lectura, 6, 7 y 8.  
Lectura, 4 y 5. |
| Aritmética, 6, 7 y 8.  
M., 4 y 5. | Geografía e Historia, 6, 7 y 8.  
Geografía, 4 y 5.  
| Aritmética, 6, 7 y 8.  
| | Aritmética, 6, 7 y 8.  
Id., 4 y 5. |
| Geografía e Historia, 6, 7 y 8.  
Historia Natural, 4 y 5. | Escritura, 4 y 5.  
Canciones nativas, 6, 7 y 8.  
| Escritura, 4 y 5.  
Canciones nativas, 6, 7 y 8.  
| | Calcaule, 1, 2 y 3. |

<table>
<thead>
<tr>
<th>DR.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Religión, 1, 2 y 3.</td>
</tr>
</tbody>
</table>
| Escritura-Lectura, 1.  
Lectura, 2 y 3. | Ortografía y Gramática, 2 y 3.  
Escritura-Lectura, 1. |
| Escritura, 1, 2, 3.  
Canto, 4, 5 y 6. | Lecciones de cosas, 2 y 3.  
(Id., 1. |
| LUNES | MARTES | MIÉRCOLES | ASIETE
|-------|--------|-----------|--------
<p>|       | Estudio de memoria en los animales. | Historia bíblica. | Composición. |
|       | Historia y fisiología. | Cosmografía. |       |
|       | Cálculo escrito. | Cálculo verbal. |       |
|       | Caligrafía. | Caligrafía. |       |
|       | Lectura. | Lectura. |       |
|       | Composición. | Composición. |       |
|       | Cálculo verbal. | Cálculo verbal. |       |
|       | Lectura. | Lectura. |       |
|       | Composición. | Composición. |       |
|       | Libros. | Libros. |       |
|       | Cantos. | Cantos. |       |</p>
<table>
<thead>
<tr>
<th></th>
<th>JUEVES</th>
<th>VIERNES</th>
<th>SÁBADO</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>DÍA MISA</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Escritura en tinta, gramática</td>
<td>Escritura de memoria</td>
<td>Historia bíblica</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Casmografía</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Comparaciones</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Lectura</td>
<td>Cálculo escrito</td>
<td>Lectura</td>
<td>Composición</td>
</tr>
<tr>
<td>Comparaciones</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Caligrafía</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Lectura</td>
<td></td>
<td>Lectura</td>
<td>Alfabeto</td>
</tr>
<tr>
<td>Composición</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Cálculo verbal</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Tracer Examen</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Lectura</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Escritura al dictado</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Canto</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>
XI.

Planos de estudios.

(Conclusión.)

La distribución del tiempo en las escuelas ele-
manas de Idas de lo que se practica en otros países
del Norte de Europa. La organización de aquellas
escuelas forma notable contraste con la adoptada en
las escuelas de los Estados Unidos del Norte de Amé-
rica. Las cuñas no dan a este asunto la importancia
que merecen. En los Estados Unidos, el tiempo se di-
vides y subdivide en términos que los niños deben
estar en movimiento continuo, lo cual, al puede con-
venir a la educación física, como las horas se re-
ducen a dos minutos con otros días de preparación,
por necesidad han de ser deficientes. Después de to-
don, las pausas y los descansos se calculan en cinco
minutos, que es lo menos que se emplea en cualquier
tiempo al pasar de un ejercicio a otro.
En comparación de esto, vease los siguientes cuad-
tros, obtenidos entre los menos desfavorables:
<table>
<thead>
<tr>
<th>HORA</th>
<th>LECCIONES</th>
<th>ESTUDIO O EJERCICIOS</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>7 y 8</td>
<td>—</td>
<td>Exercicios preliminars — Matem.</td>
</tr>
</tbody>
</table>
| 9 y 10| 1. Lectura | II. Formacion de frases en letras ma
ticas |
| 11 y 12| —         | Exercicios Matem. — Matem. |
| 13 y 14| 1. Lectura | III. Lectura y dictado |
| 15 y 16| —         | Silbo |
| 17 y 18| —         | — |

**MAÑANA**

- **LECCIONES**
  - 1. Lectura
  - II. Lectura
  - III. Lectura

- **ESTUDIO O EJERCICIOS**
  - Exercicios preliminars — Matem.
  - Exercicios Matem. — Matem.
  - Lectura y dictado
  - Silbo
<table>
<thead>
<tr>
<th>MAÑANA</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>02:38</td>
</tr>
<tr>
<td>LECCIONES</td>
</tr>
<tr>
<td>8, 9 y 10</td>
</tr>
<tr>
<td>9 y 35</td>
</tr>
<tr>
<td>10 y 16</td>
</tr>
<tr>
<td>10 y 5</td>
</tr>
<tr>
<td>10 y 20</td>
</tr>
<tr>
<td>10 y 35</td>
</tr>
<tr>
<td>11</td>
</tr>
<tr>
<td>11 y 5</td>
</tr>
<tr>
<td>11 y 30</td>
</tr>
<tr>
<td>11 y 35</td>
</tr>
<tr>
<td>11 y 45</td>
</tr>
<tr>
<td>11 y 55</td>
</tr>
<tr>
<td>11</td>
</tr>
</tbody>
</table>

<table>
<thead>
<tr>
<th>TARDE</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>1 y 30 a 2</td>
</tr>
<tr>
<td>9 y 50</td>
</tr>
<tr>
<td>9 y 50</td>
</tr>
<tr>
<td>9 y 25</td>
</tr>
<tr>
<td>9 y 55</td>
</tr>
<tr>
<td>9 y 10</td>
</tr>
<tr>
<td>9 y 10</td>
</tr>
<tr>
<td>9 y 10</td>
</tr>
<tr>
<td>10</td>
</tr>
</tbody>
</table>
La República de Buenos Aires ha publicado en 1888 un horario de clase del empleo del tiempo for-
gado por el Consejo superior de educación para las
escuelas de todos los grados. Parece que ha servido
por modelo el de las Estados Unidos de América del
Norte. Se advierte también gran movimien- 
to, pero es indudable que está mejor calculado al tiempo de 
las lecciones y de descanso ó recreo.

Los horarios de tercer y cuarto grado correspon-
den a nuestras elementales. Los horarios de las de
tercer y cuarto grado vienen á ser uno mismo, con
la única diferencia de que la segunda lección de Arith-
metica del horario de las de tercer grado, se sustitui-
ye en las del cuarto grado por la Instrucción cívica.

per lo que hasta para formar juicio examinar el de 
tercer grado, que es el siguiente:
<table>
<thead>
<tr>
<th>HORAS Y MINUTOS</th>
<th>EMPLEO DEL TIEMPO</th>
<th>DURACIÓN</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>8 3/4 y 19</td>
<td>Revista y lista</td>
<td>10 m</td>
</tr>
<tr>
<td>10 y 30</td>
<td>Lectura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 11</td>
<td>Arte y ciencias</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>12 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>10</td>
</tr>
<tr>
<td>12 y 30</td>
<td>Escritura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 1</td>
<td>Información</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>1 y 10</td>
<td>Recreo</td>
<td>10</td>
</tr>
<tr>
<td>1 y 30</td>
<td>Gimnasia</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 2</td>
<td>Científica</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>2 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>2 y 30</td>
<td>Animación</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 3</td>
<td>Lectura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>3 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>3 y 30</td>
<td>Cantó</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 4</td>
<td>Ciencias naturales</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td><strong>MARTES</strong></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>8 3/4 y 19</td>
<td>Revista y lista</td>
<td>10 m</td>
</tr>
<tr>
<td>10 y 30</td>
<td>Lectura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 11</td>
<td>Arte y ciencias</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>12 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>10</td>
</tr>
<tr>
<td>12 y 30</td>
<td>Escritura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 1</td>
<td>Información</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>1 y 10</td>
<td>Recreo</td>
<td>10</td>
</tr>
<tr>
<td>1 y 30</td>
<td>Gimnasia</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 2</td>
<td>Científica</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>2 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>2 y 30</td>
<td>Animación</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 3</td>
<td>Lectura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>3 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>3 y 30</td>
<td>Cantó</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 4</td>
<td>Ciencias naturales</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td><strong>MIÉRCOLES</strong></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>8 3/4 y 19</td>
<td>Revista y lista</td>
<td>10 m</td>
</tr>
<tr>
<td>10 y 30</td>
<td>Lectura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 11</td>
<td>Arte y ciencias</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>12 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>10</td>
</tr>
<tr>
<td>12 y 30</td>
<td>Escritura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 1</td>
<td>Información</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>1 y 10</td>
<td>Recreo</td>
<td>10</td>
</tr>
<tr>
<td>1 y 30</td>
<td>Gimnasia</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 2</td>
<td>Científica</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>2 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>2 y 30</td>
<td>Animación</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 3</td>
<td>Lectura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>3 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>3 y 30</td>
<td>Cantó</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 4</td>
<td>Ciencias naturales</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td><strong>JUEVES</strong></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>8 3/4 y 19</td>
<td>Revista y lista</td>
<td>10 m</td>
</tr>
<tr>
<td>10 y 30</td>
<td>Lectura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 11</td>
<td>Arte y ciencias</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>12 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>10</td>
</tr>
<tr>
<td>12 y 30</td>
<td>Escritura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 1</td>
<td>Información</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>1 y 10</td>
<td>Recreo</td>
<td>10</td>
</tr>
<tr>
<td>1 y 30</td>
<td>Gimnasia</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 2</td>
<td>Científica</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>2 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>2 y 30</td>
<td>Animación</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 3</td>
<td>Lectura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>3 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>3 y 30</td>
<td>Cantó</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 4</td>
<td>Ciencias naturales</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td><strong>VIERNES</strong></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>8 3/4 y 19</td>
<td>Revista y lista</td>
<td>10 m</td>
</tr>
<tr>
<td>10 y 30</td>
<td>Lectura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 11</td>
<td>Arte y ciencias</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>12 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>10</td>
</tr>
<tr>
<td>12 y 30</td>
<td>Escritura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 1</td>
<td>Información</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>1 y 10</td>
<td>Recreo</td>
<td>10</td>
</tr>
<tr>
<td>1 y 30</td>
<td>Gimnasia</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 2</td>
<td>Científica</td>
<td>30</td>
</tr>
<tr>
<td>2 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>2 y 30</td>
<td>Animación</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 3</td>
<td>Lectura</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>3 y 15</td>
<td>Recreo</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>3 y 30</td>
<td>Cantó</td>
<td>20</td>
</tr>
<tr>
<td>a las 4</td>
<td>Ciencias naturales</td>
<td>20</td>
</tr>
</tbody>
</table>
En Francia, Mr. Gerard se ocupa hace algún tiempo, con tanto énfasis en inteligencia, en promover por todos los medios el desarrollo y mejora de la enseñanza en París y en el Departamento del Sena. El considerable aumento que, gracias a sus esfuerzos, ha obtenido el presupuesto, la mejora de la instrucción de los maestros, la organización material y la organización pedagógica de las escuelas, han transformado por completo este servicio. Como no podía menos de suceder, la distribución y ocupación del tiempo ha sido estudiada con especial interés.

Anteriormente, el la administración académica y el magisterio habían desempeñado un importante papel. Por departamentos o por academias, asistido a las profesores directa o indirectamente, se coordinaban los cuadros de la distribución del tiempo y el trabajo, los cuales, con informes de los inspectores, se remitían a los Consejos académicos y se publicaban con carácter oficial. Entre la multitud de aquellos planes merece citarse con preferencia el formulado por uno de los hombres más entendidos en la teoría y la práctica de la enseñanza, un plan que se considera mejor a nuestras circunstancias y que ha servido realmente de modelo a los adoptados en la actualidad en Francia, como podrá verse más adelante. El plan, cuyo autor es Mr. Dupet, es como sigue:
<table>
<thead>
<tr>
<th>Horario</th>
<th>Dirección Escarpa a las 8 y 40</th>
<th>Lectura a las 9 y 30</th>
<th>Escritura a las 30 y 30</th>
<th>Áritmetica a las 31</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>IV</td>
<td>1.° Rectificación.</td>
<td>Estudio y rectificación de pruebas de pensamiento y lectura con un instructor.</td>
<td>Escritura.</td>
<td>Lectura.</td>
</tr>
<tr>
<td>V</td>
<td>2.° Estudio de las oraciones y el entonar con un instructor.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Hora</td>
<td>Lema</td>
<td>Horario</td>
<td>Actividad</td>
<td>Notas</td>
</tr>
<tr>
<td>------</td>
<td>------</td>
<td>---------</td>
<td>-----------</td>
<td>-------</td>
</tr>
<tr>
<td>1</td>
<td></td>
<td>8:00-8:30</td>
<td>Lectura</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>2</td>
<td></td>
<td>8:30-9:00</td>
<td>Ejercicios de matemáticas</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>3</td>
<td></td>
<td>9:00-9:30</td>
<td>Conversación</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>4</td>
<td></td>
<td>9:30-10:00</td>
<td>Lectura</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>5</td>
<td></td>
<td>10:00-10:30</td>
<td>Ejercicios de matemáticas</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>6</td>
<td></td>
<td>10:30-11:00</td>
<td>Ejercicios de español</td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

La actividad de la tarde se realizará de la siguiente manera:

- 11:00-11:30: Ejercicios de matemáticas
- 11:30-12:00: Ejercicios de español
- 12:00-13:00: Descanso

La actividad del aula será la siguiente:

- 13:00-13:30: Ejercicios de matemáticas
- 13:30-14:00: Ejercicios de español
- 14:00-14:30: Ejercicios de matemáticas
- 14:30-15:00: Ejercicios de español
- 15:00-15:30: Ejercicios de matemáticas
- 15:30-16:00: Ejercicios de español
Observaciones.—Los sábados por la tarde se dará alguna instrucción religiosa a la hora de ejercicios diversos.

Los martes y sábados, los cursos segundo y terce- 
ro podrán reemplazar la escritura con el dibujo lineal.

En los lunes, miércoles y viernes por la tarde, pr-
dıría sustituirse la lectura con la geografía y la historia
historia antigua a historia de Francia,

El sábado por la tarde, a la hora de ejercicios di-
versos, se ocuparán en el canto los tres cursos, sin

en la preparación de las cajas de entrada y salida y de ve-
risión de ejercicios.

La agricultura podrá reemplazar a la aritmética
aritmética el mercurio, por la mañana.

En las escuelas de niños, las labores fuera de las
labores fuera de las horas de clase, y los sábados desde las ocho y media
ocho y media a la una de la mañana.

En las escuelas mixtas de niños y niñas, las labo-

En el nuevo curso de studiar a las dos de la tarde.

Como se ve, en este cuadro se da preferencia a las
preferencia a las enseñanzas fundamentales y se indica la manera de
ordinar a las demás con que van enriquecién-

se enriqueciendo el programa.

Los ejercicios diversos, en el hecho de no determi-

darse, varían según convenga. Guardan relación

con los estudios anteriores de los discípulos, complet-
tando los que hayan hecho con menos fruto, y po-

den servir para difundir conocimientos útiles, de que

no es posible dar un curso especial.

En 1821, el ministro de instrucción pública, Julio,

Sánchez, ordenó que esta maestro redacte el progra-

ma detallado de enseñanza y luego, la distribución
del tiempo, a que deberá sujetarse una vez aproba-

ado su proyecto.

Para auxiliarle en este trabajo circunstó el siguiente

modelo, sin que se considere obligatorio:
### ORGANIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS EN LAS ESCUELAS PRIMARIAS.

**EMPLEO DEL TIEMPO.**

| NO. | T. MA. | SPORT | 9 a. m. | 9 a. 10 | 9 10 a. 11 | 11 a. 12 | 12 a. 1 | 1 a. 2 | 2 a. 3 | 3 a. 4 | 4 a. 5 | 5 a. 5 1/2 | 5 1/2 a. 6 | 6 a. 6 1/2 | 6 1/2 a. 7 | 7 a. 7 1/2 | 7 1/2 a. 8 | 8 a. 8 1/2 | 8 1/2 a. 9 | 9 a. 9 1/2 | 9 1/2 a. 10 | 10 a. 10 1/2 | 10 1/2 a. 11 | 11 a. 11 1/2 | 11 1/2 a. 12 | 12 a. 12 1/2 | 12 1/2 a. 1 | 1 a. 1 1/2 | 1 1/2 a. 1 1/2 | 1 1/2 a. 2 | 2 a. 3 1/2 | 3 1/2 a. 4 | 4 a. 4 1/2 | 4 1/2 a. 5 | 5 a. 5 1/2 | 5 1/2 a. 6 | 6 a. 6 1/2 | 6 1/2 a. 7 | 7 a. 7 1/2 | 7 1/2 a. 8 |
|-----|--------|-------|--------|---------|-----------|----------|----------|--------|--------|--------|--------|-------------|-----------|-------------|-----------|-------------|-----------|-------------|-----------|-------------|-----------|-------------|-----------|-------------|-----------|-------------|-----------|-------------|-----------|-------------|-----------|-------------|-----------|
| 1 A. | MAÑANA. |       |        |         |           |          |          |        |        |        |        |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |
| 1 A. |       |       |        |         |           |          |          |        |        |        |        |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |
| 2 A. |       |       |        |         |           |          |          |        |        |        |        |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |
| 3 A. |       |       |        |         |           |          |          |        |        |        |        |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |           |             |

**LECCIÓN PRINCIPAL.**

<table>
<thead>
<tr>
<th></th>
<th>1 A.</th>
<th>2 A.</th>
<th>3 A.</th>
<th>4 A.</th>
<th>5 A.</th>
<th>6 A.</th>
<th>7 A.</th>
<th>8 A.</th>
<th>9 A.</th>
<th>10 A.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Lectura y escritura en el auxiliar.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Lectura y escritura en el auxiliar.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Lectura y escritura en el auxiliar.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Lectura y escritura en el auxiliar.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

**CÁLCULO Y ESCASÍA.**

<table>
<thead>
<tr>
<th></th>
<th>1 A.</th>
<th>2 A.</th>
<th>3 A.</th>
<th>4 A.</th>
<th>5 A.</th>
<th>6 A.</th>
<th>7 A.</th>
<th>8 A.</th>
<th>9 A.</th>
<th>10 A.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Cálculo y escasa.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Cálculo y escasa.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Cálculo y escasa.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Cálculo y escasa.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

**RUTINAS DE GENERAJÓN.**

<table>
<thead>
<tr>
<th></th>
<th>1 A.</th>
<th>2 A.</th>
<th>3 A.</th>
<th>4 A.</th>
<th>5 A.</th>
<th>6 A.</th>
<th>7 A.</th>
<th>8 A.</th>
<th>9 A.</th>
<th>10 A.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

**RUTINAS DE GENERAJÓN.**

<table>
<thead>
<tr>
<th></th>
<th>1 A.</th>
<th>2 A.</th>
<th>3 A.</th>
<th>4 A.</th>
<th>5 A.</th>
<th>6 A.</th>
<th>7 A.</th>
<th>8 A.</th>
<th>9 A.</th>
<th>10 A.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

**RUTINAS DE GENERAJÓN.**

<table>
<thead>
<tr>
<th></th>
<th>1 A.</th>
<th>2 A.</th>
<th>3 A.</th>
<th>4 A.</th>
<th>5 A.</th>
<th>6 A.</th>
<th>7 A.</th>
<th>8 A.</th>
<th>9 A.</th>
<th>10 A.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

**RUTINAS DE GENERAJÓN.**

<table>
<thead>
<tr>
<th></th>
<th>1 A.</th>
<th>2 A.</th>
<th>3 A.</th>
<th>4 A.</th>
<th>5 A.</th>
<th>6 A.</th>
<th>7 A.</th>
<th>8 A.</th>
<th>9 A.</th>
<th>10 A.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Rutas de generación.</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>División</td>
<td>1 y 2.a</td>
<td>3.a</td>
<td>4.a</td>
<td>5.a</td>
<td>6.a</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>---------</td>
<td>---------</td>
<td>-----</td>
<td>-----</td>
<td>-----</td>
<td>-----</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>1.a</td>
<td>2 a 230</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>2.a</td>
<td>2 a 330</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>3.a</td>
<td>3 a 350</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>4.a</td>
<td>3 a 370</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>5.a</td>
<td>3 a 350</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>6.a</td>
<td>3 a 350</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

**Observaciones:** La entrada en clase y salida y los movimientos para pasar de un ejercicio a otro se verificarán siempre en orden.
En las escuelas de niñas, las clases se practicarán dos veces a la semana, desde las dos a las cuatro.

En las mixtas, fuera de las horas ordinarias de clases.

Dos veces a la semana el dibujo ideado podrá remplazar a la escritura, y la agricultura a la aritmética.

El cepo podrá remplazar a la lectura, los martes y sábados.

Las lecciones de historia se harán los miércoles y viernes, y las de geografía los martes y sábados.

Una vez al mes, el maestro conducirá a los obeliscos, si esto es posible, al establecimiento agrícola, industrial y manufacturero próximo, para inspeccionarlo en los trabajos especiales de la hacienda.

En el mismo día y poco días antes, M. General, el círculo dirigido a las inspecciones del Departamento del Segú, les remite un ejemplar de los cuadros de cobre del tiempo, cuatro que se han remitido a todas las escuelas derramadas por las mismas inspectores en una compañía en que intervienen muchos profesores y profesoras.

Los cuadros son cinco, dos correspondientes al curso elemental de las escuelas de niños y escuelas de niñas, dos correspondientes al curso medio, tanto de las escuelas de niños como de niñas, y el quinto para las escuelas de niños o de niñas conmemoradas en un solo maestro o maestra, comprendido de dirigir simultáneamente diferentes cursos. La distribución del tiempo donde pueda establecerse el curso superior, será la misma que en el curso medio.

El cuadro para los escuelas de un solo maestro o maestra de idénticas, pues sustancialmente todos son iguales, y los de las escuelas de niños idénticos a los de las escuelas de niñas. El cuadro número 5 es el que sigue.
CUADRO DEL EMPLEO DEL TIEMPO.
ESCUELA DE UN SOLO MAESTRO Ó DE UNA SOLA MAESTRA.
Se abre la escuela a las 8 y — Revista de aseo.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Curso</th>
<th>De 8 9/10</th>
<th>De 10 0/10</th>
<th>De 11 1/10</th>
<th>De 12 2/2</th>
<th>De 12 4/2</th>
<th>De 2 1/2</th>
<th>De 2 3/4</th>
<th>De 5 1/4</th>
<th>A hora</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Letra</td>
<td>La</td>
<td>Egresado</td>
<td>Francés</td>
<td>Egresado</td>
<td>Empaquetado</td>
<td>Redacta</td>
<td>Redacta</td>
<td>Historia</td>
<td>Lección</td>
</tr>
<tr>
<td>Reglas y reglas</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td>y geografía</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td>a días.</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td>Ejercicios</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td>de memoria</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td>al atado.</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

Nota: El enunciado es fijo y el clima y el estado de salud del maestro, no se ocupan. Se advierte a los maestros de que la lección de la hora de 8 9/10, se debe realizar con orden y calma.

Las lecciones son lecciones de clases, ellas no pueden comenzar el jueves 2, fuera de las horas ordinarias de clase, no se permite el sonido y se realiza con la última hora de la clase de la mañana o de la tarde.
Estas otras instrucciones que suministran los planes expuestos, conviene fijarse en la lección común a dos cursos o grupos, de provechosas aplicación en nuestras escuelas respecto a las escuelas en que se dividen, porque facilitan el orden y la disciplina y ahorran trabajo al maestro, con ventaja para los discípulos. No son menos interesantes las lecciones colectivas o comunes a todos los grupos de una escuela, y por lo mismo merecen tratarse más detenidamente de uno y otro.

XII.

Aplicación del plan de estudios.

Después de clasificar a los niños, de señalar los estudios de cada una de las divisiones, de distribuir el tiempo y repartir el trabajo, viene la aplicación del plan, en que se muestra el talento y las disposiciones del maestro, el ascendente que ha sabido adquirir en sus discípulos, cómo ha conquistado el afecto de todos y cómo ha hecho atractivo e interesante el estudio.

El maestro ha de hacer constante y últimamente ocupados a sus discípulos, mientras que su actividad se reparte y distribuye proporcionalmente entre todas las divisiones. La palabra directa del maestro vale más que todos los ejercicios, y mientras de una lección debe cuidar de la marcha del conjunto. En una escuela de treinta o cuarenta niños todo es fácil con el auxilio de alguno de los más adelantados, no para dar una lección nueva a sus compañeros, sino para enseñarles, haciéndoles repetir la que ya han recibido. En las escuelas numerosas todo es difícil, aun...
con el auxilio de los vigilantes e instructores. Una sola manera consiste en la adopción de distintos métodos de disciplina para disciplinar a los alumnos y evitar el desorden. Para esto se establecen reglas y se fomenta el orden y el buen ambiente. No se deben permitir comportamientos desordenados o inapropiados. 

En la disciplina, se busca garantizar un ambiente seguro y propicio para el aprendizaje. Se deben establecer reglas claras y consistentes para promover el comportamiento adecuado. La disciplina también implica la aplicación correcta de consecuencias para aquellos que incumplen las reglas. Es importante que los instructores sean claros y consistentes en sus expectativas, pero también que sean justos y comprensivos con los estudiantes.

Respecto a los aspectos prácticos, es importante que se establezcan actividades que fomenten el orden y el buen ambiente. Se pueden organizar actividades lúdicas que involucren a todos los estudiantes, así como actividades deportivas que promuevan la salud y el bienestar. También es importante que se fomenten hábitos de estudio y de trabajo, para garantizar que los estudiantes estén en el lugar adecuado en el momento adecuado, y que estén preparados para el trabajo que se les pide.

En resumen, la disciplina es una herramienta importante para garantizar un ambiente seguro y propicio para el aprendizaje. Se deben establecer reglas claras y consistentes, y se debe fomentar el orden y el buen ambiente. Es importante que se establezcan actividades que fomenten el orden y el buen ambiente. Se pueden organizar actividades lúdicas que involucren a todos los estudiantes, así como actividades deportivas que promuevan la salud y el bienestar. También es importante que se fomenten hábitos de estudio y de trabajo, para garantizar que los estudiantes estén en el lugar adecuado en el momento adecuado, y que estén preparados para el trabajo que se les pide.
sañoramas ni dispensables de todo trabajo intelectual. Si la lección es superior a la inteligencia del mismo, debe se distraer y se muestra inquieto y desmanifestado, si, por el contrario, se lo obliga a poner en juego su inteligencia, porque se le da todo hecho, que la lección con indiferencia y se fomenta el abandono o la perezza.

Tampoco bruta señalar las horas de lección y las de estudio o de trabajo individual. Los ejercicios individuales, que consisten en la recapitulación de lo que acaba de explicarse, o en la preparación a las lecciones, o en poner en limpio los escritos corregidos por el maestro, deben también acomodarse a la capacidad de los discípulos.

Es preciso asimismo elegir con discernimiento las divisiones que pueden someterse con provecho para una lección común. La lección de lectura, por ejemplo, y la de religión, se prestan a este procedimiento, así como la de la lengua en las secciones superiores, la de aritmética en algunas inferiores y la de escritura en todas ellas, como otras enseñanzas reducidas principalmente a ejercicios prácticos.

Racionalmente que no se prolonguen más lecciones en perjuicio de las otras, pero hay casos, aunque raros, en que el maestro, según su criterio, podrá establecer una excepción.

No cabe, en efecto, establecer reglas de una manera absoluta. Se establece una pauta que sirva de guía, pero dejeando a las circunstancias las modificaciones necesarias en cuanto a lo accidental. La pedagogía no puede prever todos los accidentes que a cada momento ocurren en las escuelas, y por lo mismo los maestros no completan su instrucción en el particular sino con la experiencia propia y la de los profesores más acreditados, a quienes deben consultar y pedir consejo.
La parte entre nosotros establecida en la formulación en el Curso elemental de Pedagogía, aquí se acomodan substancialmente otras obras posteriores. Los énfasis de la distribución del tiempo y el trabajo minuto publicados, son más para importantes modificaciones.

XIII.

Lecciones comunes y lecciones colectivas.

Detrás de las escuelas la enseñanza individual, se reúnen los niños que se hallan precisamente el mismo nivel de conocimientos para recibir las lecciones en común. Preocupando tener excitado constantemente la atención y la actividad de los mismos, lo cual se consigue hablando poco al maestro, lo más profano, y haciendo hablar mucho a los discípulos por medio de preguntas. La lección aprovecha al conjunto y a cada uno en particular, viene a ser común e individual al propio tiempo.

Comprendiendo que cuanto mayor sea el número de grupos o divisiones que formen los discípulos, tanto más fácil será agrupar a los de iguales aptitudes y necesidades, y con tanta más frecuencia les llegará el turno de las preguntas, medio de sostener abierta la atención, de tal modo, que cada uno considere dirigido a él mismo lo que se dice a todos. Así se facilita y se hace interesante y agradable el estudio, a la vez que se promueve el trabajo personal, los esfuerzos individuales, por los que se adquiere el saber útil y duradero.

Eso es el ideal que debe aspirarse en las escuelas, pero la necesidad obliga a limitar el número de grupos o divisiones, siguiendo las formas del manu-
tro, quien, destinando también el sistema de enseñanza mutua, debe dirigir la palabra a cada uno de los grupos por separado, en el caso de las tres horas de cada una de las sesiones de escuela. Con el número de grupos que prescribe el sistema simultáneo, es pasando de cuarenta los discípulos, no puede precisárseles de los instructores, y aun con este su
xito queda en pie la dificultad de disponer del tiempo necesario para una lección directa y completa a cada uno de los grupos. La manera de realizarlo envuelve un problema de pedagogía práctica, estudia
do ha largo tiempo tan llegado a una solución del todo satisfactoria.

La división de la escuela en clases a cargo cada una de un profesor, en local aparte, como se verifica en los pueblos más adelantados en primera condiciones, es un excelente pensamiento, pero no es fácil la ejecución. La escuela, que se divide hasta en diez cir
ses sucesivas y en varias paralelas con un maestro cada una de ellas, aunque contengan mil y más discípules, puede dirigirlas y educarlos sin dificultades algunas, porque cada clase es en realidad una escuela con cuarenta o cincuenta discípulos, cada de la misma edad y de iguales aptitudes, y por tanto, en disposición de recibir las mismas lecciones, por más que la clase se subdivide en grupos para el estudio. Con suave y prudente organización, la escuela puede seguir la marcha de los establecimientos de segunda enseñanza y de la superior, en los cuales, alumnos de diferente instrucción siguen un mismo curso y adelantan y profundizan en el estudio, según su capacidad y aplicación. En las escuelas de las niñas, a cargo de un solo maes
tro, en pasando de treinta, y a lo más de cincuenta el número de discípulos, es preciso resolver el pro
blema por otros medios.

Como la imposibilidad de atender a cada uno por
segundo bien pensar en reunir a varios en grupos o secciones para instruir simultáneamente a los de cada una de ellas, cuando la actividad del maestro no alcanza a resueltelas todas sino a la ligera; de una manera insuficiente, se ha pensado también en reunir grupos, y en ciertas casas, la escuela toda, para recibir una misma lección. Las que se dirigen a dos o más divisiones en común, se designan con el nombre de lecciones comunes, y las dirigidas a la escuela toda, lecciones colectivas; nombres que no expresan bien la idea, pero son los admitidos, y no es ocasión de discutirlas y reemplazarlas por otros más propios.

En la enseñanza individual, la lección se conoce usualmente a la capacidad y aptitudes del que aprende. Con los demás sistemas crecen las dificultades a medida que aumenta el número de individuos a quienes se dirige, pero este inconveniente está compensado con otros ventajas. De todas maneras, no queda al nuestro más seguro que las lecciones comunes cuando de otro modo no puede compartir el tiempo y sus cuidados entre todos los discípulos y tenerlos ocupados en todas las divisiones, costumbre indispensable del orden, de la disciplina, y por consiguiente del progreso.

Por más que las lecciones comunes se dirijan a niños que se diferencian algún tanto en instrucción, aprovechan a todos cuando se acostumbran a las disposiciones de los menos instruidos, sin que por eso pierda el tiempo los más adelantados, pues que estos últimos son más fértil de un trabajo demasiado fácil, que los más dudos de un trabajo difícil. Se sacrifica un tanto el interés individual en favor de la colectividad, y así el retardo de algunos, que tienen pronta comprensión, es en beneficio del progreso de todos. Para unos la lección es nueva; para otros no repetido que contribuye a profundizar y fijar nue-
jor en la memoria lo aprendido, de que las niñas tie-
nen gran necesidad, repaso que por medio de pro-
gruntas hechas con discernimiento, puede hacerse
muy interesante e instructivo.
La dificultad principal está en la primera división.
El niño que aprende las letras no puede recibir la
misma lección con el que estudia las sílabas y menos
con el que los frases, y esto mismo puede decirse
respeto al cálculo. La dificultad aumenta cuando
los niños ingresan por primera vez en la escuela en
cualquier época del año. Desde hay una sola época
de admisión, a pesar de las diversas aptitudes entre
unos y otros, se persigue ponerlos al mismo nivel, y
al fin se consigue hacerlos marchar juntos, sin deter-
necer a los más adelantados, que tardan poco en po-
nerse a la misma altura que los de la sección inme-
diata superior, a la que ascienden.
Pueden, sin embargo, reunirse para la lección con
el maestro, sin perjuicio de las especiales con los in-
structores, así que tanto sílabas y los que sean frases
los que sean frases y los que sean, como se dice, de
corrido y aun de otras secciones, en los ejercicios de
lectura deudas a escribir el escrito de palabras y
frases.
El tablero-contador y diferentes objetos materiales
pueden servir para ejecutar diferentes operaciones de
cálculo verbal al alcance de discípulos de diversos gra-
dos de instrucción.
La enseñanza moral y religiosa se presta también
admirablemente a las lecciones comunes.
La escritura se considera con manifesta serio con
mala enseñanza que mejor se amolda al sistema si-
multáneo. Aunque todos los discípulos escriban a la
tema, las correcciones que son las que constituyen la
lección, son individuales. Sólo cuando cada sección
se presenta con sus cuadernos ante la mesa del maes-
tro puede decirse que la lección es común a varios discípulos; pero las correcciones más difíciles y eficaces son las que se verifican en los bancos al tiempo de escribir. Con los principiantes convendrá que la lección fuese en común, tratando el profesor de auxiliar los ternos en el encerrado, explicando la manera de transcribir en lugar de presentar modelos impresos o manuscritos, pero la corrección debería ser siempre individual.

Los ejercicios de lengua materna son los que mejora y hasta cierto punto la exigir. Desde el niño que acaba de pisar por primera vez la escuela hasta el primero de la división pueden serle permitidos. A pesar del principal objeto, ofrece ocasión para sumar variadas nociones sobre todos los ramos del programa, aun ampliando, especialmente de historia natural. La lección debe darlo exclusivamente el maestro, sin necesidad de establecer divisiones, ni de estudio preparatorio. Es una verdadera aplicación de las lecciones de cosas.

En los dos grupos superiores, las lecciones comunes son fáciles en todas y en todas las asignaturas. Los más adelantados explican las principales reglas que estudian los otros y resuelven todos las dificultades, por cuyo medio se evita el disgusto que podían causar frecuentes repeticiones, y se promueve la esmu-

lación.

Bien ordenadas las lecciones comunes contribuyen grandemente a la disciplina, y ahorrarán pocos cuidados y fatigas al maestro.

Las lecciones estéticas, adoptadas de antiguo en Alemania, se han generalizado en Inglaterra y en otros países, en interés de la cultura intelectual y moral. Con estas lecciones, en efecto, no sólo se evi-
ta la ociosidad, sino que la palabra se dirige más que en ninguna otra, al espíritu y al corazón de los
cipulos, y contribuye a formar el sentido moral y el desarrollo de la inteligencia, excitar los buenos sentimientos, exponiendo las verdaderas normas, dando idea exacta del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, inspirando inclinación a lo uno y aversión a lo otro, al propio tiempo que se enseña a comprender las cosas, a formar ideas exactas y a enunciadas de palabra. Y todo esto sin perjuicio de las advertencias y consejos individuales a que dicen motivo.

Desgraciadamente estas lecciones no son aplicables en las escuelas de numerosa concurrencia. En paseando de cincuenta a do sesenta el número de alumnos, es difícil sostener la atención de todos. Cuando no exceden del expresado número, el maestro entusiasmado sabrá excitar y sostener entre ellos aquella influencia mística que suele designarse con la denominación de elegancia del número, que, bien dirigida, produce los más satisfactorios resultados. La propensión a pensar y obrar como los demás, es natural consecuencia del impulso a la imitación, desarrollado pasiblemente en el niño, que se fomenta en las reuniones con otros individuos, en términos que el conjunto llega a arrastrar en determinada dirección a los que por sí mismos jamás se habrían movido. Todo consiste en que la influencia dominante se encuentra hacia el bien. Para esto basta dirigirse con preferencia a los discípulos más dispuestos o comprenden lo que se dice o se propone, procurar obtener el asentimiento unánime de la clase, lo cual no es difícil, porque el maestro, a causa de la excitación que en él produce el número, se expresa con más calma que en las secciones, y su palabra produce mayor efecto en los oyentes. Así se forma la atmósfera moral de la escuela.

Estas lecciones tienen por principal objeto la educación, no la enseñanza métrica de las naturas
determinadas en que por el encañonamiento y adopción de principios no pueden apreciarse los unos sin el conocimiento de los que los preceden, es bien contribuyan a la adquisición de nociones generales. Excepción así dice que deben ponerse al alcance de toda la escuela, lo mismo de los niños de 6 y 7 años que de los mayores. La moral y el religión, los conocimientos de aplicaciones diarias, los objetos sensibles, ofrecen variedad de temas para estas lecciones, independientes unas de otras.

Las verdades del orden moral y religioso son de tal suculencia en lo que tienen de esencial y peculiar, que con alguna instrucción se deducen de ellas consecuencias y se hacen aplicaciones, y hasta los primeros detalles del serido moral para comprenderlos.

Las narraciones de historia sagrada, como las históricas y morales, que por el atractivo que tienen para los niños las escuchan éstos con atención, se adaptan con facilidad a todas las inteligencias, distinguiendo lo que debe exigirse a los más débiles y a los más adelantados. Por medio de preguntas o los unos y a los otros, según las dificultades, se precisan los hechos, se fijan determinados detalles y se hace comprender el sentido y el alcance de la narración. De los demás contenidos, se eligen aquellos en que la mayoría de los discípulos posean los conocimientos previos indispensables, o que puedan adquirirse con ligera indicación durante la lección.

En algunas escuelas extranjeras las lecciones colectivas son diarias. Para introducirlas en nuestras escuelas pudieran enseñarse con dos veces a la semana.
Eduación.

La educación en una u otra forma y con diversas tendencias, es obra de todos los tiempos. Aristóteles decía: «Cuanto más se cultiva la inteligencia del hombre, tanto más necesita esto de la educación moral, de la virtud, para resistir a todo género de seducciones, ya porque la cultura superior de la inteligencia administra armas que puedan emplearse en el mal.» Considero se lamentaba de que el hábito de la vida se aprovechase sólo como hábito de la inteligencia.

Desde Pestalozzi y el P. Girard que organizaron sus escuelas como institutos de educación, aunque por distinto procedimiento, todos los escritores, todos los pedagogos, todos los maestros, hasta los de la última hora, todos están conformes y escuchan con soberbia una esta necesidad.

Los tratados de pedagogía explican en qué consiste y cómo se pone en práctica la educación bajo sus distintos aspectos, es decir, la educación física, intelectual, moral y religiosa, bien comprendiendo en la moral la del afectamiento y la voluntad, bien en capítulos aparte. Aunque el maestro no se tomen el trabajo de estudiar tan importante asunto, de hecho educar, sin darse cuenta, porque todo lo que pasa en la escuela influye en bien o en mal, en provecho o en perjuicio de la personalidad del niño.

En la escuela, hasta la parte material tiene especial importancia bajo el punto de vista de la educación. El edificio influye constantemente en la salud, en el desarrollo físico y aun en la moralidad del dis-
capítulo. Influye asimismo en la educación escénica, por lo que no sólo se exigen en tales edificios condiciones higiénicas y técnicas, sino también el arte y la belleza, sin que para ello se requieran construcciones costosas, pues en las más humildes cabe la belleza por la artística combinación de las formas. La buena disposición de la sala de clase, la distribución de los objetos que contiene, los libros, los cuadernos, todo contribuye a despertar el sentimiento estético, poco desarrollado en la niñez.

La disciplina escolar es uno de los más eficaces medios de educación. No sólo regula las actitudes y movimientos y cuanto se relaciona con la salud de los niños, sino que establece beneficiosas relaciones entre los discípulos; contribuye a que éstos adopten hábitos de orden, de respeto a la autoridad, de sumisión a la ley y de trabajo, condiciones esenciales en la vida, y facilita la acción de los demás elementos educativos conducentes al desarrollo metódico de todas las facultades.

Es preciso repetir y demostrar que la educación tiene por objeto el desarrollo armónico de todas las facultades con que Dios ha dotado a la criatura racional. Sabido es que es el exclusivo desarrollo de las fuerzas físicas forma un atleta y hace un bárbaro; que si descalzando el cuerpo y el entendimiento se atiende sólo a la facultades morales, se corre el riesgo de excitar el sentimiento y la voluntad, de que preceden toda clase de fanatismos; que la exclusiva cultur de la inteligencia formas hombres de entendimiento frío, glacial, sin entradas, que en un momento dado pueden ser capaces de grandes maldades. La educación, por tanto, debe ser armónica, si bien importa fijarse principalmente en lo que se refiere a las facultades del espíritu.

La inteligencia, el sentimiento y la voluntad, es-
tas superiores facultades del ser humano se hallan íntimamente enlazadas entre sí, forman un todo, si que formuló y concena la religión, que responde a una tendencia innata e incuestionable en el hombre hacia lo infinito. Puede descomponerse el todo para mejorar a apreciarlo por el análisis, no para quedarse la armonía entre las tres facultades y su coordinación, porque sólo en entero de las demás puede prevalecer una de ellas, roqueando la armonía del conjunto.

La enseñanza bien dirigida no solo ilustra y descubre las facultades, sino que obra moralmente porque se la vez que anima los conocimientos proviene contra las malas tendencias y las malas obras. Una buena y sana instrucción domina los afectos y pasiones desordenadas y previene lo mismo sobre el fanatismo que sobre la incredulidad. La enseñanza es la que constituye el carácter pedagógico de la escuela.

El maestro excita las facultades del discípulo auxiliándole a desarrollarlas, pero dejándole que ejerza las propias fuerzas. Quiere, que descubra por sí mismo la verdad, tanto de la orden intelectual como del moral. Cuando se sabe excitá y dirige la actividad del niño, este con todas las enseñanzas del programa ejercita la atención, el juicio, el recuerdo, el sentido común, el sentido moral, y se educa a la vez que se instruye. La aritmética, la historia, la geografía, todo se prepara a la cultura simultánea de las facultades, y en especial la doctrina cristiana, la lectura y la lengua materna.

La cultura del ser humano marcha a la par con la de la inteligencia y de la voluntad, pues como yo se ha dicho, las potencias del alma, íntimamente unidas entre sí, forman un todo, una unidad, así que al ejercitar los unas no pueden permanecer enteramente pasivas las otras.
La infancia es poco accesible al sentimiento estético. No impresiona al niño en los primeros años un objeto artístico, a no ser que llame su atención un punto brillante, como el más opuesto a la belleza, ni cuando el tiempo, mientras prevalece la ligereza y movilidad de su espíritu, se produce más efecto. El niño desfigura y destruye un objeto artístico sin preocuparse del mérito que tenga, porque no lo aprecia, y por la misma razón tampoco se fija en los encantos de la naturaleza. Para que su espíritu acepte, sin necesidad del esfuerzo de obtener notables resultados, se precisa hacerle notar la proporción y armonía de las líneas y colores de los objetos que se presentan a la vista.

Este sentimiento va estrechamente unido al de la verdad y a lo bueno, al sentido de la belleza y a la moral. Por eso los medios estéticos y las ideas que llevan el espíritu hacia Dios, inspirados en el regazo moderno, son más poderosos que las barrocas creaciones de los jesuitas de la infancia para despertar y desarrollar el buen gusto o el sentimiento estético. Continuar la obra comenzada por la madre es el deber del maestro, aprovechando al efecto todos los elementos que encuentra en su camino.

Conforme a estas ideas, hay que distinguir dos modos de influencia en la cultura del sentimiento, materiales unos e intelectuales y morales otros, los mismos que señala el pedagogo alemán Mayer en su Pedagogía estética. Combinarse la cultura por las impresiones de los sentidos, en particular por el de la vista, para lo que en vano se buscarán modelos en nuestras escuelas. Edificios destrozados, bancos y mesas construidos groseramente, pinturas rotas, cartulinas deterioradas por el uso y otros objetos en iguales condiciones, son más a propósito para degradar
el gusto que para inspirarlo. Falta el recinto del
canto y del dibujo, y esto el que ofrece la caligrafía
apenas puede satisfacer por la necesidad de llegar
pronto a la escritura corriente, a fin de que al aban-
dear los discípulos la escena sepan al menos es-
cribir con alguna soltura y corrección. En estas cir-
cunstancias, si el maestro no dispone de los medios
que fueran de desear convenientes al objeto, puede
hacer mucho con una buena disciplina. El orden, la
regularidad, el tico en el local, en los muebles, en los
libros, en los cuadernos, en otros objetos y en el por-
to de los discípulos, los movimientos acompañados de
éstos, la medida en los ejercicios, los ciercicos, todo
junto contribuye a hacer agradable la escuela y a in-
spirar el buen gusto. Si el maestro lo siente, sabrá
hacer más agradable aun el aspecto general, cuidan-
do de que en medio de la sencillez se advierta la pro-
porción y armonía en cuanto se ofrece a la vista, y
sabrá también hacer notar el mienro de los edificios y
objetos artísticos de que, ya que no puedan complacer-
sela realidad, se ofrecen una imagen o representación
de convenientes dimensiones para apreciarla bien.

Los medios intelectuales y morales se hallan más
al alcance del profesor. La lectura de trece sagrados
de nuestros mejores hablantes, las lecturas y na-
rraciones morales acostumbradas y las diversas edades
do el desarrollo intelectual de los niños, pasajes his-
tóricos que reflejan bodas, nacimientos y sacrificios, las
belicosas y onomatopéicas narraciones de historia
sagrada, el estudio de la religión, las prácticas de
piedad, las sorprendentes descubrimientos de nue-
tros días, constituyen un rico arsenal de medios in-
telectuales y morales para la cultura estética. A to-
das horas se ofrecen al maestro estos medios, lo que
importa es no dejar pasar la oportunidad de emplear-
las con discernimiento.
La voluntad, que viene á ser como la expresión de las demás potencias del alma, merece más atención de lo que se le dispensa. Le sirven de guía la inteligencia y el sentimiento, y tiene por principales medios el afecto, el deber y el interés. Al deseo es el auxiliar, el aguijón. Ilustra la inteligencia, purifica el sentimiento. Combatir el interés en cuanto no sea nacional y justo, y ayudar con solicitud a facilitar el afecto y el deseo hacia el bien, es el fin que debe proponerse el maestro, pues así como una voluntad energica es causa de los hechos más heroicos y gloriosos, dominada por las pasiones puede ser causa de los mayores calamidades.

Como todas las facultades, la voluntad se desarrolla con el ejercicio, á que la niña se halla dispuesta siempre por la irresistible tendencia que le impulsa á la acción en todos sentidos. Logra de impulsion al niño que decide y obre por sí mismo, debe excitarle á que así lo haga, auxiliándole como se auxilia al que principia á escribir, hasta llevarle la mano. Se lo ilustra, se le dirige, pero sin privarle de su iniciativa, al encontrarle todo esfuerzo, porque nada hay más opuesto al desarrollo de la facultad de querer como la indolencia.

Dos grandes errores suelen cometerse en este punto; contra los cuales debe estar prevenido el maestro. Consiste el uno en la demasiada condensación, defecto común en las madres, que por no disgustar á sus hijos les dejan hacer cuanto quieran, de lo que resulta que van debilitándose insensiblemente sin fuerza de querer lo que no debe querer. Estas contemplaciones, la demasiada condensación, tanto de las madres como de los maestros, trae por resultado que sus educados no toman en el resto de la vida otra regla que su capricho. El vicio opuesto es muy común en las escuelas. Es preciso contener y
reprimir a todas horas a los niños, de por sí traviesos y a veces malignos. Así lo requiere el orden y el interés de la enseñanza y de la educación; pero reprimir en este sentido no es destruir, sino modificar, dar mejor dirección a los actos que lo reclaman. De otro modo se debilita, se anaranada la voluntad, y si entre los jóvenes en la vida, son incapaces de dominarse a sí mismos y de tomar una resolución en ocasiones difíciles. El niño quisiere proceder bien imitando a los mejores condiscípulos, y obra mal por la ligeria o distracción propia de la edad, o por las dificultades con que tropieza. El maestro lo reprenderá, lo cual es fácil; pero esto no basta, es menester decidirle, lo cual ofrece más trabajo, a que quiera de veras y ejecuta lo que es bueno. Sin ocultar las dificultades, pero ayudando a vencerlas, debe impulsar al niño por medio de la persuasión a obrar bien, pues no basta que deje de obrar mal, teniendo siempre en cuenta que la fuerza de la voluntad depende de la fuerza del móvil y del impulso que la solicita; a su vez que la voluntad es libre y que debe inducirla a amar libremente el bien.

Como en todo, en este punto la religión ejerce poderosa influencia. El sentimiento religioso, inspirado y desenvuelto ya por la madre, el amor y el temor de Dios, es el más seguro móvil de la voluntad, y adoptando la de Dios como regla de conducta, se cumplen los deberes de la vida y se llevan con paciencia y resignación los disgustos, los sufrimientos y toda clase de pruebas, de que no están exentos ni aun los que parecen más favorecidos por la fortuna.

No se debe que la voluntad viera a ser el signo distintivo del individuo, porque los hábitos formados por la frecuencia con que este a los mismos desgos, constituyen nuestro carácter personal, la ex-
prisión de nuestra manera habitual de pensar, de sentir y de querer.

Comprendidas, sin más explicaciones, que las tres facultades, como ya queda dicho, se hallan íntima-
mente unidas entre sí, constituyen una sola unidad que conduce y sostiene la religión; la cual ilustra
la inteligencia con la verdad de los dogmas, purifica
el corazón templando las pasiones y haciendo ger-
minal las virtudes, y dirige la voluntad con los
mandamientos de la ley de Dios. La religión, en
efecto, es el más eficaz y poderoso elemento de edu-
cación, como lo demuestra el ilustre Obispo de
Orleans, Dupanloup, en su importante obra sobre
esta materia.

XV.

Premios y castigos.

Al explicar en qué consiste la disciplina y cómo
se establece en las escuelas, se indican los medios de
excluir los premios y castigos y la manera de em-
prarlos por excepción, en caso necesario. Por eso pa-
rare excesivo desmirudrar aquí a particularidades.

Las leyes divinas y las leyes humanas establecen
premios y castigos para conducir a los hombres a
obras buenas. Los niños, distrájase, ligeros, irreflexivos,
ignorantes, no pueden emanciparse de la ley general.
Todos o casi todos los padres y todos los hom-
bes prácticos reconocen esta necesidad. Los que
pretenden supeditar los ensinamientos y correcciones en la
educación, no han pensado en una escuela con la
inteligencia desplazáda. no han observado lo que pasa
en el seno de una familia, no conocen por completa
la naturalidad humana, y en especial la de los niños; en la práctica es simplemente absurdo, porque en esto como en tantos otros casos, de la teoría a la práctica medió un abismo.

Todo tiene sus inconvenientes en el mundo. La enseñanza es un peligro, porque mal aplicada produce la vanidad, el orgullo, los celos y la envidia. Bien entendida, es un poderoso estímulo para el bien entre los alumnos de una escuela sujetos a la misma regla y ocupados en idénticos trabajos, excitándolos al cumplimiento del deber, con el noble propósito de igualar y aun superar a sus condiscípulos en este punto. Se dice que cuando uno se convierte bien no hace más que cumplir su obligación; pero ya se ha dicho antes que el cumplimiento del deber se halla poco desarrollado en el niño, y es indispensable apelar a otros móviles y estímulos para dirigirlo. Las recompensas a la buena conducta animan a perseverar en ella, e inspiran amor al trabajo por el resultado obtenido.

Deben, sin embargo, Unidosse, los premios con gran sobriedad, adoptando sólo los que conduzcan al cumplimiento del deber, y no susciten celos ni rivalidades.

Para que el premio produzca valioso efecto, es condición esencial que esté al alcance de todos, en los diferentes grados y grados de méritos obtenidos.

No se premie el talento, sino el trabajo. Los resultados obtenidos a fuerza de perseverancia en progresión a las disposiciones de cada uno, únicos medios de producir noble emoción entre los más débiles como entre los más avanzados. Lo que no cuesta ningún esfuerzo, ningún sacrificio, carece de mérito y no es agradador a recompensas.

Una sonrisa, una demostración de afecto por parte del maestro, son un excelente premio. Adicionar una
ó más puestos en el grupo ó sección, buenas notas ó puntos, billetes por los que puedan adquirirse los padres de la conducta y progreso de sus hijos, no excitan la vanidad allos colos, como la cistis, medallas y otras distinciones parecidas.

Como la simulación conduce a bien formando las buenas disposiciones, los castigos tienden á apar- tar del mal á reprimir las malas inclinaciones, pro- vocando con la vergüenza por la falta cometida, el arrepentimiento de haber incurrido en ella.

Tratándose de este punto se necesita desde luego la cuidados de los castigos corporales. Dice que son incompatibles con la dignidad humana, que el em- pleo de la fuerza física supone falta de fuerza moral, que no hay necesidad de imponerlos en por capricho de los maestros, que los padres los consideran siempre injustos, que poco niños se hacen mejores con tales procedimientos. El sentimiento público, en efecto, se subleva contra esta clase de castigos, y algunas naciones como España, Francia, Bélgica e Italia los prohíben terminantemente.

Por el contrario, en otros países los autoriza la ley con ciertas restricciones. En Inglaterra los maestros tienen la facultad de imponer castigos corporales as- dcreados, derecho que se supone los transfiere los pa- dres al encomendarlos sus hijos. Sólo han de hacer uso de esta derecho cuando hayan agotado todos los demás recursos disciplinarios sin obtener resultado, y haziéndolo hacer con, los motivos en un registro especial. Los ayudantes no están facultados para im- poner tales castigos.

En los Estados Unidos del Norte de América, la legislación autoriza igualmente á los maestros para imponer castigos corporales cuando la fuerza moral no basto para someter á los niños indolentes, obstinados ó rebeldes, pero con la obligación de dar parte
en el mismo día del castigo al Superintendente y además a la familia del castigado. Soprendido este castigo en New-York, se hizo tan difícil la disciplina, que reclamaron más de mil maestros, y se estableció de nuevo para suprimirla otra vez más adelante. No faltan sin embargo en aquellos países pedagogos que condenan tales castigos, como entre otros, Picken, que los considera como el triunfo de la fuerza animal.

La raza germánica corre parejas en este punto con la suya. En Prusia, donde están autorizados los castigos corporales, se han cometido abusos, como no puede menos de suceder, porque entroado en ese camino, es difícil contenerse. Quejas repetidas de los padres por castigos brutales impuestos a sus hijos, motivan en 1887 una disposición del Cuerpo, por la que se remite a los maestros que empleen con moderación tales castigos, advirtiendo que no comprometan la salud de los niños, y prohíbe el castigo de los niños menores para no desfigurar el sentimiento de la dignidad.

En otros estados se prohíbe dar bofetones y palizones a los discípulos y el descubrir la parte del cuerpo en que se aplique el castigo. Por parte general los pedagogos alemanes consideran indispensable esta clase de castigo. Para algunos es tal penitencia el medio habitualmente, como el principio de que no deben emplearse en ningún caso. Hay caracteres insonorables, corazones insensibles, almas rebeldes, en las que no la doblega la amenaza, la consmación, la amenaza, las amenazas ni los castigos ordinarios producen efecto; para los que son de inextinguible necesidad los castigos corporales como último recurso. Pero el admisir tales castigos recomiendan la prudencia y la moderación, la manera de proceder, el instrumento que ha de emplearse, la parte del cuerpo que ha de
escribir los golpes, y algunos opinan que debe dejarse conscientemente resolver a los padres, para que éstos impongan el castigo o constiutan que lo imponga el maestro. Condúcese por punto general como un caso el levantar a todas horas la mano contra los niños y darles golpes por cualquier motivo.

Realmente con tales restricciones los castigos corporales son imposibles sino en rarísimos y muy excepcionales casos; pero también es verdad que con autorización de sin ella suelo abusarse, por la que aparte de otros razones, el sentirimiento público los condena, lo mismo que condena las palabras duras e injuriosas y toda lo que ofende y degrada el sentimiento del honor, porque no son medios de corrección, sino actos de brutalidad.

En la escuela y aplicación de los castigos generalmente admitidos, se requiere también gran prudencia, conforme a lo expuesto al hablar de la organización y marcha de las escuelas, por lo que conviene recordar aquí sumariamente algunas ideas antes expuestas.

Ante todo conviene tener presente que la repetición de castigos acusa más dirección de la escuela por falta de autoridad moral del maestro.

El alumno debe estar persuadido de que no gana falta alguna sin correción, y al maestro debe culpar de que no haya motivo para imponerlo, lo que se consigue con la buena disciplina.

Los castigos, más bien que a hacer sufrir, deben tender a provocar la vergüenza por la falta cometida, y por tanto al arrepentimiento.

En las faltas hay que apreciar circunstancias atenuantes y agravantes, y la intención más bien que las consecuencias.

Al imponer los castigos ha de atenderse a la edad, al sexo, al carácter y a la constitución física, sin que
por eso puebl atribuyan a parcialidad las modificaciones que tales circunstancias originen.

Las faltas graves, que revisten perversas inclinaciones, deben ser corregidas con severidad a la vez que con calma y sereno ritmo.

En los demás casos, los castigos han de ser moderados y progresivos, lo que permita establecer diferencia entre el niño sensible y el rebelde, sin faltar a la justicia ni a la regla general. Principia el maestro por dirigir advertencias a las que faltan, con tono bondadoso y de confianza; si esto no basta, a pesar de las reprobaciones manifestando descontento, y al tiempo con beneplácito; están justificados otros castigos, y por último, los más rigurosos. El niño sensible y bueno debe a las primeras advertencias y se le trata con bondad y dulzura; el terco y obstinado sobre el rigor de la ley por culpa suya, y se tiene motivo para quejas de parcialidad e injusticia.

Recomiendan antiguos y modernos pedagogos los castigos que son necesarios consecuencia de las faltas, pero tienen esto poco aplicación en las escuelas. Se deja que el niño pague su ligereza o atontamiento si llevar el dedo a la llama de una bujía, con el dolor que experimenta, pero seria una crueldad degenerar que se castigue en la escuela, como ya lo decía en el siglo pasado una escritora inglesa entusiasta en la teoría y la práctica de la educación. Hay otros castigos relacionados con las faltas, que se ubican desdichados con los discípulos, que pueblas denominan también justos. Al padecer, por ejemplo, se lo separa de sus congéneres colocándolo en un sitio apartado al que llega tarde a la escuela, se lo retiene algunas tiempos después de salir los demás al que se dispara durante la lectura o contesta mal a las preguntas que se le dirigen. Se le hace perder punto; al que no sabe la lección o ejecuta mal los ejercicios de escritura. se le obliga a que escriba...
tudía y repita los ejercicios después de terminar la clase, no empleando más de media hora en este trabajo, al que deterioran intencionadamente los objetos de la escuela, se la exige que los repare a su costa.

Vor él, los castigos han de ser proporcionados a las faltas, prontos en una ocasión, después de medita-
tarios cuando entrañan alguna gravedad. Impuestos siempre con moderación, con calma y seriedad, sin cólera y sin indiferencia.

XVI.

Registros.

Bajo el epígrafe de medios disciplinarios, que en realidad lo son cuentos influyen en la organización y marcha de una escuela, se deben comprender los

niños auxiliares del maestro, los medios de transmi-
tir los órdenes, los premios, los castigos y los regis-
tros, asuntos que explicarán extensamente los instuto-
de pedagogía. Por eso habrá exponer aquí fíjamente

consideraciones sobre los registros, como medio de

hacer el respeto del sistema de premios y castigos.

La necesidad de los registros bajo el punto de vis-
ta de la disciplina y de la administración es indis-
cutible.

Por los registros se aprecia de una ojeada el nú-

de, la clase, la asistencia, la conducta y los pro-
gresos de los alumnos de una escuela. Los registros

archivados ordenadamente trazan la historia de la

escuela y suministran datos importantes, que servir-

án de guía a los maestros que se sucedan en la di-

rección de la misma.

No por eso deben exagerarse las cosas, como algu-
nos prestando, hasta el punto de obligar al maestro
a llevar multitud de libros, distrayéndole de su prin-
cipal ocupación, a aumentando consideráblemente
la ya pesada tarea. Un libro de materiales, cuadernos
de correspondencia y de gustos, 6 ingresos, y
hojas de cuadros auxiliares de asistencia y de clasifi-
cación, es lo absolutamente preciso. Los tratados de
pedagogía trae modelos de varias clases, y el conocer
ciencia de librería los proporciona impresos a poco costo.

Libro de matrícula. Puede renovarse 6 no por años,
según las circunstancias, a juicio del profesor. Se
inscriben los alumnos & medida que se presentan,
notándose en diferentes casillas los siguientes datos:
 número de orden, nombre y apellido del alumno,
nombres de los padres ó tutores, domicilio de éstos,
fecha del nacimiento del niño, hora de entrada en
la escuela. Contendrá además algunos cañillas para
llevar el alumno en su día con la fecha de la salida de la
escuela, el motivo y el resumen de las notas de asis-
tencia, de aplicación, de conducta y de adelantos ó
progresos. Si la escuela es mixta, se abre matrícula
aparte para cada sexo.

Las hojas de asistencia consisten en un cuadro con
tantas casillas como días hay en el mes, además de
la que sirve para anotar el nombre del niño, y otra
al final para consignar el término medio de los alumnos
concurrentes durante el término. Las faltas de
asistencia se anotan en el día correspondiente, con
una línea horizontal si la falta es por la mañana y
vertical si es por la tarde, ó al contrario. Lo más
eso es una hoja para cada sección de lectura.

Las hojas ó cuadros de correspondencia comprenden
tantas divisiones como son las asignaturas del
programa, y cada una de estas divisiones se subdivide
en tantas casillas como son los grupos ó secciones
de cada asignatura. Dos guardeños en forma de que-
brado indican el día y el mes en que el alumno ingresa en cada sección. En la primera cañilla se anota el nombre del alumno y en la última las observaciones sobre su conducta y progreso.

**Regíster de correspondencia.** Sirve para recordar las comunicaciones que recibe y que envía el maestro, por orden de fechas. Pueden anotarse sin distinción, unas a continuación de otras, si bien las recibidas en una página par, y las escritas en la siguiente página impar. En una cañilla se anota la fecha de la comunicación y la en que se recibe, en la segunda se objeta de la comunicación, y en la tercera se resume, con resumen el escrito de la misma. En este modo se aprueba a una mirada las relaciones de la escuela con las autoridades, los cuales al visitar la escuela pueden consignar sus observaciones en este mismo registro.

**Registro de ingresos y gastos.** Se anotan las partidas recibidas para el material de la escuela y la inversión de las mismas por años económicos. Las mismas de donativos con igual a otro objeto, si las hubiere, lo que desgraciadamente es raro, entre nosotros. En el resumen de las cuentas que está el iguácado a dar el maestro, en una cara se anotan los ingresos, en la de enfrente su inversión. Bastan sólo cuadras. En las tres primeras se anotan el año, el mes y el día, en la siguiente el concepto del ingreso en una de las cuarras y del gasto en la otra, y en las dos últimas las partidas y objetos a que se corresponden los ingresos y los gastos.

Los hojaz auxiliares, los mismos que las comunicaciones recibidas y las memorias de los dirigidos por el maestro, se conservan en legajos en el archivo y son consultadas para los residuos de asistencia y de notas sobre conducta y aprovechamiento.

**Registros de la biblioteca popular.** Agrupadas A las escuelas las bibliotecas populares bajo el cuidado del
maestro, debe este llevar, aparte de los catálogos por orden de materias, un registro especial para su resguardo en todos tiempos, especialmente al hacer la entrega al que le sucede en la escuela. Este registro deberá contener en casillas separadas los datos siguientes: fecha del ingreso del libro, nombre del autor, título de la obra, volúmenes, encuadernación, procedencia, observaciones. Como la mayor parte de las obras proceden de donativos, en la casilla correspondiente se expresan la procedencia, como del Gobierno, del Ayuntamiento, etc.; de Don N. N., el donativo es de particulares, de compra cuando se adquiere con fondos destinados al efecto.
En la casilla de observaciones se anota el deterioro o accidentes que haya sufrido el libro. Cuando la adquisición o compra del libro se haya hecho con donativos en metálico para este objeto, se expresará también en la casilla de observaciones ó en la de procedencia el nombre del donante.
Los ingresos en metálico con destino á la biblioteca, lo mismo que la inversión de los mismos, deben figurar en el registro de gastos ó ingresos de la escuela.

FIN.
ÍNDICE.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Págs.</th>
<th>Títulos</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>5</td>
<td>Introducción</td>
</tr>
<tr>
<td>18</td>
<td>De la disciplina en general</td>
</tr>
<tr>
<td>1.</td>
<td>Concepto de la disciplina</td>
</tr>
<tr>
<td>21</td>
<td>II. Disciplina doméstica</td>
</tr>
<tr>
<td>27</td>
<td>III. Disciplina de la escuela</td>
</tr>
<tr>
<td>33</td>
<td>IV. Fundamentos de la disciplina</td>
</tr>
<tr>
<td>40</td>
<td>V. Dificultades y efectos de la disciplina</td>
</tr>
<tr>
<td>48</td>
<td>VI. Estudio de la disciplina</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>Principios y medios de disciplina</td>
</tr>
<tr>
<td>65</td>
<td>I. El maestro</td>
</tr>
<tr>
<td>67</td>
<td>II. Autoridad moral del maestro</td>
</tr>
<tr>
<td>75</td>
<td>III. Gobernador de la escuela</td>
</tr>
<tr>
<td>81</td>
<td>IV. Manner de juzgar y tratar a los niños</td>
</tr>
<tr>
<td>86</td>
<td>V. Indignidad y severidad</td>
</tr>
<tr>
<td>86</td>
<td>VI. Afecto al maestro</td>
</tr>
<tr>
<td>92</td>
<td>VII. Obediencia</td>
</tr>
<tr>
<td>109</td>
<td>VIII. Actividad y ocupación</td>
</tr>
<tr>
<td>105</td>
<td>IX. Orden y aso</td>
</tr>
<tr>
<td>118</td>
<td>X. La familia y la escuela</td>
</tr>
<tr>
<td>118</td>
<td>XI. Los pueblos y la escuela</td>
</tr>
<tr>
<td>Pág.</td>
<td>Capítulo</td>
</tr>
<tr>
<td>------</td>
<td>----------------------------------------------</td>
</tr>
<tr>
<td>124</td>
<td>I. Edificio escolar</td>
</tr>
<tr>
<td>126</td>
<td>II. Mobiliario</td>
</tr>
<tr>
<td>129</td>
<td>III. Organización pedagógica</td>
</tr>
<tr>
<td>142</td>
<td>IV. Carácter y evolución de la primera enseñanza</td>
</tr>
<tr>
<td>150</td>
<td>V. Trabajo manual</td>
</tr>
<tr>
<td>167</td>
<td>VI. División de la escuela en grupos</td>
</tr>
<tr>
<td>168</td>
<td>VII. Graduación de la enseñanza</td>
</tr>
<tr>
<td>172</td>
<td>VIII. Horas de escuela</td>
</tr>
<tr>
<td>173</td>
<td>IX. División del tiempo y el trabajo en las escuelas</td>
</tr>
<tr>
<td>185</td>
<td>X. Cursos de estudios</td>
</tr>
<tr>
<td>196</td>
<td>XI. Planes de estudios (selección)</td>
</tr>
<tr>
<td>200</td>
<td>XII. Aplicación del plan de estudios</td>
</tr>
<tr>
<td>277</td>
<td>XIV. Lecciones comunes y lecciones colectivas</td>
</tr>
<tr>
<td>219</td>
<td>XV. Educación</td>
</tr>
<tr>
<td>230</td>
<td>XVI. Pormes y castigos</td>
</tr>
<tr>
<td>232</td>
<td>XVI. Registros</td>
</tr>
</tbody>
</table>
PUBLICACIONES DE LA CASA EDITORIAL
DE ANTONIO J. BASTINGS.—BARCELONA.

PALMAS
Y LAURELES

LECTURAS INSTRUCTIVAS
SOBRE HISTORIA, ARTES Y CIENCIAS
ORIGINALES DE
D. ÁNGELA GRASSI

SOMA PRIMIERA COMO TEXTO DE LECTURA EN VENEZUELA,
EN 1876, ILUSTRADA CON 99 GRABADOS.

2ª EDICIÓN.

Un voluminoso tomo de más de 300 páginas, en
octavo, encuadernado a la brocal, con cubierta eli-
górica a dos tintas, 150 pesetas.
GEOGRAFÍA PINTORESCA

VIAJES ALREDEDOR DEL MUNDO

POR

D. JULIÁN BASTINOS

---

EUROPA

LA VUELTA DEL MARINO

2ª EDICIÓN

CONSIDERABLEMENTE AUMENTADA EN TIENTA Y GRABADOS,
EN NÚMERO DE 23,
QUE REPRESENTAN LOS PUEBLOS DE ESTA REGIÓN,
LOS ANIMALES, PLANTAS, MOVIMIENTOS,
PAISAJES, OBRAS DE ARTE, ETC.

Un cuaderno en 4º mayor, de 60 páginas, encuadernado con cubierta en crema con el mapa, tipos y productos de Europa, 1’25 pesetas.